

Portada de **SERGIO GUARDERAS**
Ex-libris de **GUILLERMO LATORRE**
Preludio de **JUAN PABLO MUÑOZ**

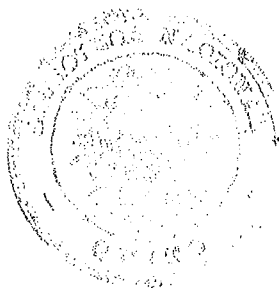
Para la Biblioteca Nacional del Ecuador.

Guillermo Latorre

860-37(866) Salvador

S182a

E2 HUMBERTO SALVADOR



EN LA
CIUDAD
HE PERDIDO
UNA
NOVELA...

10081 1993

004507-J.

QUITO - 1929

Talleres Tipográficos Nacionales

Obras de Humberto Salvador

AMOR PROHIBIDO.—Escenas de la vida íntima en tres actos.—1929.

CANCION DE ROSAS.—Episodio romántico de la vida vulgar.— *Intimidadas.*— Escenas de la vida femenina.—1925.

RAMBALINAS: *El Miedo de Amar.*—Alta comedia en tres actos, estrenada por la compañía argentina "Anido Sebrati", en la función de gala organizada por el I. Concejo Municipal de Quito, en homenaje a S. M. Isabel I (9 de agosto de 1928).—*Bajo la Zarpa.*—Comedia de mi tierra en tres actos, estrenada por la compañía mejicana "Fernando Soler", en la función de gala de 9 de octubre de 1927.—*Un Preludio de Chopín.*—Comedia en un acto y en dos cuadros, premiada con la medalla de oro en los Juegos Florales Internacionales de Bahía Blanca. (República Argentina).—1929.

HA VUELTO LA JUVENTUD.—Comedia en tres actos.—Inédita.

SINFONIA DE LOS ANDES.—Poema laureado con la "flor natural" en los juegos florales nacionales y con el primer accésit a la "flor natural" en los juegos de la República Argentina. (Libro de los Juegos Florales.—1929).

AJEDREZ.—1929.

EN LA CIUDAD HE PERDIDO UNA NOVELA....—1930

En preparación:

TAZA DE THE.

Prehudio

John F. M. S.

Handwritten musical score for "The Little Boat" by J. S. Zerkow. The score is written on ten staves, with the first five staves for the vocal part and the last five for the piano accompaniment. The music is in 2/4 time and features various musical notations including notes, rests, and dynamic markings like "ff" and "p". The score includes a key signature of one flat (B-flat) and a time signature of 2/4. The title "The Little Boat" is written at the top, and the composer's name "J. S. Zerkow" is written below it. The score is marked with "ff" (fortissimo) and "p" (piano) dynamics. The piano part includes a bass line and a treble line, with various chords and melodic lines. The vocal part includes a single melodic line with lyrics written below it. The score is written in ink on aged paper.

**E n
l a
c i u d a d
h e
p e r d i d o
u n a
n o v e l a . . .**

Personajes

Victoria

su sonrisa es el ala del Estío, en su boca tibia y voluptuosa como una taza de thé.

*

Yo quisiera escribir una novela. Escribirla lentamente, despedazando a las palabras para encadenarlas en frases.

Una novela sin importancia: que en ella cada letra sea un naípe, para uniéndolas jugar la partida estéril en la que nada se apuesta.

...Y después de escrita, despeñarla de bruces contra el pavimento, como un pedazo de pan que arrojamos a través de los cristales, para que lo destroce con sus dientes algún perro vagabundo.

Es un deporte. Emocionante, pueril, pero que astutamente oculta en su fondo una brisa galante.

Meditando un momento, se me ocurre de pronto que una novela es algo muy complicado. Esto me contraría. Pero ...

Trataré de simplificar. Ante todo, pienso cuál será el primitivo protoplasma de este organismo juegue-

tón. Un sin número de ideas vagas, revolotean como mariposas dentro de mi cerebro: un personaje, un argumento, una emoción acaso ...

Una emoción. Si, es una emoción que estiliza la imagen de una belleza lejana.

Victoria es una belleza lejana: ella será la primera célula humana de mi novela.

Surge otra dificultad: no alcanzo a comprender cuántas tonterías voy a inventar, para escribir un libro al rededor de Victoria. Acaso porque ella ha estado siempre tan lejos de mí, es absurdo suponer que pueda yo construir una farsa, en la que ella sea actriz primera.

Quisiera que Victoria me visite "dentro de mí", para aceptar la posibilidad remota de hacerla mi personaje. Pero Victoria es una muchacha distinguida; no puede llegar hasta mí: igualarse hasta el extremo de estar sujeta a mis caprichos escénicos. Su aristocracia es el tremendo obstáculo para que ella viva en mí.

Además, aceptando la hipótesis quimérica de que Victoria quiera visitarme, un inconveniente desagradable le alejaría de nuevo. Ella, temerosa de que brote una declaración de amor en mis labios durante su visita transparente, se perdería fugaz.

Yo no amo a Victoria. Nunca podría amarla. Victoria es maravillosa, y por lo mismo, no es digna de ser amada.

Pasaron ya, por fortuna para siempre, los románticos amores que vuelven a la vida vulgar. No seré yo el ingenuo que quiera resucitarlos ahora.

Es inútil amar.

Victoria me enseñó con la elegancia de su sonrisa, a despreciar todo aquello que tiene fragancia de pasión.

Ella pisotea siempre a las emociones que tímidas se ocultan en su salón. Ella abofetea al muñeco del

Arte, cuando se atreve a llegar a sus plantas. Me ha enseñado a odiarlo.

Victoria piensa que jamás un hombre creará una belleza que supere a su belleza.

Las mujeres bellas siempre tienen razón.

*

Si todavía supongo que haré de Victoria un personaje, debo recordar a Victoria.

Empezaré por localizarla. Es más difícil que adivinar una carta al compañero, en la entusiasta partida en la que se apuesta mucho, localizar a una persona en la clásica ciudad de San Francisco de Quito. Ella se nos escapa y para alcanzarla, tenemos que correr desesperadamente a través de las calles. Por fortuna, la carrera es menos penosa en el pavimento; pero, cuando llegamos a las calles empedradas, la persecución se vuelve dolorosa. Hay que renunciar a ella. El personaje se nos escapa y ni el demonio puede encontrarlo.

. . . Y, para que la molestia sea mayor, tengo la remota idea de que Victoria vive en el barrio de "El Tejar". Habrá que llegar hasta él.

Lejano, solitario . . .

*

En un rincón de Quito,

"El Tejar"

es un barrio lleno de piedras. Cada piedra guarda una leyenda. Humilde, fría, podrida de tristeza acaso, es como una vieja que se escurre tímida bajo la penumbra de los zaguanes, llevando ocultos debajo del pañolón los recuerdos de los amores que tuvo cuando fué bella.

Las piedras de "El Tejar" vieron pasar otro tiempo a las brujas. En sus rincones más ocultos conservan el secreto de algún misterioso embrujamiento. Calladas, han ahorcado con sus duras manos al silencio. Piadosas, su ternura acarició a la carne dolorida del indio.

Sobre ellas, el poncho fué más galano que la galante capa. El rebozo asesinó con su coquetería al mantón de manila.

Como cristales rotos que vuelven transparente el recuerdo de las espaldas desnudas que se apoyaron sobre ellos, al despeñarse los rayos del Sol en la mañana, las piedras los despedazan para robarles sus joyas.

El iris degolló para ellas su sinfonía. Cada una siente estremecerse en su seno un color. Un diminuto sol, rojo o anaranjado, palpita en su carne como protoplasma de emoción.

Son humanas, profundamente humanas. Más humanas que muchos hombres. Los siglos, que pasaron revolcándose viciosos sobre ellas como "cholos" borrachos, crearon en sus entrañas el dolor de comprender que nacieron para el trabajo, el dolor y el hambre. Que son obreras de una enorme fábrica de vida emocional, donde los patronos pisotean siempre con el casco de su bota: por eso ellas lloran su miseria en la noche.

El antiguo puente de "El Tejar", ciego y tembloroso como abuelo de los siglos, era para ellas un amante, que deshojaba sobre su frío el jazmín de la tibieza galana. Fué ahorcado el abuelo: ellas, huérfanas, lloran su muerte en el ángelus de la tarde y rezan un avemaría por su espíritu que vaga por el barrio.

La quebrada alucinante, tremenda, encerraba todas las leyendas. A la antigua luz agonizante de las velas, ella refería historias de duendes y fantasmas a las viejas devotas.

“El farolito”

era suyo. Farol, luz vagabunda que aparecía todas las noches. El era el alma de un antiguo sacerdote apasionado, que murió sin confesión. Los ciegos le condenaron a llorar su dolor en la quebrada a la hora de las brujas. Descendía en el silencio, rojo como un corazón. Caminaba en el aire. Era la luna sangrienta del cielo negro de la quebrada.

Al verlo, las piedras se estremecían.

“La viuda”

era la mascota de “El Tejar”. A las altas horas, asomaba vestida de negro, abrigada con un pañolón de largos flecos, como van las beatas a misa de la aurora. Al andar, sus pies pisaban en el aire y la tragedia ondulaba en su esqueleto, desnudo debajo del traje. Su calavera tenía una risa macabra. Los huesos de su mano esperaban temblando las caricias de los hombres.

Pero los hombres fueron crueles con “La viuda”. Cuando alguna vez llegaron a verla, huyeron aterrados con los cabellos de punta. Romántica, persiguió después a los borrachos, que fueron tan incomprensivos como los demás.

... Y esta griseta que vagaba por “El Tejar” ansiosa de sentir un espasmo en su esqueleto, nunca pudo estrechar entre las antenas del misterio de sus brazos, a un muchacho que le ofreciera su juventud.

¡Que interesante sería hacer una “interview” al demonio para preguntarle por qué causa vagaba por “El Tejar” la viuda! Acaso ella asesinó a su marido para fugar con un amante. Tal vez tuvo amores ultrasacrílegos, que nuestra pobre imaginación de hombres modernos no alcanza a comprender.

El demonio, seguramente, nos diría:

—Era una vieja endiablada. Todas las mañanas se acercaba al comulgatorio. No tragaba la hostia, si-

no que la sacaba de su boca para guardarla en el regazo. Luego, cotidianamente, cosía las hostias en el guardapolvo de su traje. Su esqueleto vestido andaba por el aire, porque las formas no podían rozar la tierra.

¡Pobre demonio tan poco comprensivo del corazón de las mujeres!

*

La quebrada fué durante muchos siglos la madriguera de los duendes. En ella se confundieron los pálidos espíritus cristianos con las almas rojas de los incas, descendientes legítimos del sol. Diablos y vírgenes, ascetas y emperadores, hicieron su palacio de jazepe en el abismo sin fondo de la quebrada. La quebrada, durante la colonia y la vida libre, fué alcoba de razones transparentes, que refinaron las caricias prohibidas.

Pero cuando nació el siglo XX, se introdujo en "El Tejar" como un apache la luz eléctrica y asesinó a todos los fantasmas.

*

Desde que desaparecieron los duendes, las casas del barrio conservan la tradición. Casas coloniales, madres del pecado, en cada una de ellas palpita un embrujamiento.

Pequeñas, bajas, estrechas, sin el antipático "confort"; sus paredes tuvieron escondidos los besos de los amantes. Sus balcones fueron panoplias donde colgaron las muchachas el puñal envenenado de su belleza, que recordó en América la pandereta de Sevilla. En las ventanas, suspendidas estuvieron como cimitarras, las piernas que matan con su morena ondulación.

Los zaguanes, rejas chismosas de las confesiones de amor, oyeron palpar su corazón humano, cuando

pasó por sus umbrales un beso ratero. Las gradas y los corredores son armaduras de hierro para encarcelar a las pasiones caballerescas, que huyen aterradas de la ciudad, temiendo que las asesinen las ruedas de los autos.

Casas quiteñas, que en su terror cristiano esconden la alegría de una fiesta gitana. Casas con olor de guitarra y sabor de manzanilla.

*

La Iglesia es la señora del barrio. Austera, por las noches el demonio destroza su carne con el grito del misterio. Inmaculada, muchas veces los amantes crueles buscan en su atrio el manto de silencio que envuelva sus locuras.

Su campanario, campesino, ingenuo como campanario de aldea, se emborracha de alegría en el ángelus.

. . . Y el toque de alba de la torre es el evangelio del barrio. Como lego descalzo, llama a todas las puertas, despierta los corazones y pide una limosna de piedad. Los labios desayunan el avemaría y el toque de alba sale tembloroso. Su ala besa las sienes. Legos humildes, barre las calles con su escoba de gracia. A su paso huyen los demonios.

El césped de la oración brota en el camino. La ciudad corre a "El Tejar", para en sus aguas tomar el baño de la mañana.

El aguardiente y la chicha de jora se esconden debajo de los mostradores de los estancos, porque no les llega aún su hora. Más tarde saldrán para asaltar a indios y cholos y robarles su jornal. Indios y cholos amarán a la chicha como a una novia y abrazarán al aguardiente puro, como a un viejo camarada para el cual no tienen secreto. Camarada que les oye sus penas, les consuela, enseñándoles a amar la vida aban-

donándose al son de la guitarra, en cuyas cuerdas palpitaban girones desgarrados de corazón.

*

Los espíritus de los fantasmas alevosamente asesinados por la luz eléctrica, se refugiaron en el cementerio. El cementerio es el último rincón en el que vive un aletazo humano. Es el macabro hogar del frío.

Los espíritus tuvieron que subir penosamente la cuesta para llegar hasta él. Pequeño, es inmenso en su terror. Se respira en él la tremenda serenidad de los muertos.

Escondidas florecen las violetas, como el beso que ofrecen a la vida las mujeres que murieron vírgenes. Las fresas, brotan como si fueran el corazón comprimido de los que se fueron sin haber amado. Siempre vivas, ojos de los muertos, que se hunden como estiletes para desgarrar la vida.

Los nichos de los pobres, matemáticamente alineados, como la ecuación de las ilusiones que no se realizaron. Los mausoleos ricos, duermen su opulencia, derrumbando la espiritualidad del cementerio.

Los huesos se quedan inmóviles y helados, cuando se visita por la noche el cementerio. La temperatura del cuerpo es negativa. El cerebro fuga de la alucinación que quiere machacarlo.

Crece la hierba entre los guijarros, como novia que con la tibieza de su vida, quiere consolarles en su abandono. Los pedruscos aman a la hierba, porque con su beso ella les sugiere la dulzura del vivir.

Estilizar en el espíritu el ritmo de la hierba ...

*

Pero mientras mis pies cansados tropiezan en las piedras de "El Tejar", Victoria se me escapa.

Un grupo de chiquillos juegan en la plaza. Ellos me ayudarán a encontrarla. Quisiera ser un muchacho, un "as" de juegos de calle, para encontrar con mayor facilidad a Victoria, novelarla ingenuamente y admitir entonces la perspectiva de escribir un libro.

Una dificultad. Para hacer de Victoria la primera actriz de un guñol, tengo que recordarla, esforzarme por reconstruir los hechos que pasaron en la época en la que fuí amigo de ella, para ver si hay alguno que pueda servir de eje a una novela.

¡Si fuera posible vivir cerca de Victoria, observarla, leer en su corazón, conocer su vida íntima, los detalles imperceptibles que hacen de ella una muchacha única!

Por ejemplo: qué clase de jabón usa Victoria en el baño. Cómo besa el jabón su cuerpo luminoso. Cuántas cucharadas de azúcar pone en su taza de thé. No, no pone azúcar, porque en sus labios

O bien: Cómo son los encajes de su combinación. Qué caricia crean para su talle los encajes. Qué piensa ella de las corbatas de sus amigos. Cuántas veces pasa el lápiz rojo por la creza de su boca. Qué estremecimiento siente el lápiz al besar a sorbos la creza. Qué hace por la mañana al levantarse. Cómo en su sangre un rayo del Sol . . .

¡Pero soy tan poco amigo de Victoria! Ella jamás me ha tomado en cuenta. Cuando pasa en su auto por la calle, imperceptiblemente contesta mi saludo.

(Un detalle interesantísimo: Victoria nunca sale a pie).

Por otra parte, no tengo espíritu de análisis; no conozco la vida, ni el corazón de las mujeres; es ajena a mi espíritu esa honda comprensión humana, que en otros cerebros alcanza alto desarrollo.

Si yo pudiera amar a Victoria, acaso tuviera valor suficiente para permanecer de pie dos o tres horas frente a su casa. Entonces mi imaginación trabajaría

ardorosamente. Una ventana, marco de alta comedia; una frase, que saltara como gato a la calle desde el balcón; un rayo de luz pálida, que como beso volado se escapara a través de los cristales; algún detalle, en fin, delicadamente despedazado, podría crear en mi cerebro una trama novelesca.

Es imposible. Yo no quiero ver la casa de ella. Ni siquiera su barrio.

Odio a Victoria. Jamás hubiera creído que era capaz de odiar tan profundamente, como odio a esta mujer maravillosa.

(Me estremece una llamarada de sangre).

✱

Alguna vez había oído hablar de Victoria. Tenía quince años. Llamaba la atención su rara belleza. Había salido hace pocos meses de un colegio de monjas, donde permanecía como interna.

No sabía más ni me interesaba saberlo.

Un día cualquiera, alguien me llevó a su casa.

Espléndidamente iluminados, los salones de Victoria inventaban la luz.

Esperamos.

Llegó el padre de Victoria: saludos, presentaciones, etc.

Ella: estremecimiento.

(Un automóvil amó la voluptuosidad afuera).

Victoria me sonrió dos veces.

Conversación superficial y larga.

(Media hora de Estío.)

Llegaron otros amigos de Victoria.

Ella sonrió a todos. Su sonrisa era ingenua como el crisanthemo que llevaba sobre su pecho.

Mientras todos hablaban de lo malo del tiempo o comentaban los aspectos de la política nacional, yo guardaba silencio.

Algo más interesante que la vida del Estado, me tenía abstraído: los zapatos de Victoria.

Siempre he amado a los zapatos de las mujeres. Son bellos como un beso fugaz. Su ^{cun}ta suave tiene contornos de corazón. Su ingenuidad es la gracia simplista de la risa. Su sencillez, el ritmo complicado de la coquetería.

Evocan . . .

Cuando era muchacho, me pasaba largas horas frente a los escaparates, contemplando a los zapatos que en ellos agonizaban. Fríos, tristes, estaban enfermos, porque les faltaba el calor de un pie que estremeciera su carne. Me parecía ver mujeres maravillosas, que en posturas difíciles, cogían los zapatos para ponérselos en su pie desnudo. Tenía la sensación de que los zapatos eran amantes, que con su dolor depuraban la elegancia del talle.

Ahora, que no puedo pararme junto a los escaparates, permanezco en las esquinas de las calles para ver pasar a los zapatos, que desfilan su alegría con ondulación galante.

El taconeo es la pandereta del amor. Suena armónico y cruel, como si a su paso asesinara corazones y despedazara besos.

Brisa es la media, que cuando está sola en un cuerpo abandonado, crea la más angustiosa de las desnudeces.

Los zapatos de Victoria eran el "bouquet" del salón. Hubiera querido robarlos para arrancarle su secreto.

El uno, inmóvil sobre la alfombra. Suspendido en el aire, el otro parecía un corazón que se precipitara al abismo.

¡Que bello sería ser un zapato y con el opio de la escondida voluptuosidad de la pipa del silencio, crear una transparente caricia para el pie de Victoria!

Una caricia transparente.

*

Las nueve y media de la noche.

Entra al salón un diplomático, que está próximo a partir a Europa, para encargarse de una Legación.

Me tiende la mano. Tímido, le ofrezco la mía.

El diplomático usa anillos. Fuma cigarros extranjeros. Limpia sus labios con un pañuelo de seda. El monóculo disfraza uno de sus ojos. Un perfume de fiesta se escapa de sus manos. Es sabia su sonrisa.

Entra una tía de Victoria. Su lujo me estremece. Su refinamiento es la parodia de mi vulgaridad.

Para consolarme acaricio levemente al perrito faldero de Victoria, que me mira irónico.

Sorpresivamente me doy cuenta de que la conversación gira sobre asuntos importantes. Hablan del Renacimiento y de Arte Italiano.

El diplomático está elocuente. Se emociona, gesticula, hace complicados ademanes de éxtasis. Recuerda al maravilloso Leonardo.

Siento respeto por el diplomático, que es capaz de hacerse admirar en todas partes. Su cultura ...

Rosario, la tía de Victoria, me pregunta con benevolencia qué libros acostumbro leer.

Perplejidad.

R.P.C.

*

Victoria ha salido, derrumbando del aire el cofre de su zapato.

Aburrimiento.

Un jazmín abandonado en un jarrón, parece que se inclina hacia mí.

Suena en el salón vecino un tango. El tango es el último enamorado romántico. Por eso las chicas juegan con él.

Vuelve Victoria. Ha ido a cambiarse de traje. Vestida de rojo, como la roja transparencia de sus labios, es una emoción de sangre.

Justifica su salida invitándonos a tomar el thé, con una sonrisa que se despedaza en su boca. Los trozos de su risa se clavan como espinas en mi carne.

*

Estamos ahora en un salón bañado de azul pálido. Humo de incienso forma espirales de voluptuosidad.

La reunión se vuelve íntima.

Ante la mesa, los amigos de Victoria, la galantean angustiosamente. Se inclinan, hablan de ella, le ofrecen galletas y chocolates.

Comprendo que todos los amigos están enamorados de Victoria, pero involuntariamente, pienso que ninguno de ellos le ama.

(Victoria heredará una inmensa fortuna).

*

Usted, Victoria, ha perdido el amor. El amor lo dejó olvidado en el colegio, cuando era usted una muchacha ingenua, que creía que la vida fué creada para amar.

Es imposible que haya sido usted siempre fría. Tal vez su sonrisa artificial, su desdén por todo, su indiferencia para los estremecimientos humanos, son producto de una lucha tremenda entre usted misma y el ambiente en el que vive.

Como era natural, triunfó la vida social y murió en usted para siempre la adorable colegiala, porque usurpó su puesto la heredera maravillosa por todos mimada.

Entonces el mundo adquirió para usted una pequeñez inverosímil, porque su cerebro lo limitó a un

grupo de familias, que le parecieron distinguidas o aristócratas.

En este escenario de guñol, la decoración estuvo formada por el thé, el auto, el tennis, el bridge y el tango, que se esconde en todas partes.

Su cuerpo es un tango Victoria.

*

Desde aquella noche, volvimos a vernos con frecuencia, pero usted siempre fué la misma. Augustosamente igual, como todas sus horas que están saturadas de una monotonía elegante.

Se levanta a las once. Toma un baño. Almuerza sobre una mesa colocada en el jardín. Conversa hasta las dos de la tarde. Ordena al "chofer" prepare el auto. Se viste para la calle. Sale a las cuatro, prisionera en su carro: el interior del auto bebe a sorbos su belleza. Va a alguna visita o a un thé. Alguna vez al "Edén", a la tanda de las cinco y cuarto.

Por la noche recibe a sus amigos. Cuando no hay visitas, no falta un baile, o un palco perdido en un rincón del "Sucre".

Pero lo más desagradable, según su propia confesión, son los galanes desocupados y vulgares, que tuvieron la pésima idea de enamorarse sin amarla. Declaraciones que molestan; cartas que llegan por todas partes; atenciones que disgustan; odios a muerte entre los rivales.

No faltó el ingenuo que amarró sus papeles a una piedra y desde la calle la lanzó contra sus ventanas. Los cristales, ¡pobrecillos!, fueron las víctimas inocentes de su belleza.

Es preciso para usted salvarse del aburrimiento. Pero no sabe usted donde encontrar una ilusión que le descubra el hondo sentido de la vida. Como usted todo lo tiene, desprecia todo. Acaso algún día encuen-

tre usted un amor profundo que le ofrezca un hombre ingenuo, por la única razón de que es usted maravillosa. Pero cuando ese amor tímido y silencioso llame a su puerta, usted le abofeteará llamándole atrevido o estúpido.

Huye de usted el amor Victoria.

*

En medio de la falsa vida de salón, encontró usted una salvavida en el cine.

Alguna vez, la pálida hoja presenta a los ojos atónitos de la sociedad burguesa,—que rebuscó quien sabe dónde sus títulos nobiliarios,—presenta la hoja pálida girones desgarrados de vida, cuya protagonista es el hambre.

El romanticismo dinámico del cine, a pesar del aterrante y obligatorio beso final, crea con su silencio una emoción opaca, un espiritual filtro de bruma, que huye inmediatamente por debajo de las butacas, sofocado por el humo fragante de los cigarrillos extrajeros.

El cine se transformó en un templo de guiñol, cuando en un pesebre de celuloide, nació el redentor del nuevo arte, el apóstol de la risa que nunca ríe, porque sus poemas mudos han estilizado la profunda tragedia de la vida.

Charles Chaplin refinó inesperadamente el silencio. Pontífice de la alegría, su genio es el muñeco desgarrador que surge descuartizado de la feria humana. Su arte traiciona a todos, porque fingiendo ser para todos, no es para nadie.

Su ingenuidad de golfo perdido en el barrio bajo, disfrazada alevosamente el asesinato del dolor cotidiano, tras la máscara histérica de la risa.

Tremenda tragedia esta que ríe, porque su carga-

jada es la gira vertiginosa de la rueda de un automóvil que despedezara cerebros.

Trampa de brujas, pantomina de duendes para personas mayores, tinglado en el que los diablos torturan con alfilerazos candentes a los hombres, es esta endemoniada bambalina subconsciente que ha inventado Chaplin para engañarnos, presentándonos a la vida con el fatídico colorete de la carcajada. El colorete se derrumba, el sombrero cae a un charco, los zapatos se pudren de vejez, el bastón se quiebra como un amor perdido, la peluca huye para meterse en un rincón debajo de la cama, donde podrá consolarse con un abandonado zapato de mujer; y, cuando la catástrofe despenó al colorete y la peluca; los zapatos y el sombrero, asoma desnudo el esqueleto de la vida, pordiosero como esqueleto leproso, mostrando sus vértebras atacadas por la elefancia de los siete pecados capitales, su cintura pelviana intoxicada por el brujo veneno de los espasmos, su cerebro mordido todos los días por la serpiente macabra de la ilusión y abofeteándonos su calavera con el látigo de una entrañable carcajada.

Charles, místico del dolor, apóstol de la emoción fugaz, creador de la belleza muda, poeta del silencio, sacerdote de la risa: ruega por nosotros señor; nosotros, que perdidas las ilusiones de amor y las quimeras de gloria que nos acariciaron un día, sólo queremos alguna emoción callada, que con su ala pálida nos estremezca.

A nuestra Reina el Arte, ruega por nosotros señor.

*

Menos cruel pero más irónica, es la elegante sonrisa de Menjou, a quien odia usted Victoria. Menjou es el perfecto civilizado. El humorismo en traje de etiqueta.

Mundano sin escrúpulos, no se apura por nada. A él quizo tomar como modelo algún tenorio de paco-tilla quiteño, no logrando sino realizar una humilde caricatura.

Menjou comprende que siempre es ridículo tomar en serio al amor y por eso él no ama. No se trata sino de un juego inocentón y perverso, que nos enseñará gratis en la tanda una mujer de París.

Adolfo nos engañó al tratar de convencernos que el amor es un juego fácil. Acaso en el fondo del corazón de celuloide de este gran señor de mundo, tiembla la única lágrima, brotada inconscientemente por la muchacha que se fué, lágrima que al llegar a los labios se transforma en la sonrisa fina, cortante como un cuchillo de salón.

*

Usted Victoria, me dijo una noche ante la mesa coqueta, mientras sostenía en sus pálidas manos la taza sonriente como su boca, que no había producido la civilización moderna nada más grande que Valentino. Valentino era el mejor de los hombres. El más refinado y bello.

Bien sabía usted que un cómico afeminado y mediocre como Valentino, no podía interesarme; pero se obstinó en defenderlo, con argumentos que forzosamente debían ser admirables, porque eran dichos por usted. Humillado, no pude replicarle y en esa noche el muñeco de celuloide barato, grotesco me sonrió con su mueca de mujer.

Intimamente, el tango me confesó que odiaba a Valentino.

*

Por única excepción, fué aquella noche un thé de cine el que me ofreció usted.

La mesa para dos. No hay emoción más bella que estar ante una mesa servida para dos, que abre su ingenuo mantel como ala de amor. Cubiertos, servilletas y dulces, murmuran de nosotros. Multiplican su vitalidad de naturaleza muerta. Quisieran escaparse, para no verse obligados a destrozar la cereza de una frase galana. Desesperados, esperan en silencio el postre del beso, que llevará a sus corazones una emoción humana.

También tienen espíritu las cosas. Un espíritu humilde, que se desvanece en nuestros labios como burbuja de champagne. El alma de las cosas, alma triste, cuando siente la caricia de la carne desnuda. Ríe cuando el hastío, helado como las canas del placer, sacude con su carcajada los estremecimientos que se fueron.

Al centro, un ramo de claveles como cáliz abierto para recibir la sangre de nuestros corazones.

Pero aquella noche no hubo un beso ni una frase galante. El ramo de claveles comprendió que los dos no nos amaríamos nunca. A la mañana siguiente debió usted encontrarlo marchito.

El cine reemplazó al amor. Desfilaron ante nosotros las mujeres maravillosamente lejanas, como usted Victoria.

Las "estrellas" de cine son personajes que se nos escapan. Quisiéramos atraparlas, despojándolas de la pantalla, para escribir una rara novela sobre cada una de ellas. Robarles del silencio, aprisionar su vida transparente. Pero están más allá del laboratorio novelesco. Sugieren y se van. Emocionan transformándose en bruma. Son los personajes sombras.

Sólo un comprimido se puede escribir para ellas.

*

Greta Garbo es la pálida belleza de la noche. Todas las actrices del cine, al sufrir en la pantalla dan,

a través de la farsa, la sensación de la vida y crean en el espíritu el dolor de estar ellas lejanas.

Greta no. Misteriosa, es el arte deshumanizado. Da la impresión de que ella no vive en ninguna parte, de que es completamente irreal. Parece que únicamente fuera un símbolo estético. La emoción en su pureza. Una obra artística, arrancada a un planeta perdido en el infinito.

Por ella el arte se transformó en bruma.

Greta Garbo es la música de Schumann en la pantalla.

✱

Lya de Putti, mujer entre las mujeres, creó en el siglo XX el arco iris de la danza de los siete velos: Salomé resucita espléndida en su cuerpo, ánfora que guarda los placeres raros. Lya es el arte transfigurado en voluptuosidad.

Janet Gainer, que en el amanecer del dolor, sintió palpar en su sangre el idilio de la creación del séptimo cielo. Norma Shearer, que robó a una diosa su arte y sus formas imperiales. Pola Negri, cuya alucinante mirada sugirió la angustia de besar sus labios en la brisa de la hoja de plata. Gloria Swanson que esconde el embrujamiento del querer. Florence Vidor, que huyó de la vida, para ofrecer su amor más allá de lo tangible, como flor de loto. Dolores del Río, que creó el dolor de no beber un sorbo de su angustia, enjugando sus ojos saturados de ternura. Esther Ralston, que es el Estío del amor. Bebe Daniels, en la que canta la vida. Mary Astor, que es el poema de un romántico juglar. Norma Talmadge, que fugó llevándose en su seno las horas de un querer de opio. Constance sonrió, destrozando con su gracia a las ávidas manos que buscaron algo de ella en la sala oscura, que quedó violada cuando el público se fué. Laura La Plante, irónica se burló de la tortura de tener en el santuario de su co-

razón como hostia del amor, una ingenua media de seda. Clara Bow demostró que la frivolidad elegante es el más bello poema. Dolores Costello, que sugirió el recuerdo de una princesa destronada. Luise Brooks alucinó con su belleza y sus ojos embrujados, las noches que ella pasó por la hoja de plata. Lillian Gish fue la emoción hecha mujer en la pantalla.

... Y también los "astros" desfilaron ante nosotros: Jhon Barrymore apareció como el Jorge Brummel de los salones del cinema. Con sonrisa espiritual se burló Jhon Gilbert de nuestro temblor. Ivan Pretrovich, quizo decirnos que siempre se debe amar. Ramón Novarro invocó a los galanes románticos. Richard Barthelmess, creó para si el Arte. Long Chaney, con sus mil caras, fué el cubismo de una síntesis humana.

*

Pausa. La charla del cinema decayó un momento entre nosotros. Era preciso recordar.

Brillaron sus ojos. Un descubrimiento suyo Victoria. La imagen de un hombre nuevo.

Estuvimos de acuerdo al creer que para el teatro del silencio, fué necesario que el dolor descarnado, frío, austero, tuviera también un Sumo Sacerdote. No el grito de guiñol transformado en golfo por Chaplin, sino el espectro que nos destroza sin saber cómo ha venido.

... Y cuando el cine, prodigiosamente había creado un pesebre para Chaplin, hizo brotar un tabor en el cual se transfigurara la tragedia cotidiana en luz estética.

Un hombre se transfiguró en brujo suprahumano en Cinelandia. A puntapiés humilló al fantasma de la vida y bebió a sorbos el destino en la copa del silencio. Bebió su dolor: embriagó con él a los hombres, porque su dolor fué el dolor de los hombres.

Emil Jannings , transformado en fantasma de la angustia, nos hizo comprender la irresponsabilidad: el vicio, la degeneración, el crimen, nos asaltan como rateros a la vuelta de cada esquina. Se confunden con la ingenuidad, la belleza o la gloria.

Es la traición gris: bruma, bruma por todas partes. Emil se ha hundido en la bruma. Vaga por ella a ciegas y no sabe cuando dejará de ser hombre para transformarse en espectro.

El aletazo genial le ha sacudido: es capaz de hacer de su cerebro el microscopio para mirar cruelmente el cáncer de la vida. Su técnica fué buscada en todas partes: el sonido y la palabra; la línea y el color, extrañamente combinados, produjeron para él una sinfonía de emociones.

Se hundió en los Infiernos, para mostrar a los hombres el suplicio sobrehumano. Pero, sombrío, desconcertado, cadavérico, encontró que nada más cruel que lo que había encontrado en la Tierra, pudieron enseñarle los Infiernos, porque su tragedia roja, era una caricatura de la tragedia humana.

. . . Y de las casas humildes, de los hogares sin pan y sin abrigo, del gabinete del doctor Caligari, muchas veces de las alcobas de los burgueses, fué tomando llamaradas palpitantes para formar el tóxico de su paleta. Pintó, creó, uniendo en su obra girones sangrientos arrancados a sus entrañas. Estos girones tuvieron glóbulos rojos de todas las sangres y lágrimas de todas las pupilas.

Así fué como Emil, después de haber hecho presentir en la transfiguración su esplendor estético, resucitó en el calvario. Crucificado, silenciosamente desgarrador en la agonía de sus personajes que fué su agonía, tuvo la buena nueva de enseñarnos a depurar el dolor en el silencio.

. . . Sonriente, ingenua, vestida de blanco como colegiala, la pálida hoja nos mostró a Emil en su cru-

cifixión. Ella misma no se dió cuenta de lo que hacía. Era Magdalena, la Magdalena blanca de este calvario. Parecía que ella también se enjugaba furtivamente alguna lágrima de celuloide.

Dentro, en la hoja pálida de mi espíritu, surgía esta evocación:

Gólgota. Sangriento crepúsculo como si la tragedia se desarrollara en el corazón de la Humanidad. Perdí el hombre su personalidad. Estaba confundido con una lejana sugerencia cristiana.

Si. Era un Cristo dinámico, un prismático Cristo, cuya corona de espinas fuera formada por latidos de los corazones de las mujeres bellas.

Cristo cubista: los clavos son los pecados tremendos que asechan a los hombres: incesto, asesinato . . . ¡No!, Victoria se asusta de estos fantasmas.

Pero el Cristo agonizante tiene una suprema muestra de dolor, unida a una enorme pasión humana.

El quisiera despeñarse; quisiera . . .

Junto a él, maravillosa, está Salomé desnuda.

*

La noche de cine con usted, fué una novela Victoria. Una novela esfumada y sin argumento.

Greta Garbo, Lya de Putti . . .

El amor de las mujeres que en la penumbra nos fascinaron, creó en mí la necesidad de explicarle que el refinamiento exige ver una cinta sólo hasta la penúltima parte, a fin de evitar el casi único final satisfactorio y moralizador, que hecha a perder la mayor parte de las obras. (La señora condesa "Moral", llena de riqueza y de pergaminos, fué siempre la más grande enemiga del arte, porque por buscarla el arte degeneró).

Interesante sería salir de la sala en el momento más sensacional, cuando se cree que la trama culmi-

nará en tragedia dinámica. Serían dos o tres cuadras de circulación cerebral de fantasmas pálidos, porque podría fantasearse libremente sobre la posible terminación,—hipotéticamente bella,—sujeta al ritmo justo de la subjetiva concepción estética.

El pavimento parecería una pantalla. Las casas, decorados arbitrarios susceptibles de traslación. Hombres y mujeres, comparsas que por desempeñar en el guíñol un papel humilde, construyen el drama, llevando inútilmente la vulgaridad de su dolor anónimo. Los automóviles, tremenda banda de apaches, a la que el detective que fuma en su pipa la ilusión de encadenar a todos los amores, persigue obsesionado.

Evitemos el desenlace. Las locuras más bellas, son las que nunca degeneran en una razonable conclusión. Las farsas maravillosas, las que no terminan de manera alguna.

*

Usted Victoria es una estrella de cine. Un cine depurado y vulgar, que se desarrolla monótono en los salones. Silenciosos deben ser sus besos. Como sombra la caricia de su mano pálida. Ilusorio el abrazo de su cuerpo fino.

Acaso porque aquella noche me imaginé verla interpretando en la pantalla la bruma de una creación, creí amarla. Amarla porque estaba usted lejana, consagrada en un quimérico Hollywood a donde no podía llegar. Sabía que usted no me amaría nunca y sólo se dejaría querer, indiferente al alarido de fuego, que invisible rogaba sus pestañas.

Me obsesionó usted. No se si le he amado como se ama el absurdo o si mi odio por usted ha sido uno de esos odios sobrehumanos que crean las grandes pasiones.

Le asesiné aquella noche.

Estaba usted a solas conmigo, hiperbólicamente bella. El beso del Sol creó la melodía de su tez de nardo. Sus formas enloquecían a los muebles decadentes del salón. El tango huyó del piano para besar su pie: degolló usted a la noche con el puñal de su belleza.

Me ofrecía su amor. Pero yo quería amarla únicamente y por eso le asesiné blanca, hundiendo maravillosamente un puñal de diamante en su pecho.

Su agonía desgarró la noche. Su palidez fué escondida por la brisa. De su sangre brotaron los rubíes. Un jazmín besó su cuerpo. Muerta, estilizó usted a la belleza.

Desperté ahogado por la onda inverosímil, de transformar al asesinato en el más bello suplicio del arte.

*

...Siempre iguales fueron mis visitas a su casa. Las mismas conversaciones. Su sonrisa artificial, con los ojos sombríos. El fox. El thé. Algunas veces, el baile nos volvía rítmicamente voluptuosos.

Hubo ocasiones en las que nos miramos cruelmente, con odio profundo superior a nuestra vida. Huyó avergonzado el desprecio. Hubiera usted querido destrozarme a latigazos. En silencio, nos dirigimos las ironías más sangrientas. Callados, una ráfaga de amor escapada de mis manos oprimió su cuerpo.

En vano me torturé desfigurando intencionalmente la realidad, para encontrar en su vida algo extraordinario, que pudiera ser núcleo de una novela. Alguna trama complicada, que tuviera usted escondida en el secreto, de la cual se pudiera forjar el argumento interesante, esqueleto de un folletín, igual a esos novelones saturados de acción, que tanto le gustan a usted Victoria.

Pero nada. El máximun fué un día de campo junto a usted en su hacienda "Victoria", que hubiera podido sugerir un episodio ingenuo en cualquier novela.

Un episodio es uno o medio capítulo y lo que yo necesito es un todo orgánico, capaz de transformarse en un libro.

El día de campo es inútil. Igual a este son todos los suyos, todos los míos y los de todos aquellos que cotidianamente se aburren ocho horas diarias en la oficina.

Aceptada esta premisa, forzoso será deducir que su vida real no puede crear una novela. ¡Si yo pudiera inventar como debe hacerlo un novelista! Pero no quiero hacerlo y si quisiera, no lo podría. Me ilusiona el deseo de escribir un libro de lo que "es", no de lo que "puede ser". Pero lo que "es", no interesa a nadie. Ni siquiera a mi mismo.

¡Inventar! Lo mismo de siempre. La señorita "Literatura" es la que tiene la culpa del truco. Es una señorita pícarasca y embustera. A muchos hizo perder el juicio. Se burló de los que se enamoraron de ella románticamente. Otros se volvieron presumidos, porque ella les coqueteó algunas veces. Muchos, por conquistarla, se entregaron a los vicios. Hasta hubo quien murió por ella. Todos cometieron el error de tomarla en serio, cuando sus amores son sólo una broma. Si usted quiere que ella salga a la ventana cuando pase usted por su calle, trátela con desdén.

Lo extraordinario de usted, Victoria, no puede sugerir una novela. El detalle sí y tal vez de detalles suyos que usted no conoce, pudiera escribirse un bello libro. Pero para esta empresa sería indispensable vivir "su vida".

*

En otra noche, que también estuvimos solos ante espiritual mesa de thé servida para dos, en un momen-

to de sinceridad inesperada que me desconcertó, me confesó usted que sufría, porque a todos inspiraba desconfianza. Digo mal. Pronunció usted, una palabra más precisa aún, "recelo", con un suave acento de tristeza. Todos tenían "recelo" de usted. En los bailes pocos eran los que se acercaban a usted. Su misma familia, le trataba con cierta etiqueta y tenía secretos para usted. Mientras a sus amigas los hombres las trataban de "tú", a usted le llamaban "señorita". Parecía usted una extraña en todas partes.

Siempre. En el colegio, sus compañeras jamás le trataban como a igual. Cuando se organizaba alguna fiesta, ellas preparaban todo sin comprender que usted íntimamente se desesperaba por ayudarlas, y le invitaban a usted, ceremoniosamente, cuando todo estaba hecho.

Había más: algo vulgar y desconcertante, que tal vez aquella noche le preocupó a usted, a juzgar por el imperceptible temblor de su voz al hablar de aquello. Quien sabe si por su corazón que nunca supo estremecerse con una emoción profundamente humana, cruzó instantáneamente una ráfaga de dolor, al sospechar desde muy lejos la tortura de anónimos corazones que le fueron indiferentes.

Muchos hombres que le amaban nunca se atrevían, subrayó usted la palabra "atrevían", a hablarle de amor. La veían, se turbaban y permanecían callados. Más aún: algunos confesaban su amor a las personas íntimas de usted, a usted nunca. No faltó quien le hizo decir por otros labios que le amaba y después evitó verla. Otros, cuando los demás comprendieron y les hicieron alguna broma, negaron amarle.

Eso le disgustaba a usted, porque suponía que le creían demasiado niña. Una mujer conoce inmediatamente al hombre que le ama. Llegó usted a declararme, que fastidioso era ser muchacha de etiqueta en todas partes.

Pero el dolor que usted creaba no era doloroso para usted. Únicamente resultaba "desagradable". Muy poco es el desagrado, porque no me explico como puede escribirse un libro de lo estrictamente desagradable.

Me pidió usted que le explicara por qué sería todo aquello. Recuerdo que hice esfuerzos inverosímiles, por disfrazar con frases galantes lo que yo suponía que era la verdadera causa. Pero la verdad huyó y cuando yo quise estrangularla para que usted la viera desnuda, se escondió ella en un rincón de mi cerebro.

Sin embargo, la gente hablaba de hipotéticos noviazgos suyos. Bastaba que tal o cual hombre estuviera atento con usted en una fiesta, para que se lo considerara como su novio.

Tal vez los que comentaban aquellos quiméricos amores, se referían con gris incomprensión a aquellos que le hablaban de amor, como hubieran podido hablarle de la última moda de trajes o del nuevo modelo de autos.

La gente no comprendía que por razones lejanas, su corazón a todo indiferente no había sentido hasta entonces la ráfaga del amor y que usted, por el ansia de vivir únicamente en el esplendor y preocuparse sólo de las apariencias, estaba muy lejos de la vida.

Resucitar toda su alma con un beso . . .



Se puede hacer una novela a base de detalles, pero no seré yo quien invente la trama, porque no me une a usted la confianza que sería indispensable para conocerlos íntimamente. Tampoco puedo crearla del conjunto de su vida, porque ella no ofrece nada por lo extraordinario, interesante.

Sería necesario renunciar a escribir la novela en que usted fuera la primera actriz. Liquidarla a usted y buscar otro personaje. Pero, esto sería como renunciar al libro. Si en usted no he podido encontrar el protoplasma de una quimérica producción, imposible sería para mi buscarlo lejos de usted. Novelarla es una honda ilusión mía y siempre es doloroso arrojar a la calle lo que nos ilusionó.

Una sugerencia: si usted es maravillosa, acaso buscando otro muñeco, interesante bajo cualquier aspecto y que lleve oculto algún secreto extraordinario, se pudiera crear un argumento, uniendo artificialmente su belleza con esa hipotética tragedia. Pero esta transición exige desfigurarla a usted, despojarla de la vida para que se transforme en un futuro motivo,

d e s h u m a n i z a r l a ,

hacer de usted "otra Victoria", que tenga vida real y personalidad propia, dentro del nuevo mundo de personajes.

Se transfigura usted. En el Tabor es más bella. Está más desnuda que si estuviera desnuda, porque lleva medias de seda.

Pienso que ya no amaré nunca, porque esta nueva vida real, cuyo profundo sentido conozco desde este instante de su transfiguración, crea en mi cerebro un inesperado aspecto del amor, que sugiere los placeres raros.

Ahora ya no me parece absurdo, sino al contrario posible, escribir una novela. Tendré en usted una gran colaboradora. Usted me ayudará a buscar el argumento y los personajes. Una suprainтуиición brotará en usted, que me hará comprender, acaso por única vez en mi vida, la emotividad de una emoción fugaz.

Más viva que en sus salones, discutirá conmigo.

Despojada de su ilusoria aristocracia, será distinguida en su ingenuidad. Lejos de la riqueza, que crea para usted un mundo falso, será discreta. Hasta puede aceptarse la posibilidad de que me ame usted.

Transformada, para vagar a través de una investigación aproximadamente humana, volverá a ser la adorable colegiala, que madruga para asistir a la fresca misa de aurora. Que cree en los milagros. Que lejos de la tortura, sueña en un novio, entreabriendo los labios para esperar el beso.

Hasta mañana Victoria.

*

Carlos vive solo. Vino a Quito hace dos años. Llegó de una provincia lejana. Se matriculó en la Universidad, Nunca asistió a clases, porque éstas eran a las diez y él se levantaba a las doce.

Después de almuerzo iba a la "Alameda". Paseaba largas horas. Cansado, se sentaba en un banco. Meditaba en cosas extraordinarias o crueles, agujereando con sus ojos el cielo. A las cinco, hora de clase, odiaba a los cursos universitarios y volvía a faltar. Algunas veces leía libros macabros, sólo por él conocidos.

Las noches, vagaba por las calles con las manos empaquetadas en los bolsillos, mirando a todas las ventanas. Su corazón, a pesar suyo, esperaba a la anónima mujer amada. Cada día era para él la nueva ilusión de esperar a la muchacha, capaz de crear una finalidad para su vida. Pero ella no llegaba. Carlos no sabía donde encontrarla.

Comprendiendo la imbecilidad de buscar amor, iba tras las mujeres que ofrecen sus labios pintados y su cuerpo putrefacto, como serpientes de la noche.

Carlos amaba al amor. No lo encontraba nunca. Su juventud se despeñaba por las calles.

—Yo,—decía con frecuencia,—me gasto los días como un paquete de cerillas: siempre igual,

nada + nada.

Me dejo vivir: descender, flotar, desmadejarme ..., buscando la inutilidad absoluta. En fin, nunca he hecho otra cosa, ni creo que deba hacerse. Me despilfarro.

Cansado de este retorcimiento vagabundo, conseguí—quien sabe cómo—, un empleo en el Ministerio de Gobierno.

Una vida nueva. Dejar el aburrimiento gris de calle, para ir a liquidarse en la oficina.

Ocho horas diarias de fastidio. Un jefe. Máquinas de escribir. Papelotes de mal olor. La juventud que se perdía.

*

Noche.

Carlos está en su pieza. Habitación escueta y pequeña. Igual a una celda.

Muebles: una cama, un velador, una mesa de esquina, dos sillas y un ropero. El jabón se perdió esta mañana en el baño. La tuberculosis precipita la vejez del cepillo. El espejo está pálido, porque no pudo despedazar la manzana de una belleza de mujer. La crema dental, ahorcada todos los días, arrojó su vida al patio. El foco es la transparencia del fastidio. El tintero está seco, porque le atacó una amnesia tremenda y es incapaz de ser como otros tinteros, un pequeño mundo negro que esconde comprimidas todas las emociones posibles. La pluma comprendiendo su inutilidad, se suicidó arrojándose a un agujero. Vive el lápiz, porque él es el economo de la casa, que da razón exacta de la inversión del humilde presupuesto.

Ser rico, refinado, célebre, despertar amor en el corazón de las mujeres bellas ...



Si usted Victoria quiere conocer a Carlos, tendré gusto en presentarle. Pero, creo que será mejor que usted me acompañe subjetivamente. Opaca. Vaporosa. Imperceptible.

Espere usted. Voy a encender un cigarrillo. Puede usted ocultarse en las espirales de humo.

Acción:

—¡Hola Carlos!

—Venga usted. Ayúdeme.

—¿La quincena?

—Liquidada. El dinero crece en progresión aritmética y las necesidades en progresión geométrica.

—Acerque usted la mesa. Creo que entre los dos distribuiremos bien.

El cuadro parece la ejecución de un pintor, que sujestionándose para ser irónico, fuese sombrío:

La comida, para 15 días, en la "Asociación de Empleados"	\$ 27,50
Arriendo de una pieza amoblada, por un mes	20,00
Para pagar al sastre	30,00
Suman	\$ 77,50

—¡Setenta y siete sucres cincuenta! ¡Arruinada la quincena! Quedan apenas veinte y dos sucres y algunos centavos.

—Páguele sólo veinte sucres al sastre.

—No es posible. La otra quincena no le di nada.

—¡Qué importa!

—No soy calavera. Tengo firmado un documento.

Pausa.

(Puede ser doloroso para Carlos, pero a nadie le interesan estas cosas. Inútil para la novela).

De nuevo:

—Confórmese. Veinte y dos sures le alcanzan para quince días.

—Son treinta. Me deben ocho. Hay para irse algunas veces a la tanda del “Edén”, para pagar a la lavandera, comprar cigarrillos, aburrirse los domingos por la tarde en algún espectáculo ... Y para buscar dos o tres veces en la calle algún amor perdido.

—¡Siempre lo mismo!

—Hay que resignarse. Después de todo, la felicidad es un fenómeno subjetivo. Mal acompañado, se puede imaginar junto a la mejor de las muchachas. Favorece la sombra. Y basta. No hay para qué enamorarse. Es ridículo. Ajetreos insoportables. De cadete en una esquina. Visitar en presencia de la mamá. Propinas a las criadas. Una carta copiada de “El Secretario de los Amantes”, a fin de que guste a la chica. Versos para ella, contando las sílabas con los dedos. Gastar cuanto se tiene en automóvil. Encapricharse hasta odiar a una mujer. Abandonarla. Volverse ella insoportable, aún en la calle.

(Está usted disgustada Victoria. Deshumanizada, sea humana. No discuta).

—Pero el amor crea un objeto. Una obsesión.

—Todos los amores son desesperadamente iguales. Ningún refinamiento. Nada raro. Extraordinario. La misma declaración:—“Le quiero a usted”. Y ella:—“Yo ... Hable usted con mamá”.—O bien:—“Seamos sólo amigos”.—O:—“Me es usted antipático”.—El mejor de los casos:—“También le quiero”.—Una cita. El primer beso ahorcado, suave, tal vez romántico. El segundo cariñoso. El tercero sonriente. El cuarto dinámico. El quinto voluptuoso. El sexto decisivo. El séptimo cansado. Los demás son todos iguales.

—Pero, afeitarse pulcramente, limpiar la ropa, hacerse correctamente el nudo de la corbata, peinarse bien ... Ir a una calle, entrar a la casa que siempre tiene aspecto nuevo. Golpear la puerta:—“¡El, él!”.—

Después: "Has venido tarde. Creí que faltarías. Pensaba en tí".—Disculpándose:—"¿Todavía me quieres?"—Ella:—"¡Tonto!"—Y . . .

—Usted es un niño. Todavía cree en el amor.

—¿Lo niega usted?

—No, pero lo acepto desde otro punto de vista:

E l a m o r e s u n f e n ó m e n o e c o n ó m i c o

Un lujo caro. Natural. Las muchachas quieren divertirse, "pasar bien" y les fastidia que los hombres les arrojen flores inútiles. El hombre que más estiman ellas es el que más les agrada, es decir el que

Después de un silencio, que es acaso ligeramente mayores diversiones les ofrece. Si es tonto, mejor, sombrero, continúa Carlos:

—Por otra parte, la mujer asocia siempre la idea del amor con la de su porvenir. Por instinto busca al hombre que puede darle,—dentro del matrimonio o fuera de él,—lujo, bienestar, volviendo así agradable su cariño. Más aún, si la mujer es ante todo madre, ¿cómo podemos acusarle de que prefiera amar a los hombres que ella comprende serán capaces de dar a los hijos que vendrán una educación más esmerada, mayores comodidades, volviendo menos fatídica y dolorosa para ellos la lucha por la vida? Imagínese usted, qué sacaría una chica "bien,"—de aquellas que nos fascinan, porque tenemos la vanidad de creernos refinados,—amando a uno de nosotros; ¿qué podríamos ofrecerle? Únicamente nuestro fastidio. Ni siquiera seríamos capaces de preparar para ella galanterías alambicadas o quimeras líricas, porque desde hace mucho tiempo dejamos de soñar y nos parecen de mal olor los versos escritos en elogio de mujeres. Tampoco alegría o juventud, porque prematuramente nos hemos vuelto viejos. Cuando pienso en uno de no-

sotros, involutariamente recuerdo al loco que se arrojó desde el tercer piso del manicomio, porque estaba seguro de poder volar. También nos hemos estrellado contra el pavimento. Así pues, las mujeres a los hombres sin dinero nos miran mal, a través de tremendos prejuicios. No quieren nuestro amor. Si llegáramos a besarlas en la boca, nuestros besos les parecerían amargos. Y sin embargo, íntimamente, por mucho que protestemos y hasta alguna vez podamos hablar no muy amablemente de ellas, debemos confesar que las mujeres tienen razón.

Imperceptible pausa. Luego, riendo:

—La ventaja es que nada de esto importa.

(No diga usted que estamos con un insoportable, Victoria. Tal vez la crisis de un gran amor le ha llevado a pensar así. Puede oírle).

Le pregunto:

—¿No sería posible encontrar una muchacha...?

—No nos comprendería. He buscado inútilmente. Debe ser agradable tener de compañera a una chica buena y discreta.

—¿Y aquella...?

—Me despreció. Es natural. Demasiado humano. No tenía yo el dinero suficiente para gustarla. Después de todo, da lo mismo.

Con una sonrisa, que puede ser burlesca o cruel, insiste:

—Pasarse horas y horas pensando en ella. Escribir para ella alguna tontería. Llorar. Ponerse pálido. ¡Ridículo!

—Usted ve sólo el lado doloroso de la vida.

—Al contrario. Nada tiene la vida de trágico. Sufrimos por tonterías. Analizando serenamente, no hay por qué disgustarse. Si una mujer nos desprecia, no perdemos nada y no hay razón alguna para sentirse humillado. Si otra nos traiciona, no importa. Todo se arregla por sí mismo. Lo único verdaderamente trá-

gico sería ser leproso. O morirse de hambre. Pero estas cosas a nadie importarían. Mientras haya un poco de pan, un poco de sol y un agujero donde refugiarse, se puede vivir tranquilo.

—Y se vive . . .

—Sin objeto. Todos viven así y de igual modo mueren. Da lo mismo vivir o morir. Tan inútil es lo uno como lo otro. Lo único interesante es educarse para juzgar todo con absoluta serenidad. Creo que algún día llegaré a este estado perfecto. Por ahora todo me es indiferente, con esta indiferencia mía densa y elástica. Pero tal vez me falta refinamiento para no tomar nada en serio. Nada.

Silencio.

Carlos, sarcástico y amable, dice:

—Convénsase usted:

La Humanidad está hecha a base del ridículo;

todo, absolutamente todo, es ridículo. Nosotros, en grado máximo. Somos una catástrofe los hombres de nuestra generación. Desde la escuela nos echaron a perder con libros de memoria. Aislados, hipócritas, vimos como un pecado lo humano. Aprendimos a ser fatídicamente devotos. La ignorancia y la curiosidad nos hicieron caer en algún vicio. No nos hemos vuelto completamente idiotas, pero sólo somos retazos de hombres. Pero esto tampoco importa.

—Tiene usted rencor para nuestra generación.

—No. La Humanidad es igual en todas partes. Los hombres se odian, se roban y asesinan por cosas sin importancia. Ponen su ciencia al servicio de la ferocidad. Como no creen ya en el infierno que viene después de la muerte, sienten la necesidad imperiosa de crearlo en la vida. Inventan máquinas diabólicas para despedarzarse valiéndose del galante pretexto de

defender el honor nacional, que consiste en un pedazo de tierra. Sin embargo la tierra, como el aire y el sol, no pertenece a nadie. Y en medio del desastre humano, desastre tremendo por ser tan pequeño, hay hombres que tienen aberraciones que irritan. Unos se creen geniales. Otros aristócratas. Otros apóstoles o santos. Otros directores de pueblos. Otros, los más imbéciles, irresistibles a las mujeres. Lo único que tienen los hombres es miseria: miseria de su genialidad. Miseria de su estupidez. Miseria de su riqueza. Miseria de su amor. La vida es una enorme pista y todos somos payasos. Los animales nos observan y se burlan de nosotros. Muchas veces triunfan los tontos, o las mediocridades ilustres, porque éstas y aquéllos son adaptables a todas las situaciones. Pero esto tampoco importa.

—Entonces, ¿qué ambiciones tiene usted?

—Ninguna. No pido nada a la vida, porque se que nada me dará. La riqueza es ilusoria. Se perdió el pariente lejano que desconcierta dejándonos una fortuna. Las herederas buscan siempre al hombre más rico que ellas. Los hombres que quieren solucionar su problema casándose, son unos pobres diablos y las mujeres se burlan de ellos.

(Victoria ha sonrojado).

—La gloria,—continúa Carlos,—es tan quimérica y falsa como la riqueza. Lo único, absolutamente lo único que quisiera, es tener lo necesario para vivir sin trabajar. Es angustioso tener que ir a la oficina. Detestable, ganarse la vida. Mi ilusión es no hacer nada, ni pensar en nada. Pasarme completamente tranquilo. Absolutamente solo.

...Y sintetizando toda su doctrina, dice Carlos:

—El hombre más inteligente de todos, fué Diógenes de Grecia. No tuvo necesidades. Redujo su vida a un tonel y se dedicó a una ocupación verdaderamente grande: reírse de todo y de todos.

... Por fin, con alegre naturalidad:

—¡Qué interesante sería decir cuando a uno le presentarán a alguien:—“A sus órdenes. Soy el perro Diógenes!”

(Anotación: durante quince días, Carlos desesperado, aseguró que lo único verdaderamente trágico que le había sucedido en su vida, fué perder esa mañana su jabón en el baño.)



Salimos.

Vagar inútilmente por las calles, creando la ilusión de que vamos a visitar a dos hermanas bonitas que nos esperan ansiosas. Nos quieren. Piensan a toda hora en vosotros. Viven en un “chalet” rodeado de caprichosos jardines. Nos acercaremos en silencio. Ellas estarán solas. Después ...

Pero la casa se aleja. Se aleja. Se ha perdido en la ciudad. No la recordamos.

Hay que hablar de algo. Supongamos, de las obras maestras que nunca escribiremos.

Carlos fué poeta. Un poeta exótico y maravilloso. El momento que hubiera querido, hubiera podido ser el mejor de todos, pero dejó de escribir por fastidio.

Hoy odia la poesía. Más aún, la desprecia, por juzgarla vulgar.

—Es inútil escribir,—dice.—¡Eso de pasarse la vida colgado al libro, como el borracho a su botella, a pesar de que nada hay tan insoportable como la literatura!

Pausa gris.

Continúa:

—Yo me suicidé hace dos o tres años. El verdadero artista nada produce, porque comprende la pequeñez del libro, ante el arte subjetivamente creado. Vivi-

mos poemas maravillosos, que cuando se quiere escribirlos se derumban. Las concepciones perfectas, se vuelven grotescas al darles forma. Además, para nosotros es casi imposible crear algo que valga la pena. Nuestro ambiente no puede producir alta obra. Esta es fruto de grandes culturas. El máximo a que se puede llegar es a un poema soportable o a un cuento bonito. Esto es muy poco. Por otra parte, la carrera literaria ha caído en tremendo desprestigio. Las obras tienen vida efímera, casi instantánea. El siglo XX, ha creado la locura de movimiento y en el dinamismo de su vértigo, exige nuevas emociones cada día. Los mejores libros, los más afortunados, duran cinco años. Los otros, uno o dos. Uno escrito por nosotros, viviría pocos meses apenas, menos tiempo, seguramente, del que nos demoraríamos en escribirlo. Envejecen muy pronto las producciones literarias y de viejas solo sirven para los muchachos se burlen de ellas y ridiculicen a su autor. El vanguardista de hoy, es mañana una grosera caricatura del pasado. Cuando la obra es hecha con girones de entrañas, con retazos palpitantes de propia tragedia, la burla es más sangrienta. Creo que no es posible demostrar a los demás que uno no sirve para nada, haciéndose pasar por embadurnador de cuartillas. No hay que perder a los amigos que nos estiman y a las muchachas que alguna vez nos sonríen. Un intelectual es incapaz de vivir. Pero esto tampoco importa.

Calla. La luz de las lámparas eléctricas se descuartiza en el pavimento.

El barrio de la novia se aleja. Se aleja. No llegaremos a él.

Habrà que buscar otro barrio. Otra casa. La casa donde habrá la mujer, que pueda estar sola, esperando inútilmente al hombre que la quiera.

(No entre usted a esta casa Victoria).



Dijo Carlos:

—“La carrera literaria ha caído en tremendo desprestigio.”

¡Y yo quiero escribir una novela! Afortunadamente. . . .

Si Victoria. Carlos podría ser un personaje.

—No,—contesta ella.—Me ha sido muy antipático.

—Precisamente por eso. Esa antipatía podríamos explotar para hacerla un germen. Se esboza ya un argumento. Supongamos que inventamos una fórmula posible, para que usted sea amiga de Carlos. El es un hombre que cree que las mujeres no pueden amar. Pero, la conoce a usted y una revolución fisiológica se opera en su cerebro. Se enamora apasionadamente. Se vuelve romántico. Después de haber despreciado a la poesía, escribe para usted poemas. Es capaz de pasarse tres horas diarias frente a su casa como un cadete. Usted le desprecia. Toma como insulto que él, a quien juzga insignificante, se enamore de usted. Pero poco a poco

—¿Que pueda amarle? No, ¡imposible!

—Es que usted misma no se comprende. Claro que usted no le ama, pero no es imposible creer que pueda amarle. En la vida, usted no le amaría nunca, porque él es pobre y sin títulos nobiliarios. Ne se enoje usted Victoria, porque usted ya no es la Victoria de los salones. Usted, personaje de novela, sujeto a lo que “puede pasar”, no a lo que “pasa”, podría amar a Carlos. Surgiría entonces una bella trama.

—Busquemos otro hombre. No quiera hacerme parecer distinta de lo que soy. Complázcame.

—¿Cree usted que debemos liquidar a Carlos?

—Si.

—Definitivamente?

Victoria inclina la cabeza.

—Si udted así lo quiere, debemos hacerlo, porque la vida de Carlos, únicamente puede despertar interés uniéndola artificialmente a su vida. El en si mismo, lleva una vida monótona, gris, íntimamente cínica, que nada tienen de extraordinario.

—Asesinemos a Carlos.

—¡La cárcel!

—Pero al "otro Carlos", al personaje.

—Sería un crimen macabro. ¡Asesinar a un personaje! Su sombra nos perseguiría siempre. Un sistema de prisión celular, inverosímilmente depravado, inventaría Carlos para hacernos expiar nuestro degüello. La sangre humana que brotaría de su cuello deshumanizado, sería para nosotros una bofetada cotidiana. Luego, su cadáver, nos acompañaría siempre fatídico. No se donde lo enterraríamos. ¿Conoce usted un cementerio para personajes?

Pausa.

—No,—continúo.—Puede servirnos en algún momento, siquiera de comparsa. Lo encerremos. Hay cadenas para sujetarlo. Ayúdeme usted Victoria.

Buscarlo. Vencerlo. Silencio de fuerza.

—Ahora lo encerremos en una casilla cerebral. Puede respirar.

—¿Tendría aire suficiente?

—No hay peligro de que se asfixie. Hay que poner siete candados, porque si se nos escapa, no volveríamos a encontrarlo nunca. ¡Jamás habría bastantes detectives para cazar a un personaje prófugo!

Y diciendo "adios",

C A R L O S

una despedida forzada y fría, queda encerrado. Es

Victoria deja una cadena floja. Tiene esperanza de que Carlos huya. Quisiera no volver a verle, porque le odia.

En silencio sujeta la cadena.

¡El odio de Victoria es más bello que su amor!

*

Esta mañana

he visto en la calle una muchacha bonita. Pálida. Humilde.

Sé que ella es compañera de una amiga mía. Esta pudiera presentarme a la muchacha.

Estoy solo. No hay mujer que se interese por mí y a quien pueda ir a ver las noches.

Quisiera amar a la muchacha que vi en la calle. Podría seducirla, hablarla despedazadamente.

Si. Estoy decidido, a pesar de los inconvenientes de la declaración, la ridiculez de las persecuciones por las calles y lo aburrido de las citas.

Voy a visitar a la amiga de ella.

Pero....

¡Socorro! Algo extraordinario, absurdo, me sucede. No me había dado cuenta de ello. Este momento, lo extraño brota en mí.

¡Amo a Victoria! Odio a la Victoria de la vida. A esta otra Victoria que me acompaña, que encontró a Carlos escondida en el humo de un cigarrillo, le amo de un modo tremendo.

Afortunadamente ella no sospecha, no me oye.

No se si hablar a esta Victoria o conservar mi amor en silencio.

Diferente. Aquí no habrá citas, automóviles ni cartas de amor.

Pero ella podría disgustarse. Surgiría en su corazón transparente, su vieja emoción de lo "desagradable", con proporciones absurdas.

Me insultaría. ¡Pudiera suceder el caso único y desconcertante, de un personaje maravilloso abofeteando a un esbozo de novelista!

¡Como me alegro de la antipatía de Victoria para Carlos! En este guñol real de personajes, es el único hipotético rival.

Un germen de celos. Me siento humillado. Siempre he creído que los celos son el más bajo sentimiento humano. Su hermana gemela la envidia, los volvió demacrados y sucios. Sentir celos de otra persona es admirarla en secreto. Tener oculta una gris conciencia de propia inferioridad.

Ahora soy capaz de introducirme silencioso como un apache, cloroformar a Victoria y desatar las cadenas de Carlos para que huya definitivamente. En este guñol real de personajes, desaparecería el único hipotético rival. Pero hacer esto sería renunciar a la novela, porque forzosamente habrá hombres en el guñol.

Me aterra la suposición de que suceda el artificio sobre el cual quería construir mi novela, es decir que Victoria ame algún día a Carlos. Le odia. Pero el amor y el odio están cerca ...

No. Hay que serenarse.

Me declararé a Victoria. Como ahora ella está despojada de su aristocracia y su riqueza, han desaparecido los obstáculos mayores.

No necesito mujer alguna. Consagraré mi vida a Victoria.

Ella, el personaje, será la amada que asesine al sol con su belleza, para dejar en mi espíritu ingenuo un rayo de sol.

Serán unos amores exóticos, maravillosos...

*

No es posible Victoria que esté usted abandonada en la novela que algún día escribiremos. Junto a su

belleza, debe estar otra belleza, belleza morena que sin igualar a la suya, sea también interesante.

Aprovechemos esta tarde para buscar a la dama joven de la farsa.

Si usted quiere, será Josefina.

No proteste. Ya se que usted no la conoce y ese es un motivo más de sugestión.

Es largo el viaje. Pediré un automóvil.

Póngase usted un sombrero coquetón y un abrigo de pieles. No hay que perder tiempo, porque Josefina puede salir. Antes, tomaremos champaña brumoso, apropiado para personajes. Un minuto más o menos, no importa.

Por la novela: ¡salud Victoria!



Josefina vive lejos de la ciudad. Quisiera que sea indefinido el viaje, para sentir junto a mi cuerpo el contacto transparente de Victoria deshumanizada.

Podría aprovechar de esta soledad alada para hablarle de amor. Pero, me desconcierta su belleza. Temo que ella me desprecie, abandonándome dolorosamente.

Las palabras se quiebran en mis labios. Me alivia la remota esperanza de que mis ojos hablen en silencio.

Tener fascinación, decirlo todo, sin decir nada...

Imposible. Mi mirada es turbia, inexpresiva, casi estúpida.

No, no puedo. Prefiero hablarle de la ciudad, que sonríe en la tarde, porque comprende que ella es la voluptuosa protagonista de todos los amores.

Desciende el auto por la carrera "Mejía", toma luego la "Guayaquil"; atravieza la plaza de "El Teatro", en cuyo pavimento se despedazan las comedias de la vida: el cine "Variedades", frívolamente vesti-

do, coquetea con una muchacha, porque una ligera ráfaga de Mejou que quedó olvidada en su único palco, lo volvió irónico; el "Sucre", es gran señor de mascarada, que cree haber aprisionado al arte entre sus bambalinas.

Llega el normal de señoritas: alguna colegiala sueña en placcres raros; desfilan las casas, creando voluptuosos estremecimientos; "San Blas", como una romántica flor de la colonia, envía la fragancia de una plegaria. El campanario es un nido de pájaros de bronce, que con sus trinos despiertan al sol. La plaza, un cromo impresionista, que abofetea con su ejecución descarnadamente humana.

"La Alameda: parque abandonado, que una mañana hizo su amante a la alegría. Viejo de aventuras. Deshojado por haber perdido muchos amores.

"La Alameda" es el último jardín galante. Su laguna es el espejo donde ven su corazón las mujeres.

"El Ejido" corre con los brazos abiertos hacia el automóvil. La mañana tiende a secar su manto de diamantes sobre la hierba. La tarde abre su abanico de esmeralda, para crear la hipóbole del aire, sobre los árboles. La noche es lluvia de puñales de plata sobre este inmenso corazón, que sugiere los amores del silencio.

Espiritualizarse como el grito del viento...



El auto sigue la línea de los carros eléctricos. Huyen los "chalets", alineados caprichosamente.

Hemos llegado a la villa de Josefina.

Como usted Victoria, ella es rica. Me preguntará usted por qué busco sólo estas mujeres para mi fábula. No, no me ha preguntado, porque usted lo comprende bien.

Es natural.

La dama joven...

*

Josefina es una muchacha elegante. Lo que llama usted una muchacha: "fina".

Muy Fina. Ella, como alma gitana de los Andes, es belleza morena.

Su voz, su boca, su talle...

¡No!

*

—¿Por qué,—me dice Victoria mirándome profundamente,—viene usted a esta villa lejana a buscar un personaje?

—Conozco a Fina,—le contesto,—y creo que tal vez se pueda sacar de ella algo novelesco.

—¿Es su amiga de confianza?

—No.

Reconstruyo las escenas de mi amistad con Fina.

La conocí en una fiesta social. Me impresionó su belleza. Acaso: aquella noche nos estremecimos bajo un aletazo de amor.

Al día siguiente la busqué. Una escena galana.

Dos o tres noches de beber a sorbos desde la calle, su silueta perdida en el marco de la ventana.

Llamarla por teléfono. Buscarla...

Inútil: Fina amaba a un cadete.

Después, encontrarla alguna vez en la calle, escondida en el cofre de su auto cerrado.

(Otra analogía: como usted Victoria, Fina nunca sale a pie.)

El pintoresco cadete se fué. Fina amará ahora a un hombre que sepa jugar tennis, manejar auto y bailar tango. Puede ser más rico que ella.

Muy natural.



Pero el automóvil, el tennis y el tango, son para la vida. En la novela no sucederá así. Como a usted Victoria, a Fina la

deshumanizaremos

para transformarla en dama joven.

Ella será fina, espiritual, con el objeto de poder crear capítulos románticos con besos apasionados y luz de luna.

Eso no,—me contesta Victoria,—no me gusta. Es cursi.

—¡Es usted tan refinada!.—le contesto avergonzado.—Perdone usted.

Victoria, por decir algo para sacarme de mi turbación, me pregunta:

—¿Cuál sería el objeto de escribir diálogos de amor?

—Tengo una idea. Usted y ella podrían enamorarse de un hombre. Surgiría en los corazones de las dos una rivalidad tremenda. Odios. Celos. Deseos ocultos.

—Muy vulgar,—me contesta fría.

Desilusionado, insisto:

—Pero, ¿no cree usted que se puede explotar el motivo? Crear personajes secundarios, describir a los miembros de las familias de las dos con trazos vigorosos, pintar escenas emocionantes, llegar a la tragedia. Son éstos los recursos precisos para despertar interés en el público.

Evasiva, me objeta:

—¿Y quién puede ser él?

¡Ocasión! Con voz tímida:

—Un personaje cualquiera. Alguien a quien conozcamos los dos. Un hombre.... como yo.

—¿Como usted?

—Si.

Victoria ríe.

Rojo de rabia y humillación, le contesto en voz baja:

—Ya sé que soy insignificante y anónimo. Comprendo que si es imposible que usted y Fina me quieran en la vida, es igualmente absurdo que Fina y usted, transformadas en personajes, sientan amor por mi, mientras yo sea completamente humano. Pero emplearemos un procedimiento falsamente ingenioso para que yo “no sea yo”. Como ustedes, también me deshumanizaré en la novela, transfigurándome en un hombre guapo, rico y elegante. Hasta puedo caer en la aterradora vulgaridad de ser “un muchacho inteligente”. Todo lo reuniré para ser digno del amor de tan bellos personajes. Sabré manejar automóvil, bailar tango y seré amigo de todas las Legaciones. Candidato definitivo a diplomático. Adoptaré un nombre convencional y literario, que haga olvidar a ustedes quien soy. Me llamaré Jorge ... y algo más. Es decir Jorge, acompañado de algún apellido distinguido. Uno de esos apellidos nobiliarios, tan numerosos, que sugieren la sensación visual de un pergamino, viejo y costoso como vino añejo.

Victoria no me contesta, pero una sonrisa irónica se ahoga en sus labios.

*

Entramos. Los jardines son lienzos impresionistas. La casa ríe impersonal. Las ventanas son marcos para el desnudo cubista de la voluptuosidad.

Fina ha salido. Únicamente sus espléndidos salones se estremecen al comprender que Victoria ha sorprendido detalles de Fina que ellos escondían.

Espero que Victoria tomará prisionera a Fina en uno de estos salones solos, al ocultar en su regazo algún detalle alado.

En el tocador, la alta comedia que el lápiz de labios estiliza en su abandono, bastará para sugerir a Victoria el movimiento de los labios de Fina y por este movimiento, aquella oirá todas las palabras que pronunciadas inesperadamente por Fina, determinarían con la precisa velocidad de una línea recta, lo complicado de su mundo interior.

Sobre el espejo, una suave capa de polvo que se escapó de la brocha mientras Fina daba un pálido baño de blancura a su tez morena, besa en la boca a la imagen de su dueña, que tiembla de frío en el lago del espejo.

El agua de colonia aprovecha que se fugó el corcho, para espiritualizarse en espirales a través del aire.

Victoria cree que no la veo y esconde una horquilla, para arancarla los secretos de la cabellera en la cual se hundió como una espina.

No fué inútil el viaje, porque en el detalle está Fina prisionera.

*

De nuevo en el auto, suplico a Victoria que me acompañe a la tanda del "Sucre".

Discute. Accede.

Excepcionalmente, compro un palco de primera.

Al abrir la puerta discreta, el palco despierta, enviándome el rojo de su irónica sonrisa.

La sala está llena. Saturada de mujeres bellas. Un murmullo galano hace piruetas sobre el trapecio de las butacas, hasta caer ascendiendo sobre la red de la galería.

Me estremezco. Una coincidencia extraña. Fina está con sus amigas en un palco cercano.

Victoria, que por los detalles robados conoció a Fina, la observa.

Cinco minutos.

Emoción: una nueva casualidad folletinesca y absurda. Victoria, real, sonríe perdida en el otro extremo de la sala. El palco lejano que aquella ocupa, quisiera huir al verme.

(Benevolencia. Aún el laboratorio humano de personajes, está formado de casualidades. Influencias de la intrigante y coqueta señorita "Literatura".)

En voz baja digo a Victoria:

—Ahí está Victoria.

Ella se sorprende. Quisiera hablar, pero huyen sus palabras: comprendo que se desespera por ir donde si misma, pero que la dignidad le obliga a permanecer inmóvil.

Desconcierto.

*

Victoria mira a Victoria. Es una mirada honda, amante. El silencio quisiera ofrecernos su regazo tibio, pero le han encadenado frases siempre repetidas de los hombres y las risas de las muchachas.

Tercera campanada. La orquesta, ejecutando una pieza callejera, interpreta las combinaciones creadas en el cerebro de las mujeres.

Discretas, cierran sus ojos las bombas eléctricas. Veo perfilarse en la sombra la silueta de Fina. La de Victoria se escondió en la oscuridad.

Tímidas se deslizan por el patio las caricias, opriéndole levemente a las butacas con sus pies descalzos. Otras, más afortunadas, pueden moverse libremente en el interior de los palcos.

(En un minuto intermedio entre la orquesta y la farsa, quizo el silencio conquistar al teatro, pero definitivamente el escenario lo hundió bajo la tierra).

Arriba el telón.

Decorado: Gabinete elegante de personajes.

E s c e n a p r i m e r a .—Un hombre: estoy maravillosamente solo, porque estoy acompañado de Victoria deshumanizada.

E s c e n a s e g u n d a .—Un hombre y una mujer: Fina está cerca. Acaso recuerda imperceptiblemente, que con corrección impecable contestó mi saludo.

E s c e n a t e r c e r a .—Dos mujeres y un hombre: perdida en el palco lejano, Victoria nunca supo que Fina enloquecía a los autos con su frivolidad. Fina pensó alguna vez, acaso triste, que Victoria estilizaba todos los salones con su elegancia. Yo quisiera sintetizar en una sola sus paradojales bellezas.

E s c e n a c u a r t a .—Dos hombres y dos mujeres: Carlos escapó de la cárcel, para oír la voluptuosa pandereta del taconeó de Fina. Vuelve Victoria a despreciar a Carlos. Siento alegría.

E s c e n a q u i n t a .—Hago mutis por el foro, en busca de cadenas para sujetar a Carlos.

E s c e n a s e x t a .—Dos mujeres y un hombre: monotonía de la repetición. Carlos se deja encadenar avergonzado. Fina sonríe. Victoria mira una constelación creada con reflectores.

E s c e n a s é p t i m a .—Dos mujeres: lejos, mientras sujeto a Carlos, sugiero la lucha silenciosa de la belleza pálida con la belleza morena.

E s c e n a o c t a v a.—Entra un hombre: repetición. Lentamente, domina Victoria. Altiva, Fina sale por primera izquierda.

E s c e n a n o v e n a.—Una mujer y un hombre: quisiera decir a Victoria que le amo, pero su ritmo amordaza mi ingenuidad. Hablo de cosas indiferentes. Diálogo largo y pesado. Desde la puerta, segunda derecha:—"hasta mañana".

E s c e n a d é c i m a.—Una mujer: Victoria, maravillosamente sola, habrá superado su belleza más allá del arte.

*

Solos de nuevo, ante la amante mesa de thé servida para dos, digo a Victoria:

—No quizo contestarme usted, cuando le pregunté si le gustaba el hipotético argumento de nuestra novela.

—¿Insiste?

—Si. En la vida,—ahora puedo confesarlo,—me inspiró usted un amor profundo. Pero sabía que usted nunca podía amarme. Un abismo imposible de salvar, nos separaba para siempre.

(Parece de novela, ¿verdad?)

Victoria dice:

—Nunca me habló usted de amor.

—Nunca. Habría sido inútil, vulgar, insoportable. Por eso quise tratarla con desdén. Cerca de usted me burlaba de todas las pasiones. Natural. Las más tremendas tragedias, lejos del escándalo, se ocultan bajo la máscara de la ironía.

—¿Que concepto se formó usted de mi? ¿Supuso que yo acaso...?

—No supuse nada. Vi la realidad únicamente. Usted no puede juzgar ahora, porque sería falsa su apreciación. Juzgaría por lo que usted es. Hablaría usted “como personaje”, olvidándose de que usted “ya no es usted”.

—Pero, si los dos queremos que yo sea “un buen personaje”, debo ser “tal como soy”, y por lo mismo puedo juzgar yo “como si fuera yo”.

—Es que usted humana, usted copiada textualmente de la vida real, no encerrara en su ambiente trama ni cosa extraordinaria alguna. Habría que inventar, sugiriendo la hipótesis de cómo actuaría usted en las diversas situaciones creadas, y esa sugerencia que no podría estar nunca sujeta a experimentación, seguramente sería falsa.

—Pero,—me replica Victoria,—analizada yo con caracteres propios, con mi exacta personalidad, se podría deducir sin equivocarse, cual sería mi actuación en una circunstancia determinada.

Sonriendo, le contesto:

—Usted razona como personaje. La vida no es un teorema. Tampoco un silogismo. Lo extraordinario o lo absurdo, se presentan cuando no eran esperados. Sólo que no sabemos dónde están.

—¿De tal modo que usted cree...?

—Si. Usted se ha deshumanizado, porque los dos hemos tenido la vanidad de buscar una novela a través de la ciudad. Por lo mismo, Fina como usted.

—También ella.

—Ella, que siendo análoga, es diversa de usted. No piensa. No siente. Su única ocupación es vivir una falsa alegría.

—Las dos con ese personaje...

—Jorge,—respondo tímido.—Jorge, que seré yo deshumanizado.

—¿Y por qué usted y no otro?

—Victoria....

—¿Qué tiene usted?

—Ahora, después de haberla odiado a usted en la vida, le amo a usted Victoria.

—¡Cómo!

—Si, le amo a usted.

Victoria sonríe. Me mira ofensiva.

Digo:

—No, ahora no me desprecie usted.

—No puedo amarle.

—¿Nunca?

Calla. Insisto. (¡Qué cruel es comprender que es forzoso decir a los personajes lo mismo que se dice a las mujeres!) La frase que se gasta siempre:

—¿No me dice usted nada?

—¿Qué puedo decirle yo? Se ha equivocado usted. Ha creído que porque soy un personaje, soy fácil de conquistar. No. No he olvidado. Un personaje femenino es difícil como una mujer. Ingenuo es que usted crea que puedo amarle.

—Algún día....

—¡Lo lejano siempre....!

—¡Lo lejano!

—Tal vez.....

Quiero besar su mano. Ella sonríe, casi con desdén. Le miro ansioso. Acaso ella está un poco triste. Me dice algo que no comprendo. Se va de mí. Quiero alcanzarla. Huye. La luz se disuelve en volutas de cristal. Emoción. Bruma. Silencio.

Victoria está dormida.

*

No se cuándo despierte.

A solas pienso que si ella no me ama, puede amarme cuando me transforme en Jorge.

...Y fantaseando sobre el futuro argumento, comprendo que la vida de Fina, siendo vulgar, debe despojarse de sí misma en el proceso de la elaboración.

Bruscamente me asalta la idea de que se podría inventar un enredo interesante combinando la complicación amante mía,—es decir de Jorge encerrado entre Victoria y Fina,—con la angustiosa situación de una familia humilde. Relativamente fácil sería unir los dos motivos de alguna manera artificial, pero que recuerde un viejo coqueteo de nuestra amiga la chica "Literatura".

Por ejemplo: un joven de esa familia está también enamorado de Fina.

O bien: esa familia es deudora de Victoria. Embargo. Crueldad. Trastos a la calle.

O: Fina es pariente de todos ellos, pero como son pobres no quiere que nadie lo sepa.

Por último: soy yo,—Jorge que no es exactamente yo,—miembro de la familia, y...

Más aun: puede complicarse más, reduciendo ingeniosamente a una sola dos o más de las anteriores hipótesis. La trama se multiplica. Surgen nuevos personajes. La imaginación puede prolongar indefinidamente las situaciones dramáticas.

La paradoja de la riqueza y la miseria, unidas por el hilo del encuadernador del libro, es de efecto emocionante.

...La Humanidad a quien ha podrido el gusano de oro. La población que crece en progresión geométrica, mientras la producción aumenta en progresión aritmética. El problema social, cada día más complejo. La lucha por el pan, enloquecedora y fatídica. La existencia del hombre "que es un péndulo que oscila constantemente entre el dolor y el hastío". La miseria de la carne. El obrero. La fábrica.

Sintetizando: ("la vida es el combate de uno contra todos y al vencido se lo lleva el diablo".)

Que extraordinario: ¡me estoy volviendo filósofo!

¡Uf!

Me entusiasmo. Por fin creo que la novela se escribirá algún día. Tal vez no lejano. Se editará. Será un libro pulcro y elegante. Veré mi nombre en su carátula. Los periódicos hablarán de la nueva producción. Las revistas la consagrarán juicios sabios. Acaso alguna publique mi retrato. No, ¡esto no!, porque hecharía todo a perder. Debo confesar que soy feo, pero íntimamente, para que nadie oiga mi declaración.

Conseguiré una lista de direcciones célebres, para que mi libro vaya al exterior. Se lo comentará. Dejaré de ser un hombre anónimo y oscuro, para ocupar una pequeña situación literaria. Es posible que algún editor...

Pero también mi libro caerá en las manos de una muchacha bonita. Estoy seguro de que le gustarán aquellos amores de Fina, Jorge y Victoria. Para esto, describiré escenas románticas, apasionadas, con besos, chocolates y claros de luna. Pueden las rosas dar una sombra de voluptuosidad a los amantes. Transcribiré cartas adorables a lo "amor mío".

...Entonces esa bella muchacha lejana pensará en mi. Pondrá mi novela en su velador, para leerla todas las noches. Señalará con la uña,—que forzosamente debe estar limpia,—o con un lápiz diminuto y coquetón, los pasajes que le gusten. En su cabeza,—rubia o morena,—surgirá mi imagen. Para ella dejaré de ser insignificante y feo, porque me creará joven, elegante y guapo.

Los besos estarán trazados con caracteres brillantes, para que ella crea que se besar bellamente y

tena sobre sus labios la fugaz ilusión de mi boca. Mi amor será su amor de amar al hombre que no volverá.

Los jóvenes artistas de otros países, me creerán joven y rebelde como ellos y me citarán alguna vez entre los nuevos escritores. No faltará alguno, que sin haber leído mi libro, me llame "un buen novelista".

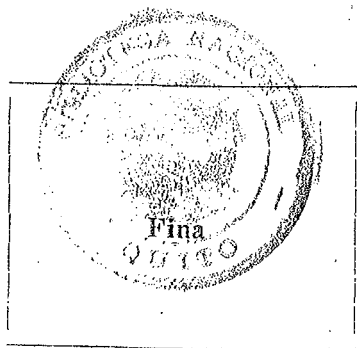
Pintaré escenas de moralidad burguesa, para que me admiren las señoras. Cuadros de mucha experiencia y desdén por la vida moderna, recordando que fueron mejores los tiempos pasados, para que los viejos se entusiasmen.

Puede ser que algún crítico extranjero diga que mi novela es una gran obra. No es difícil tampoco que otro sostenga que es un libro inútil y vulgar, sin "novedad" alguna. Pero esto, ¡que importa!

Hay que ser optimista. Trabajar. ^{trabajar}

Ahora mismo voy en busca de los nuevos personajes.

Antes, para que no se escape y derumbe todas mis ilusiones, encerraré en la casilla cerebral a



asegurándola con cadenas y candados. No podrá moverse. Que piense por última vez en su muñeco cadete, para que luego ame a Jorge. ¡Pobrecita!

Ahora procederé con más libertad, porque aprovechando que Victoria está dormida, iré solo.

Un cigarrillo. El humo es el dolor de la silueta de las mujeres lejanas.

*

Dirección: colina de "El Panecillo".

Por la calle de "La Merced". El campanario desgarrador como un puñal el pecho de los cielos. La gran campana,—la más grande de esta noble ciudad de Quito,—es señora de real estirpe, a cuya voz se estremecen las cenizas de los Emperadores Indios. Herida en el corazón, su dolor es el grito de todos los corazones vagabundos que no aman.

La clásica pila de piedra, inventa la canción del agua: ahorcada está en sus burbujas el avemaría. Como una abuela cristiana, despierta a la hora del ángelus, para recibir de rodillas la hostia del primer rayo de sol.

Su espíritu humilde apaga en la madrugada la sed de los borrachos. Lejos, "El Panecillo" quisiera beberla.

"La Policía", muestra el sarcasmo de su máscara como insulto a la miseria.

Pero llega "San Francisco". Aterrado por las tremendas convulsiones que destrozan a Europa, el espíritu del pobrecillo de Asís, se ha refugiado en esta buena,—acaso apenas romántica,—ciudad. Por eso el templo,—oratorio entrañable de los cruzados andantes,—es un pesebre en el que tiembla la Navidad.

Petrificado, el templo es el último caballero del siglo de oro. Desde España, a él saludó el gran se-

ñor de Europa Felipe II, cuando en su alcázar desafió a los siglos, y desde su torre del Escorial quizo ver cómo llegaban hasta los cielos las torres de San Francisco de Quito.

San Francisco, atleta de piedra creado en la única tortura de la belleza, detuvo con sus manos al sol, para que nunca se pusiera en los dominios de Castilla. Por eso, cuando huyo de Sevilla y Aranjuez la vieja emotividad de hechizo y pandereta, vino a Quito a alucinar a los hombres con su tez pálida. En mil átomos, la emoción se hudió en la fachada, para despeñarse piadosa sobre los labios marchitos de las abuelas y dar embrujamiento andaluz a las bocas de las muchachas.

En la noche, la fachada es un espectro futurista. Maravillosa, crea el terror en su silencio. Sus entrañas se desgarran con las cadenas del Infierno. El demonio está escondido en el atrio, guardando la entrada al suprafuego. Todos los suplicios evolucionan dinámicos, para depurar la pirueta de la civilización. Por eso las piedras del atrio rezan con voz demacrada, padrenuestros por su salvación.)

(En "La Portería" la vela que agoniza, es la limosna de luz que el moribundo, cuya angustia a nadie le importa, deposita en el ánfora del silencio. Por eso la llama tiembla dolorida y sus gotas son más humanas que una lágrima.)

Vela pegada con su propia carne en el suelo, vela abandonada cuya plegaria se pierde en el basurero: su grito es el ojo de cerradura, para mirar profundamente a la nada del más allá.

(Una ligera evocación a Miguel de Santiago: Alberto Durero y Velázquez; Rembradt y El Greco, jugaron una partida de dados apostando su genialidad. Al fin todos perdieron y la casa se robó el genio de to-

dos, para regalar a Miguel de Santiago el producto de la partida.

A Miguel le había obsesionado el calvario. Quería pintar un Cristo grandioso y humano.

Pero el modelo encontrado para su obra, no pudo adaptarse a la extraña situación.

—Haz el gesto de la muerte,—le decía Miguel.

El modelo sonreía.

—¡El gesto de la muerte!,—gritaba Miguel.

El modelo reía.

—¡La muerte!

Feroz, alucinado, loco, con la ultraterrena irresponsabilidad del arte que solo el genio puede sentir, Miguel se aferró a una lanza y la hundi6 en el pecho del imbécil cuya vida hubiera sido completamente inútil, al no sugerir su agonía una obra maestra.

...Así fué como en Quito, un criollo asesin6 a un hombre para crear un dios crucificado. Hubo que derrochar sangre, para con girones de entrañas plasmar el macabro gesto de la muerte. (Miguel bebió la gloria en el cáliz de asesinato.) La montaña de su paleta recogió los colores en el abismo del sacrificio. Fué el último mártir del dolor de crear. Ningún hombre hubiera hecho lo que hizo él: por eso hasta ahora nadie le ha comprendido).

San Francisco es el corazón de la muy noble ciudad de Quito.

*

...Una bulla loca, como si los demonios anduvieran sueltos: "La Plaza del Mercado".

Orgía retorcida de indios, cholos y cocineras, que beben a sorbos el escándalo.

Los ponchos son prismas para descomponer la luz. Los canastos revientan de indigestión por el fantástico

banquete. Las monedas se dividen hasta lo inverosímil. Granos y verduras quisieran huír de los estantes, para consolar con su alegría a los hambrientos. La carne degollada destila sangre saturada de espasmos, como si brotara de un corazón.

Los mendigos estilizan la elegancia de sus harapos, alargando sus manos descarnadas para recibir el pan, que con refinada crueldad no se les quiere dar.

...Y los perros, ansiosos de carne y amor como los hombres, arrojan en sus ladridos retazos macabros de sus pulmones.

Únicamente las frutas son trozos de alegría, ofreciendo galanas su carne, jugosa y dulce como labios de mujer.

("Santa Clara", que nunca sale a la calle, espía desde su coqueta celda de monja, con deseo y angustia, a la serpiente de la feria humana.)

*

"La Avenida" es una inmensa alfombra, que barre todas las mañanas con la escoba del viento, el ama de llaves de la madrugada.

Hileras de arbustos, desfilan con ansia de sorprender la fresca voluptuosidad de las muchachas.

Las ventanas miran pasar el tranvía, cuyo timbre es el silbido del galán que ama siempre desde la calle.

En equívocos rincones se hunden los departamentos fatídicos, que en la noche venden estremecimientos envenenados. Los "chalets", son grutas en cuyos rincones los salones abrazan sonriendo cuerpos bellos.

La capilla de "El Robo": una vieja me cuenta que en los siglos de las misas negras, un apache robó un copón. Aterrado, botó las hostias donde pudo. Al día siguiente, vieron los devotos que las formas resplan-

decían. En aquel sitio se edificó la capilla de "El Robo".

(No vaya usted a robar nada allí, porque le abofetearía el apache. Cuidese de raptar a las mujeres que resplandecen en "La Avenida", porque le pueden levantar un busto de piedra.)

*

Al final de "La Avenida", es la "Puerta del Sol", constelación de "estrellas" de Cinelandia, que fugan creando la pálida emoción de tragedias sugeridas, tan crueles como si instantáneamente las hubiéramos vivido.

Calles y más calles, calles empedradas y calles de polvo, hasta divisar "El Hospicio", que es el último refugio de la genialidad y la portería de "El Panecillo".

Una cuesta también de piedra, que parece escalera para subir a las montañas de los cielos. Movimiento difícil a través de zanjales y atajos, hasta llegar al ancho camino donde está la casa en la que viven los personajes.

"El Panecillo", coquetón y alegre, es un seno de mujer. Su nombre va unido al de los Emperadores Indios. En los clásicos siglos de la aristocracia roja, fué tabernáculo del sol, dios comunista. Las vírgenes, ante aquel se inclinaron y por eso hasta ahora sus prados son alfombras para sacrificar mujeres y sus rincones alcobas fugaces del amor.

Sembrado de fincas, en su corazón palpitan mil corazones y en su boca tiembla la belleza quiteña, con lejana gitanería.

Si la colina pudiera espiritualizar el querer con su elegancia...

*

Los personajes esperan. Sería inútil decir que es pobre la casa; que sus paredes se aferran a una vieja pintura que quiere huír; que sus corredores están apolillados y sucios; que sus pasamanos podridos se derrumbarán cualquier día, para despedazar al patio; que en sus habitaciones, el papel tapiz fuga en retazos, y que la casa toda es una abuela que prepara todos los días su conciencia, viendo cercana la hora de su adios.

Habría que suponer que conozco largamente a la familia desde hace años, que he vivido cerca de ella, que he hecho la autopsia a sus intimidades.

Aún cuando se gasta inútilmente el tiempo en forjar una trama, se la construye sobre la base de una farsa. Si excepcionalmente está su génesis en la verdad, la combinación, el enlace de episodios, "la técnica" es falsa. El motivo está, pues, viciado en su principio. Muy lejos aún de escribir la primera página,—sugiriéndola apenas,—ya la mentira precede a la invención. Mejor sería decir:—"Esta novela es un truco. Lo que voy a escribir ha sucedido sólo en mi cabeza".

O bien:—"Algo de lo que contaré sucedió, pero sobre una pequeña base de verdad he fantaseado arbitrariamente, acomodando los hechos como convenían a mi propósito. He mutilado a los personajes. No les he dejado actuar libremente, usando de la fuerza para dominar sus protestas, con el fin de servirlos el manjar como os gusta".

O:—"El mundo de este libro es completamente irreal".

Adoptando una de estas formas, habría por lo menos una previa confesión de parte. Nadie podría

acusar al novelista, porque al principio él declaró que iba a engañar.

Pero al gran público, como a las mujeres, le gusta que le engañen. Se siente traicionado en su sensibilidad de buen burgués, cuando le hablan la verdad. Nunca aplaudiría a un prestidigitador que le revelara el secreto de sus trucos. Por eso, él se ha entusiasmado siempre con los amoríos dulces, que sólo para él reservó la señorita "Literatura" y con los coqueteos que para él inventaron sus doncellas "las nueve musas", picarescas y sentimentales como "chullas" quiteñas.

Verdaderamente este juego novelesco es artificial. El novelista es un obrero que se entretiene en hacer soldados de plomo o coches de lata, más o menos ingeniosos, para que jueguen con ellos las personas mayores.

Un juego inocente, que a veces resulta peligroso, tremendo o genial.

Pero la ficción en el arte...

(Una mariposa filosófica: también la vida es un juego artificial. Los hombres se entretienen en hacer juguetes de plomo o de fuego, más o menos ingeniosos, para que jugando con ellos se transformen en polvo las personas mayores. La vida es un juego peligroso, tremendo o genial).

*

Bien. Si durante tantos años hipotéticos a esta familia he conocido, tendré que haber visto actuar a sus miembros. Localizaré las costumbres de ellos, dándolas corporeidad, para luego en la novela presentar en "situación" a los personajes.

El novelista no contará: describirá.

Un nombre para la familia. Lo difícil ahora, es encontrar un apellido que no sea noble, para que el lector sepa desde el primer momento, que se trata de un apellido nadie. Supongamos, "Flores". Pero no se qué gran señor se llamó "Flores". No sirve. Otro: "Pontón". Pero este me suena mal. En una novela todo debe ser bello, armónico. Un tercero: "Villacrés". No recuerdo ninguna celebridad quiteña de este nombre.

No está mal. Sería la familia "Villacrés", muy oscura y numerosa.

Una novela debe ser como una casa en la que vive mucha gente, para que haya diversidad de caracteres, acción, interés dramático.

*

Un personaje

Alberto; Alberto Villacrés, como podía haber sido "Francisco Salazar", o un nombre cualquiera a duras penas inventado, procurando que no recuerde el de algún amigo o conocido, ni siquiera el de un hombre real, que podría ofenderse.

Alberto Villacrés trabaja en el Ministerio de Hacienda. Supongamos que es "Jefe de Sección", "Ayudante" o "Amanuense", que en definitiva es lo mismo, con ligeras diferencias de sueldo. El mundo para él, está encerrado entre las cuatro paredes de su oficina. No piensa sino en política y no habla sino de los Ministros de Estado, a quienes su cerebro ve como a superhombres.

(¡Es una fatalidad tremenda, el hecho de que no se pueda pensar en una escena quiteña, sin que saque las narices el empleado público!)

Alberto se enorgullece de "saber redactar como ningún otro en el Ministerio acuerdos y decretos". A

cuántos conoce, cuenta que tres o cuatro veces cada uno, distintos Subsecretarios le felicitaron por sus "oficios". Indudablemente, todos piensan que él es "un hombre inteligente".

Su vida, matemáticamente, sigue una línea recta. Se levanta a las ocho. Se lava y viste. Desayuna. Va a la oficina. Sale a las doce. Diez minutos de charla en el "Parque de la Independencia", carrusel de la burocracia, o en los portales, sobre los negocios públicos. Almuerza. Vuelve a las dos y media al trabajo. Las noches y los domingos pasa en casa, oyendo llorar a sus hijos o peleando con su mujer.

Muy rara vez sale en días festivos a la calle, "a dar una vuelta". No lee libros ni asiste a espectáculos. (Un detalle interesantísimo: tiene tres vestidos y cada semana hace arreglar uno. Otro, más interesante aún: todos los años, en su onomástico, pasa un día de campo con su familia.)

Cuando se emborracha, juega a los naipes. Al día siguiente pasa enfermo. Sueña tal vez en algún magnífico negocio, que se ahoga dentro de su cerebro.

....Y todos los días, todos los meses, todos los años, igual, con variaciones imperceptibles.

Ahora bien. Este es un hombre. Un tipo real. Puede añadirse algún detalle naturalista: "usa bigote pequeño"; o bien: "tiene estatura mediana"; o: "hace mucho ruido al andar". Pero, se necesita ser tonto para creer que puede ser este un personaje de novela. Nada tiene de interesante. Es uno de tantos. Si todos son iguales a él en esta casa, será inútil el viaje.

Forzosamente tendré que liquidar a Alberto. Decirle que viva su vida aplastada por los mismos hechos. Olvidarle.

*

Un episodio,

acaso podría servir para un capítulo; capítulo descarnado, verdadero, como cualquiera ve todos los días.

Las doce y media. El almuerzo. La familia al rededor de la mesa. A un lado, sobre un cajón sucio, platos, tasas, etc. Se habla del mal tiempo o de la inestabilidad política. Los chiquillos hacen una bulla infernal. La abuela en un rincón, a falta de "entrada" mastica suavemente un avemaría. La cocinera entra y sale de mal humor. El perro mira atentamente la escena.

Alguna vez, los dedos pueden sustituir al tenedor. Siempre, los periódicos viejos reemplazan al mantel.

El primer plato está demasiado caliente. Hay que comerlo a soplos.

El segundo, mal sazonado, de pésimo sabor. Riña con la cocinera. Esta muerde su rabia. Más tarde dirá a alguna vecina:—Son unos "agarrados". Pagan cinco sures y quieren que una les sirva desde la seis de la mañana, hasta las ocho de la noche. A una no le queda tiempo ni para remendar sus trapos. Dan "uno cincuenta" para la comida y quieren comer sabroso, como los ricos. ¡Ahora que el tiempo está tan caro! Cuando falta un medio en las cuentas de la plaza, le descuentan a una del mensual. ¡No tienen conciencia!" La vecina contará a la comadre, ésta a la patrona y lo sucedido será el cuchicheo del barrio.

Total: un escándalo. La cocinera despedida y la pobre abuela a servir.

...Y así, todos los días en esta casa, las lágrimas o el escándalo, serán el postre necesario del humilde almuerzo.

Me asalta bruscamente la frase de un libro: ("familia es la unión forzosa bajo un mismo techo, de gentes que no se pueden ver.") No, la rechazo por demacrada y extremista.

El almuerzo. Bien.

Pero, surge de nuevo la objeción: cualquier persona, por poco culta que sea, rechazaría desde el primer momento una escena como esta o cualquiera otra que la recuerde,—disgustos porque no se ha pagado la luz eléctrica o el agua potable, empeño de algún vestido usado cuando el dinero falta,—por considerarla vulgar. Un episodio así en un libro, bastaría para que el libro sea malo.

Debo rechazar esta clase de análisis. Buscar algo noble, espiritual, elevado.....

*

Algo más noble, espiritual, elevado: Victoria. Victoria personaje. Victoria que ahora duerme el sueño intelectual del personaje.

Me asalta una idea: ¡también los personajes sueñan!

También los personajes aman.....

Amar.....

Soñar.....

¡Uf! Me estoy volviendo romántico.

¿Qué soñará Victoria? Por ejemplo: "que ella supera a la vida".

O bien: "que ella se transfigura en un maravilloso poema de vanguardia".

O: "que ella me destroza el cerebro a pedradas".

No iré a despertarla: ¡acaso en su sueño surja el protoplasma de un amor lejano!

Puede ser que en esta casa encuentre algo fino, espiritual....

*

Matilde

vive en ella. Es hermana de Alberto. Matilde agarra desesperada a la juventud que huye de su cuerpo. Quisiera tener veinte años, para que los hombres le digan algún piropo, de esos tan sevillanos que se arrojan como claveles en los arrabales de Quito.

Matilde, sin ser madre, siempre fué madre. Vida de trabajo y de abnegación la suya, pasó monótona y oscura, porque fué la lucha angustiosa en busca del pan.

Emocionada, reconstruye de vez en cuando su drama gris.

El padre fué obrero. Botarate y borracho, arrojó por la ventana cuanto tuvo. A su muerte, la familia quedó abandonada.

La madre y cuatro hijos.

Dos varones: Alberto y Manuel.

Dos mujeres: Matilde y Lucía.

Lucía fué muy desgraciada. El cerebro de Matilde se cierra al recordar la desgracia de su hermana. El instinto de piedad le impide recordar detalles.

¡Lucía fué muy desgraciada! Es inútil esforzarse por averiguar cuál fué su desgracia.

Morena, con esa tez gitana brotada de la combinación del sol de Castilla con la nieve de los Andes, su belleza morena fué la causa de su dolor.

Matrimonio. Raras aventuras. Una enfermedad al corazón. Muerte caprichosa. Tres hijos suyos solos. Miseria.

Matilde fué la nueva madre de estos tres muchachos. Tal vez le resultaron ingratos. No importa.

El uno vivió siempre con una cualquiera, de la cual no pudo separarse. Una cualquiera que le dió

ocho hijos, para los cuales había que trabajar como un asno de la mañana a la noche. Una cualquiera, que le pegaba y le arañaba en la cara. Una gata.

El otro se llenó de deudas y se fué de Quito. Un matrimonio de ocasión con otra cualquiera de una capital de provincia. Escenas. Separación. A buscar otras mujeres. Hijos abandonados por todas partes.

Frecuente, la miseria. Largas cartas a Matilde, pintándole con recursos melodramáticos su angustiosa situación. A sacar Matilde sus pequeños ahorros, ganados a costa de cotidianos sacrificios. Alguna vez, este segundo, el aventurero de la familia, viene a Quito para que el corazón abrace a los suyos. Matilde siempre tiene su espíritu abierto para ese vagabundo, que rueda su cuerpo dejando en la carrera girones palpitantes de su carne dolorida y errante.

*

El tercer hijo de Lucía fué alucinado y vanidoso.

Estudió a duras penas lo que pudo. Leyó desordenadamente un montón de libros y malgastó su tiempo ensuciando papel. Tenía ínfulas de literato, orador y sociólogo. Quiso ser célebre. Penetrar como advenedizo en los círculos sociales. Ser respetado por diplomáticos y señoras distinguidas. Asistir a todos los bailes y recepciones. Conquistar mujeres maravillosas.

Le llamaron atrevido. Herido en lo más profundo de su orgullo, encontró sólo humillación y desprecio en los grupos sociales, que nunca olvidaron su origen humilde. Sin rango ni fortuna, fué un don nadie en ese ambiente diverso del suyo que quiso conquistar, porque leyó en algún libro viejo o disparatado, que otros a fuerza de audacia y talento dominaron en los salones.

La espiroqueta del arte había envenenado su espíritu. Penetrado profundamente en los rincones apollados de su cerebro. Destrozado los tejidos más delicados de su cuerpo. Dado una tremenda sensibilidad a sus entrañas.

Podrido de emoción, buscó desesperado el ritmo. Alucinado por la quimera de aprisionar en la frase la inquietud, la verdad y la belleza, despedazó su juventud. Fanático por encontrar, no sabía dónde, un amor profundo que estilizara su espíritu, olvidó su alegría en algún zaguán perdido.

Transformado en un harapo de hombre, —la experiencia es siempre inútil, porque llega tarde, —comprendió que la gloria es una farsa y que excepcionalmente no se compra el amor.

Su vida es la de un vagabundo, —casi la de un mendigo vicioso, —que lo perdió todo, por haber sugerido en su cerebro el tremendo fantasma de alcanzarlo todo.

...Y fué un fracasado más. Un fracasado como hombre y como artista.

(Epílogo: torturado por un deseo monstruoso de amor, de placeres y de gloria, vegeta ahora de amanuense en una oficina. Así le sorprenderá la muerte).

*

...Yo bien quisiera, basándome en este personaje, escribir una novela, donde sea el arte la dama; donde cristalizada la belleza en una alteza andina como Victoria, cada capítulo sea una rara caricia.

Una novela de ensueño y fragancia. Ilusoria por su aroma de querer. Humana, por alcanzar a la vida más allá de la realidad.

Episodios emocionantes, que presenten como perfectamente cierta la voluta de opio del amor. Si ha

muerto, resucitarlo en un libro, transfigurado en su transparencia.

Comprendo que es inútil. ¿Para qué? Únicamente de burla serviría una novela de amor, en la cual la bella protagonista, aristócrata y rica, ama al galán sin un cuarto, por la simple razón de su arte. Daría la sensación el libro, de un hombre que anduviera por las calles de una ultracivilizada ciudad del siglo XX, con armadura de caballero andante.

Absurdo. Nadie cree ya en estos trucos. Los que quieren forjarlos, en la obra o en la vida, son exóticamente ridículos. Tal vez muchos hombres y algunas mujeres,—quien sabe cuándo, quien sabe por qué,—sienten muy hondo el deseo de conocer el amor inmenso; pero, este destello lejano se pierde, se ahoga, oscurecido por el dinamismo de la lucha por la vida.

Tendré una vez más que olvidar a este personaje. Personaje cuyo nombre no quiero saberlo, para que despojado de todos los convencionalismos, del más rudimentario de todos, un nombre o un pronombre,—“Alfredo” o “él”,—sea simplemente un personaje.

Raro,—equivocación: ¿no es lo correcto encontrar un genio ignorado a la vuelta de cada esquina?—, su espíritu de pirueta grotesca y trágica como la entrañable mueca de Chaplín, es un perro abandonado por las calles, que en los arrabales busca un mendrugo de emoción entre los gusanos.

Su novela,—¡si por lo menos con un nombre pudiera llamar a este personaje, para darle un principio de corporeidad!—, es una novela perdida en la ciudad, como se pierden todos los días en las ciudades millones de maravillosas novelas, que por ser grandiosas en su pequeñez, nadie puede encontrarlas.

Como los electrones, que no los divisa el lente más poderoso, originan con su dinamismo fenómenos superiores a ellos, estas microscópicas novelas perdidas,

saturan de emoción el viento. Por eso en ciertos barrios alucinados, en algunas casas misteriosas, en la vieja pared que se derrumba, sentimos cotidianamente la inquietud del libro que pasó por nuestras manos y no pudimos leerlo. Las novelas penetran en nuestros pulmones, se transforman en espinas para clavarse en el corazón, subconscientemente brota de ellas el microcosmo que escondido devora el cerebro. Por eso a menudo nos sentimos tristes sin saber por qué. Lejos de la tragedia, vivimos,—por la primitiva razón de ser hombres,—las tragedias anónimas de la Humanidad.

El novelista corriente, con su comprensión estrecha y su vista pequeña, no penetra en estos humildes escenarios de guiñol. Desprecia a estos muñecos grises por vulgares. Pisotea a estas tragedias, que gritan por desarrollarse y adquirir vida propia, por ser superiores a si mismas, transfiguradas en el aletazo de la creación.

Lejos de la "literatura", el arte se acerca a ellas, pero no puede aprisionar a la vida en todos sus aspectos. El hombre, tan pequeño a pesar de su ilusoria grandeza, ha producido el libro como fragmentaria llamada de la avalancha de fuego, que tremenda se agita en el corazón humano.

Ser un puñal de la bomba anarquista de la vida...

*

¡Malditas digresiones! Mientras divago, se escapa la familia.

—Si señor,—me dice una criada,—suba usted. En el segundo piso.

Bueno. Matilde madre de todos. ¡Pobrecilla! Con esa fatídica comprensión prematura que da la miseria, Matilde se dió cuenta de que tenía que luchar

frente a frente con la vida. Lucha implacable y desigual.

Fué costurera. Costurera de la gente rica. Costurera de la gente vulgar.

Trabajó, durante su vida, todo el día y parte de la noche.

Alguna vez, tal o cual familia que suponía ser aristócrata, se permitió tratarle con cariño y la pobrecita se imaginó que la trataban como a igual.

Una o dos muchachas "distinguidas", le hicieron sus confidencias de amor, mientras les tomaba la prueba del traje de moda.

Ella suspiraba. Ella tenía la palidez de una mañana trémula.

...Y el personaje que se escapó hace un momento,—digo, que se liquidó por inútil,— el personaje anónimo que soñó con la gloria y el arte, sintió rencor contra Matilde, que le había salvado de la miseria, porque las muchachas finas de las cuales quería ser amado, las gentes de salón y los diplomáticos, por los cuales quería ser tratado íntimamente, todos,—ellos y ellas,—nunca pudieron olvidar que era sobrino de una costurera....

Matilde.

...Y trabajó día y noche para mantener a los suyos. Sus humildes ahorros, adquiridos con enorme sacrificio, sirvieron para salvar de apuros a todos. Deudas adquiridas en enredos con mujeres...

—Señorita Matilde... ¡A qué no adivina usted quien está enamorado de mí!

—No sé...,—tímida.

—Pues Arturo Z., ¿lo conoce?

—Sí de vista. Fué compañero de mi sobrino en el colegio.

—¡Es tan simpático!

—¿Le quiere usted?

—Si, pero demuestro indiferencia para apasionarlo.... ¡Daría lo que quiera por saber si se casará conmigo!

La confidencia de la señorita "distinguida". Matilde siente entrañable angustia. Para ella no hubo amor. No habrá nunca.

Su juventud se fué. Su belleza se destrozó con el trabajo y el dolor.

Ni un beso para el amado, que luego podía deshojar su ternura en el hogar. Ni un beso para el hijo, arrancado a pedazos de las entrañas.

La tortura, la eterna espera de amar y ser comprendida. El grito salvaje del cuerpo y del espíritu pidiendo amor.

...Y ocultó todo para sacrificarse por otros, que cualquier día le olvidarán. Ella preocupándose por todos, mientras de ella no se preocupaba nadie. ¡Si pudiera llamar al amor...!

No. Ahora ya era tarde. Demasiado tarde.

Pronto se morirá y su tumba no tendrá corazones que la amen y la visiten. Abandonada como ella, se derrumbará de vieja, sin haber sentido en sus pies la caricia de la hierba, ni el beso trémulo de una lágrima.

Pero ahora, en el sol despierta a cuchillazos la alegría...

*

Matilde puede serme útil. Es un personaje romántico en su oscura humildad. Tiene vida propia; propia personalidad cincelada en el dolor y es inútil que venga el novelista a perfeccionarla.

Con personajes como Matilde es fácil escribir una novela, porque ellos por si mismos la crean. El autor únicamente debe observar...

Observar. Le es posible cambiar el detalle más pequeño de la actuación del muñeco. Un muñeco, muchas veces tiene más vida que un hombre.

El novelista antiguo podía manejar a los personajes a su capricho. Estos eran entonces niños, no podían servirse y era posible tomarlos de la mano, para ayudarles a conducirse por el barrio de la vida.

Pero los niños se hicieron hombres. Más vigorosos y cultos que los decadentes hombres del siglo XX, fueron ellos entonces los que llevaron al hombre por el barrio. Lo manejaron a su capricho y lo superaron.

Antiguamente se immortalizaba a los hombres. Hoy se immortaliza personajes.

El novelista es únicamente un empresario, que lanza a la celebridad lo que él ha descubierto. Es dueño de la "réclame". Su habilidad es la elegancia y éxito de la publicidad. Lo difícil es descubrir personajes...

¡Si pudiera yo descubrir uno, uno solo, que me sirva de protector, que me maneje a su capricho! Los que puedo yo encontrar, son vulgares porque llevan la tragedia cotidiana, lejos de la extraordinaria tragedia de pólvora que gusta al público. No pueden llamar la atención de la vida, en el dinamismo de su vértigo.

Se ha presentado al tipo, al hombre, como personaje; ahora, sería de presentar al personaje como tipo, como hombre, tal como fué creado.

Si el único personaje me buscara...

*

Encerrada

M A T I L D E

con las seguridades de costumbre, hasta que llegue el momento de aprovechar de ella en la elaboración de la futura novela, preguntaré a Matilde, mujer, que otra persona hay en su familia.

Matilde me ha dicho:

—Mamá...

De mal gusto resulta basar la argumentación en un hipotético conocimiento antiguo, para contar después en algunos rasgos nerviosos, lo culminante de tal o cual persona.

He abusado de tan vulgar recurso. No importa ahora. Cuando escriba mi novela,—estoy seguro de que la escribiré,—especial cuidado me llevará a que todo en ella sea acción emotiva, según lo sugieren los cánones clásicos.

Para no fatigarme inútilmente con la reproducción monótona de la vida de un personaje, desfilando brumoso como en una vertiginosa pantalla, observaré un día a la madre de Matilde.

¡Un día! ¿Y si es inútil la observación? Un día que se va, insensible, traidoramente. Así se fueron todos. La juventud también se fué, vulgarmente derrochada. Oscura, igual, sin el opio del amor ni la emoción de la lucha.

Si pudiera volver la emoción primera...

*

El ángelus de la mañana, brota de los campanarios: es la banda de palomas que despiertan al día.

Teresa,—la madre de Matilde puede llamarse Teresa, nombre que es como un clásico medallón de España,—se levanta desayunando una plegaria.

—“Dios te salve María...”

Un bostezo acuchilla la oración. Teresa hace una cruz en su boca sin dientes.

Su mano, como pañuelo gris que da un adiós a la vida desde la orilla del recuerdo, busca debajo de la cama los zapatos de resorte llenos de agujeros.

La viejecilla no usa medias. Es demasiado lujo. Cuesta un ojo de la cara y no hay quien pueda pagarlo.

Dice a menudo:

—Vieja, bajo el pan de los hijos, esperando siempre hambre ajena y voluntad ajena...

La camisa ha vuelto a desgarrarse. Es imposible darle más vida. Tiene más remiendos que años.

Algún trapo más sobre la camisa. Luego el traje de paño, que algún día fué negro. Una blusa hecha girones. Por último el pañolón, el clásico pañolón de flecos, que es como el trofeo de su abandono y su dolor.

—La pobreza y la vejez...

El pensamiento se corta.

A la calle, temblando de frío. La iglesia está lejos.

Teresa camina con dificultad, encorvando su cuerpo marchito.

En su pecho, el viejo escapulario es el último beso de la vida al corazón.

*

El templo la espera, tendiéndole sus brazos de piedra. Ella se inclina hasta el suelo, para besar el polvo.

Silencio.

Una cruz de agua bendita en la frente. Otra en el pecho, dejando una gota en el corazón.

Largo tiempo de rodillas, hasta sentir hondo cansancio.

Monótona, ingenua, casi triste, la misa huye del altar. Corren tras de ella, quieren ofrecerle los besos de sus avemarías, un rosario, dos rosarios...

Abandonada, la iglesia es como una muchacha que asomada al balcón, siente pasar a los galanes, indiferentes a su belleza.

Ya no tiene amores con los espíritus. Perdió su gracia en un olvidado jueves santo...

Teresa recuerda la ardiente fé que la gente tenía en su tiempo...

Piensa a media voz:

—Hoy todos viven como perros, sin amor a Dios ni respeto al prójimo. Los malos gobiernos, los masones...

Otro bostezo ahorca su frase.

*

El desayuno ha podido hacerse milagrosamente: una tasa de agua de canela, acompañada de un pan moreno.

No hubo un centavo en casa. Si no hubiera sido por la vecina de la tienda que es tan servicial y buena, el desayuno hubiera sido una ilusión.

—Vaya a empeñar algo,—dice Matilde a Teresa.

—Otra vez. ¡Esta es una vida sin vida!

—¡Que vamos ha hacer! Para eso somos pobres. Hay que conformarse.

Quito está plagado de prestamistas. Hay más “contadurías” que tabernas. Aquellas son pocilgas, donde tras de un mostrador sucio, está el usurero, ponzoñoso como una araña y estúpido como un cerdo.

Un saco viejo de Alberto,—¡de nuevo este personaje!—,envuelto en cualquier gaceta, garantiza la comida de mediodía, que se atrazará seguramente, porque Teresa, encontrándose en la calle con otra vieja, hablará una o dos horas, sobre temas de palpitante actualidad.

Por ejemplo: de la carestía del tiempo.

O bien: del sermón del ángelus de la tarde.

O: del nuevo escapulario al que ella espera como a un novio.

...Ante el mostrador del imbécil usurero, ofrece humildemente un saco viejo.

*

¡Un saco viejo! He aquí el personaje. Original. Destrozado. Humano.

Color: fué negro. Algún día debió haber sido nuevo; pasear su elegancia por las calles, dando con su flamante prestigio, elegancia al pobre diablo que lo llevaba.

Tal vez sintió en sus brazos el apoyo adorable de una cabeza de mujer. Quizá su alma,—¿no tendrán los sacos un rayo del alma de los ingenuos que

los llevaron un día?,—se estremeció aceptando la hipótesis de una caricia.

Acaso quedó manchado del polvo de las mejillas. La humedad de los labios, tal vez oprimió como cereza madura su sed de vagabundo.

Olvidado en la percha, quizá recordó con odio la máquina de escribir de la oficina y las tremendas ocho horas diarias de reclusión junto al escritorio, que hechan a perder la juventud y sarcásticas destrazan todos los ideales.

Las prendas de vestir roban un retazo de personalidad a su dueño. Al verlas pensamos en él, porque tienen algo de él. Sería posible hacer actuar inmóvil en una novela a un saco viejo, como si fuera un espectro de hombre.

Pero, ¡ya llega el ridículo!

*

Un sucrek apenas. Diez centavos mensuales de interés. ¡Malditos usureros!

—¡Bendito sea Dios!,—dice Matilde.—Vuele a las compras.

...Y va la pobre vieja con el canasto a cuestras. Alguno de los nietos puede acompañarle, llevando una friolera.

Llegar a la hora del almuerzo, significa una mañana hambrienta...

Por la tarde surge la pesadilla del arriendo, porque el dueño de casa no quiere esperar más.

Mal humor. Deseo de morir.

Alguna tontería, origina la discusión acalorada con Matilde. Insultos. Ademanos despedazados.

Entrañablemente:

—Señor, cuando me llevas... ¡Hágase tu voluntad!

En un rincón llora Teresa. Quisiera remendar algún trapo, barrer el dormitorio o arreglar la sala, pero...

El consuelo de siempre. El templo la espera, como el último novio de la vida.

Después de la distribución del ángelus, una cena ligera. Regañar a los chicos; oírles tratarse mal entre ellos; querer que sean hombres pronto, para que ayuden a la casa...

Noticias de última hora:

—El un nieto no puede salir a la calle, porque no ha pagado las costas de una deuda y el alguacil lo llevaría a la cárcel. Ni siquiera puede asistir a la oficina. Ha faltado dos días. Van a botarlo. Sus hijos...

—El otro está con los zapatos rotos. Ha mandado un recado, para ver si hay en la casa un par usado...

La postrera plegaria, es interrumpida por la llegada estrepitosa del hijo mayor, que hace escándalo todas las noches.

Está borracho como siempre. Cuanto gana lo deja en la taberna. Ha destruido su juventud y ha hecho girones su salud. Es un perdido.

Teresa, a calentarle la comida, a oír insultos y maldiciones, a ver si es posible sacar a escondidas de los bolsillos de su hijo, alguna pequeñez para golosinas...

Pero el hombre no se deja engañar. Lo único que consigue Teresa es oír palabras feas...

¡Es imposible tolerar a un vicioso, porque hasta la paciencia se acaba!

Al dormitorio, humilde, silenciosamente.

¡Bendito sea el sueño, que nos da la ilusión de la muerte!

*

Ahora bien Este es un día de Teresa: y todos son iguales, porque sus diferencias son tan pequeñas, que se escapan a la percepción noveladora.

¿Qué de interesante tiene en su vida esta pobre vieja, para transfigurarse en un muñeco de bambalinas?

Adquiriría yo una enorme fama de imbécil, si quisiera llenar con estas cosas un libro.

Afortunadamente el libro está lejos. Solo íntimamente...

No hay cuidado. Nadie lo sabrá.

En síntesis: mi viaje ha sido inútil: una vieja, un alcoholizado, un aventurero, un artista fracasado, algunos chiquillos...

Escenas vulgares. Miseria. Dolor. Espiritualidad oculta...

Por fortuna he venido solo. Victoria no hubiera perdonado mi fracaso.

Tal vez exagero. No ha sido un fracaso completo, porque he encontrado a Matilde, a quien juzgo digna de pertenecer a una farsa. Su bondad, su sacrificio...

Victoria no hubiera pensado así. Creo difícil que ella quiera aceptar a Matilde en el escenario.

Victoria cree que únicamente en los salones se encuentra refinamiento, inteligencia, cultura..

La "gente baja" se parece a los animales. El "pueblo",—despreciativamente,—solo merece ser oprimido. En él se encuentra suciedad, ignorancia, maldad...

Hay que condenarlo a fabricar muebles y remendar zapatos. A todos los trabajos inferiores, porque para ellos nacieron esos hombres.

¡Victoria, pobrecilla! Ella no comprenderá nunca por qué “esa gente vulgar” que mira con desdén, es el nervio de la Humanidad; por qué los cerebros geniales, los corazones puros y las bellezas ingenuas, se encuentran en los hogares humildes.

*

El regreso es aburrido siempre. Alegría, porque veré a Victoria.

Muy lejos de la vida, ella ha creado la tortura del amor.

Llego. La emoción es la brisa que juega en mi quimera.

Ver a Victoria después de ausencia tan larga,—demasiado corta por lo pequeño de la observación,—es demasiado interesante para conservar serenidad. Intensamente raro.

¿Raro, interesante? ¡Pero si ver a una muchacha es la fresa cotidiana para la sed del espíritu!

Victoria no es una muchacha. Personaje humano, es decir mujer deshumanizada.

¡Y yo le amo! ¿Por qué brujería extraña podrá un hombre conseguir que le ame un personaje?

Por ejemplo: combinar a la una Victoria con la otra. Que la Victoria A,—la mujer,—y la Victoria B,—el personaje,—formen una tercera Victoria distinta de cada una de ellas, mediante el fenómeno de la energía transfiguradora que crea.

Una Victoria que tenga las excelencias de las dos. Que no conozca a otro hombre sino a mí, dentro de mí mismo, y no pueda compararme con otros hombres y con adorable ingenuidad suponga,—maravillosa mentira,—que soy digno de su amor.

El patio de mi casa,—viejo amigo que todas las mañanas apaga mi sed con la leche ordeñada de su

fuente de sol,—sonríe. El vió tantos amores en su vida centenaria, que tiene aprisionados entre sus pedruscos a girones suprarrealistas de corazón.

*

Jugosa y fragante como una fruta madura, Victoria sonriendo me tiende la mano. ¿Me esperaba tal vez?

—Creí que usted ya no volvería.

Es indudable que se burla de mí. ¿No iba iba a volver yo dentro de mí, a pesar del prejuicio de que en esta casa encontraría a una mujer que no me amaba? Una ligera turbación me fastidia. Fingiendo serenidad lejana, contesto:

—¿Por qué? Una ausencia tan corta...

—A buscar algún personaje, ¿no es cierto?

Lo dice sin ocultar su disgusto. Comprendo la necesidad de esconder mi fracaso:

—No, de ninguna manera.

—Si, me ha dejado usted sola. Parece que dudara usted de que yo pueda descubrir un personaje. Que me creyera...

Le interrumpo:

—¡Usted!

—¡Hable!

—¡Usted a quien ve mi cerebro como si viera al arte!

—¿Quiere hablarme de amor otra vez?

—Me lo ha prohibido usted. Pero no puede dejar de hablarle de amor sin palabras.

...Y sin embargo me deja sola, estando...¿lo sé acaso?

Tal vez quiso decir "dentro de usted", pero no lo dijo por orgullo. ¿Una esperanza? Alegría, alegría.

Contesto:

—Tampoco lo sé. Pero algún día...

—¿Qué quiere usted decir?

Evasivamente:

—Su mano está cerca de la mía.

—Involuntariamente.

—Lo sé. No, no la retire usted.

Extraña, dice de pronto:

—¡La manía de buscar personajes!

Perplejidad.

Insiste:

—Sí, la manía lejana del amor! Para que una mujer,—aún deshumanizada,—ame profundamente, hay que consagrarse solo a ella.

Pienso: ¡que falso! Rectifico: ella no habla como mujer; es decir, habla como mujer, pero no piensa como si lo fuera.

Creo que debo responder:

—Nadie puede amarla como yo.

Tal vez un poco de ironía:

—¿Cierto?

Pausa. Arde en el pebetero del silencio la oración de la mirada amante. El fuego agoniza porque su hipérbole huye al Infinito.

Es necesario encender un cigarrillo para humanizar la escena.

Victoria se espiritualiza en una voluta de amor.

Adquiere el humo la pálida transparencia de su carne.

—Es ilusión su amor,—dice.

—No Victoria. Le amo profundamente.

—Falso.

—¿Por qué?

Rara:

—Si fuera su amor tan hondo y humano como usted cree, sólo pensaría en mí. No se preocuparía de buscar personajes, porque sería yo su único persona-

je. No torturara su cerebro con la visión de una futura novela que no escribirá nunca, porque viviría a solas conmigo, dentro de mí, en mi amor, la novela sin palabras de usted y yo.

¡Maravilloso! Una novela de personaje y hombre nunca escrita.

Yo y Victoria; Victoria y... Pero, ¿puede ser esto verdad? Acaso es únicamente la ilusión de una ilusión, que forja mi cerebro que tantos años ha buscado en vano al amor.

No: Victoria está junto a mí. Vive, piensa, actúa. Tiene más vida que una mujer, porque su vida exótica está más allá de lo humano.

Comprende ella que sus palabras me han desconcertado. La ironía es en sus labios el estremecimiento del beso.

Tiende a mi desconcierto su mano:

—Usted busca inútilmente. Dormida, sin haber vagado por la ciudad en busca de la novela perdida, yo tengo un personaje.

¿Cómo supo Victoria mi viaje, si estaba dormida? Importuno...

(Desde su escondite, Matilde sonríe: una mujer, personaje, comprende a otra, personaje también. Un hombre nunca sabrá por qué.)

—¿Puede usted decirme cuál?

—Sí,—responde ella.—¿Conoce usted Guápulo?

—Sí.

—En una hacienda perdida, vive un hombre distinguido, rico, culto... En su juventud, probó todos los placeres y tuvo todos los amores. Voló a los cuatro vientos su fama de árbitro de la elegancia. Bruscamente, en el apogeo de su prestigio, cuando todas las mujeres soñaban con su amor, desapareció. Secretamente vive en su hacienda, sin hablar con nadie, ni ver a nadie. No se levanta nunca de la cama. Vein-

te años ha pasado acostado, indiferente a todo, huyendo de la vida, sin más amigos que su paje y un rayo de sol.

—¡Extraordinariamente interesante!

—¿Por qué hizo aquello? Esta es la novela.

—Si, la escribiremos juntos. La novela de nuestro amor, donde "él" sea la incógnita que huye.

—¿Nuestro amor?,—dice ella.

Me acerco. Me mira... ¿cómo?

¿Orgullo? No. ¿Me quiere acaso? ¡Que tontería! ¿Indiferencia? Tampoco. ¿Esperanza? ¡Tal vez...!

Ensayo ser audaz:

—¡Victoria!

He tocado su mano. Siento palpar su corazón. Tiemblan sus labios. Emotiva, emotiva, un poco triste, es ella toda dulzura. Inperceptible languidece su cabellera. Todo su cuerpo siente el incienso de mi sangre.

—¿Me ama?

Es una pregunta que huye. Quiero contestarla, decir algo...

¿Dónde están las palabras?

La pausa es la protagonista de la escena.

Lentamente acerco mis labios a sus dedos. ¡El beso de su mano! Si...

Bruscamente, ella se levanta. Altiva, me lanza la bofetada de una frase.

¡Espere usted! ¿Dónde está Victoria? Ha salido.

Ser un hombre rico, joven, distinguido...

*

A solas, toma corporeidad en mi espíritu el personaje de Guápulo.

Penosa es la trayectoria que recorro para llegar a él.

Parto de la villa de Fina. Sigo la línea norte de los tranvías eléctricos.

La curva es el adiós a la ciudad. Viene el "Hipódromo", estrujando entre sus manos los billetes del jugador. Pasa, creando románticos adioses para los caballos, que en sus cuabras evocan la emoción de la partida.

El thé bailable asciende en espirales de cristal a las montañas del sol, como el beso enviado al fuego por las mujeres de la Tierra.

De la estación, hay un camino difícil hasta llegar a la "Pata de Guápulo".

Es el mirador del arte. Dotada de una complejidad inesperada y de alta comprensión estética, la "Pata de Guápulo" crea a cada hora una belleza nueva.

Desde ella se ve como huyen los Andes.

Paleta que ahoga entre sus manos los colores, hay que aprisionarla para robar de su cofre de joyas el ritmo de la emoción pictórica.

Maravilloso, profundamente maravilloso, el paisaje es el protagonista del guiñol que latente surge en la cordillera.

Paisaje musical. El espíritu de Debussy, se estiliza en volutas de luz.

Todas las escuelas estéticas vuelan como mariposas en los alrededores de Guápulo. Como en la feria emocional que despierta en los hombres la lucha, en Guápulo luchan entre sí las mariposas por imponer la emotividad de su norma.

En la aurora, es el alucinante claroscuro de los maestros clásicos. La mañana,—nueva generación revolucionaria,—impone el naturalismo. El mediodía es impresionista. En la tarde, brota el creacionismo, ahogando con sus imágenes a la temblorosa realidad. La noche es el cubismo alucinado, que crea el dinamismo de las montañas. La vanguardia es el monóculo

de la noche. Ultraismo, suprarrealismo y todas las vanguardias del futuro, se retuercen en germen en el cerebro de los abismos, esperando el aletazo genial que les lance a la lucha. La Naturaleza nos impone la suprema norma de la perpetua revolución estética.

Pero en un solo momento,—prodigio de la diversidad de temperamentos que sugiere la complejidad del arte,—en un momento solo,—mañana, tarde, noche,—el paisaje es el tablero que encierra la lucha de las normas, que entre si se despedazan por imponerse.

...Y es la sugerencia de que en un rincón triunfara la mañana, en otro se elevara la tarde y en aquel degollara a todas la noche.

El arte domina a la vida. El arte huye de la vida. La vida quiere asesinar al arte. Arte y vida se unen, formando una prodigiosa síntesis creadora.

...Y es el espíritu del hombre el Tabor donde se transfigura la belleza.

*

Guápulo es un personaje. Un clásico personaje ungido caballero por los Emperadores del siglo de oro.

Cruzado de los Andes, persigue al sol para arrebatárle la tumba de los Monarcas Indios.

Mecieron su cuna de ermitaño las vírgenes incas y el espectro de la cruz, creó su espíritu ingenuamente sabio.

En la colonia, su santuario fué el pesebre que alucinó a los reyes de Europa. España y Portugal, enviaron sus joyas más bellas para el maravilloso templo perdido en los Andes.

Cruzó los mares la virgen de Guadalupe, en hipóbole impresionista, para refugiarse en este santuario que fué su tocador.

Humanamente bella, la virgen fué novia del cam-

po. La novia inalcanzable, (Victoria está lejana), vestida siempre de fiesta, alucinando a la boca con su tez de manzana, adornada con raras piedras preciosas; llevando un collar de su sangre en el pecho,—transfigurado en rosario de coral,—la virgen fué la amada de aquellos hombres ingenuos, que supieron ofrecerle su corazón blanco como una madrugada.

...Y todos los artistas, los más grandes,—el cráter del Pichincha es el pebetero en el que arde la paleta de Miguel de Santiago,—despedazaron su cerebro de águila, para crear la romanza de María de Guadalupe.

María fué la romántica señora, que vistió el mantón de manila del Estío. La brisa creó la indulgencia de su sonrisa. El Evangelio estuvo dormido en sus ojos.

Apasionada, profundamente apasionada como Julieta andina, dejó su gruta siempre que la tragedia apuñalaba a Quito. Al verla huyeron los apaches y los rateros, porque era bella como una sinfonía de sol.

Las orquídeas de las espinas de Cristo y los clavos de los corazones criollos, formaron una cruz de piedra como regalo de primera comunión.

Hasta ahora, unidas por el arte las viejas religiones indias con la doctrina del Calvario, se arrodillan ante el santuario de Guadalupe. En la cruz, los indios recordando sus clásicas supersticiones, depositan una piedra cada día, como si fuera una flor arrancada a sus corazones, para recordar a María su amor.

El Pichincha abrió un camino desde sus sienes para llegar a Guápulo y ofrecer a ella sus joyas de cedro. María le dió una llamarada de su sangre, para crear el fuego, que es su zarpazo de león andino.

El cóndor robó al sol un diamante para el regazo de María. Ella le dió el collar de espuma de su cuello.

A Guápulo deberían venir los grandes artistas de Europa, para en los Andes beber a sorbos el ritmo de la futura belleza.

Depurar en un personaje la voluptuosidad del amor de María Guadalupe...

*

El personaje de que me habló Victoria se ha identificado con Guápulo. Cada personaje se identifica con un barrio o una aldea.

Inútil. Sería imposible arrancarle su secreto.

¡Vivir deconcertantemente solo, siendo culto, distinguido, rico...!

¡El demonio sabrá que tremenda tragedia hubo en la vida de este personaje, para que pase su vida en la cama!

Satanás, demasiado viejo ya, se ha vuelto niño: un pillete ratero, que roba vendiendo la lotería que será siempre estéril.

Por escribir una novela, no se puede molestar a Satanás. Arrancar el secreto al personaje, sería prostituir a la virgen del silencio.

Una hipotética explicación.

Busco a X, usando de la vieja incógnita para llamar a lo que se quiere descubrir.

—¿El señor X?

—Está en la cama.

—¿Puedo hablar con él?

—No recibe a nadie.

¿Quién contesta? ¡Vaya una dificultad! Puede ser un paje. Si, es un paje. No repugna, ¿verdad? Insistencia. Negativa. Nueva insistencia.

—¡Que necio!,—podría decir el paje.

Supongamos que he vencido en la lucha fantástica.

Entro. Un hombre. Hombre absoluto, porque está absolutamente solo.

Interesante. Pálido. Único.

Principio protocolario:

—Buenos días...etc.

Presentación:

—Soy...etc.

—A las órdenes de usted.

¡Que vulgar! X no diría eso. Indudable.

Charla inútil que se esfuma unida al humo de los cigarrillos.

¿Fumará X?

Habilmente, voy a lo sustancial: la causa de su aislamiento:

—¿Por qué?

El, acaso pudiera contestarme confidencial:

—Asesiné por amor.

O bien:

—Un tremendo cansancio de la vida.

Tal vez:

—La única mujer me despreció.

Falso. Es rico. ¿Cabe que una mujer, una sola, desprecie a un hombre rico? Lo dudo. Afirmaría, acaso, que es indudable que no. Pero, ¿una mujer que hubiera tenido una fortuna superior a la de X, y que por lo mismo quería casarse con un hombre que tuviera más que ella? En ese caso...

Lejana, leprosa, macabra, recuerdo la frase de Carlos:

El amor es un fenómeno económico.

De aquí puede deducirse otra explicación:

Diría X:

—Huyo del amor. Comprendí que las mujeres me querían porque era rico. Es un lugar común de

los poetas de pacotilla, afirmar en versos endecasílabos que la mujer es toda abnegación y amor. Ellas olvidaron su corazón en una linterna de automóvil. La única mujer, la única que quiere a un hombre en la vida hasta el sacrificio, es la madre...

(¡Cuidado! Vuelvo a parecer sentimental. "La única mujer que quiere a un hombre hasta el sacrificio, es la madre". Una frase para tarjeta de pésame. ¿Qué diría de ella Freud?)

Proseguiría:

—Tenía que hacer el imbécil. Era preciso "agradar" en sociedad. Lejos el arte. Un puntapié a toda función intelectual. La mujer...

(Huye el resto de la frase, porque Victoria brumosamente escondida en el humo del cigarrillo, protestaría. ¿Por qué? Sin duda porque ella,—¡aterrante lugar común de todas las mujeres!,— diría que "nada hay en el mundo como el talento". Que un hombre inteligente,—subrayando la palabra "inteligente", que siempre tiene mal olor,— es digno de ser amado por todas las mujeres. Que...; ¿para qué continuar? Pero, ¿es que Victoria, aún siendo personaje, diría como si fuera mujer, exactamente lo contrario de lo que piensa? Indudablemente. Si es personaje, adorablemente femenino, tiene que ser mujer que como mujer piense, actúe y hable en su ficticia vida real...Tendría que ir solo...)

Podría X, comprendiendo la verdad, justificar a las mujeres, como las justificó Carlos:

—Ellas tienen razón. La lucha por la vida es tan profunda, que obliga...

Transición.

Lejos del amor, pudiera también sintetizar en una sola palabra todos los monstruos:

—Hastío.

(Entonces, yo diría dentro de mí:—Cuando nace un hombre, es como si naciera un pedazo de hastío.)

Toda la realidad:

—Tragedia, siempre tragedia...

(Recordaría yo la frase de Carlos:

La Humanidad está hecha a base del ridículo,

comprendería que es unilateral y que habría llegado el momento de completarla:

La Humanidad está hecha a base del ridículo y el dolor.)

Toda la ilusión:

—Amor, arte, gloria...

Espectros que fugaron a la vida desde los infiernos:

—Elefancia, sífilis, cáncer, tuberculosis, copofragia, extravío sexual...

Paraísos artificiales, que después de llevar al hombre a los cielos, le hunden en la degeneración:

—Opio, éter, morfina, cocaína, haschid...

Vicio que lleva a la sangre humana un cuerpo de Satanás:

—Alcohol.

(¡No; este no, imposible nombrarlo! X es altamente refinado y lo rechazaría por vulgar.)

Los dolores que brotan de las maravillosas pasiones prohibidas:

—Incesto, amor lesbio, fetichismo, sadismo, necrofilia, masoquismo...

Los crímenes macabros:

—Parricidio, infanticidio, antropofagia, estupro, veneno...

Podrían ser muchas causas. Tal vez ninguna.

(¡Pobre mi cerebro mediano, que por muchas conjeturas que forje, no alcanza a comprender la causa de una tragedia sola!)

Adelante.

Hipotéticamente, una razón suprema:

—Nada.

O un bello optimismo, junto al límite de la locura:

—Todo está en nosotros. Huir de la realidad, para encontrar el paraíso interior, desconocido siempre. (Victoria quedaría desconcertada.)

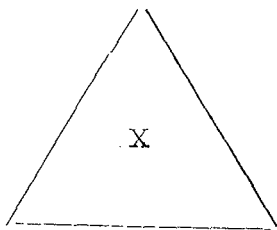
Telón rápido.

*

¿Para qué continuar? Este es sin duda el personaje más interesante, por el misterio que le rodea, por el prestigio de no saber nada de él. Es el personaje del silencio.

Sugiere lo infinito. En la novela, la fantasía creará al rededor de él. No será un tirano conmigo, por no tener la humana realidad de los otros personajes.

Fabrico un



y lo dejó ahí encerrado. ¡X encerrado en un triángulo! Ese podría ser el título de la novela. El nombre, del cual se puede trazar una perpendicular al vértice superior. La fecha paralela a la base. Victoria diluída en todas las páginas, como aletazo de belleza.

¡La novela triangular que evoluciona a prismática!

*

El amor hay que encontrarlo. Las emociones, fruto subjetivo de los personajes, hay que encontrarlas también. De aquí lo infantil de buscar "yo" personajes. Debería esperar que los personajes me busquen. Pero, ¿cuándo?; ¿cómo? Es cruel. Debo ya comenzar mi novela y urge cazar personajes dondequiera.

¡Optimismo!

Sorpresivamente

hoy, (he señalado la fecha en el calendario), me asaltó un desgarrador personaje.

E s c e n a : Un camión lleno de bultos, aplastando al pavimento frente a un edificio cualquiera.

Los obreros bajando las enormes cargas que extrangulan sus huesos.

Uno de los trabajadores,—¿ilusión?—, es completamente ciego. La máscara del hambre ha creado en su rostro la trágica mueca del payaso.

Destrozado, lucha por la vida. Como sus vestidos,— inverosímilmente desgarrados,— de su espíritu surge la luz que buscará el pan, en la cisterna del

trabajo. Sus pies, pletóricos de ojos, guían la carga a través de la ruta kinestésicamente comprendida.

¡En busca de pan! Ahorcando al dolor, tragándose las lágrimas, superando angustiosamente a la luz. Adaptando la vida a la tortura, tal vez sin un amor; sugiriendo maravillosamente la emoción de una boca fresa que sonríe; el prodigio de un cuerpo que en su movimiento pictórico habla del querer, ondulando el estuche del zapato.

¡Obsesionante quimera del amor! Imposible. Se fué. ¡Que el demonio lo persiga!

*

Detalles:

El patrón está junto al carro. Esbozo una interrogación. Me contesta:

—¡Pobrecillo! Trabaja bien. Le tratamos con toda clase de consideraciones.

Nos miramos. La idea de que somos felices, porque hemos aprisionado a la luz, nos satura de alegría. Miro voluptuosamente el capricho multicolor de la mañana.

Abstracción.

Reacciono. El obrero está de nuevo en el carro. Quiero delinear el boceto del personaje ciego. Inesperadamente, vuela el camión, cercenando la pregunta en mis labios.

Visto apenas, huyó el personaje. Se fué, para continuar la tremenda lucha, sin la lejana esperanza de lo mejor. Vendrá pronto la vejez, el hambre, la inutilidad. Un mendigo más.

¿Qué importa? La Humanidad es un tropel de pordioseros. Mendigamos pan, gloria, amor...

Con la avemaría galante en los labios, de puerta en puerta, de calle en calle, con los ojos en los que se

delinea la penumbra de una lágrima, con las manos pálidas y ligeramente tristes, de barrio en barrio, pedimos a las mujeres bellas una limosna de ilusión.

¡Nos dan con la puerta en las narices!

Don Juan Tenorio fué un farsante. Un pobre diablo ridículo con pretensiones de muy hombre. Un hombre equívoco que estuvo a punto de transformarse en mujer. Que vuelva a la vida y sea multimillonario para crecer en él.

El tremendo desprestigio en el que ha caído el papel de don Juan, convierte en caricaturas afeminadas y grotescas a los galanes de pacotilla. ¡Pobrecillos! Pueden, tal vez, gustar a mujeres de cierta clase, porque también ellos, íntimamente, son mujeres. Algún día los tenorios de auto se convertirán en perros falderos. Moverán la cola y enseñarán a todos su lengua, por la que puede circular sangre azul.

Huyó el personaje ciego y no se nada de él. De nuevo la fantasía. Libertad para crear ambiente de dolor y de miseria a su alrededor.

Si Victoria llevara el cielo a sus ojos marchitos, con una caricia pulera, lejana...

¡No, no, no!

*

Tengo ya algunos personajes. Tal vez los necesarios para construir la novela. Encerrados,—triangulares o cuadrados,—podrían actuar por sí mismos.

Infinitos, como suelen serlo los temperamentos, son los caminos para llegar a la farsa. Solo que todos se han vulgarizado y no seré yo quien vaya a descubrir un nuevo mundo estético. Tengo que conformarme con seguir los que se han explotado; producir un libro ordenado y razonable, con argumento interesante y escenas conmovedoras.

Tengo también un argumento. Nada raro, vulgarísimo, pero no importa.

Sería falso decir que "lo he vivido". Me lo contó un amigo, como episodio emocionante de su vida. El pudo haber desfigurado la verdad. Mi memoria,—débil por naturaleza,—puede alterar también el relato oído en la mesa de un café. Está viciado, en su origen, el argumento de mi libro. Me alegra la seguridad de que nadie averiguará cuánto y cómo desfigure un trozo de vida. Quedará el engaño oculto, como un pecado cometido solos a dos, después de haber dado varias vueltas a la llave, para que la señorita se encuentre tranquila.

Cuento con un factor que puede salvarme: la colaboración de mis personajes. Ellos actuarán y vivirán por sí mismos en mi humilde tinglado, porque tienen derecho a alterar como gusten el proyecto de argumento que les presente, o a desecharlo si no les agrada.

Ellos crearán el libro. Seré únicamente empresario de ellos, dueño de las bambalinas y de la "réclame".

Ellos, humanos, entrañables, que toda la vida han actuado subjetivos en el escenario del corazón, discutirán entre sí, para formar las escenas que a ellos les guste, es decir, las que sean del agrado del público.

Someteré mi plan, "mi esbozo de un boceto de novela", a la consideración de los personajes. ¡Si ellos fueran míos!

Pero, a su vez en el esbozo, actuarán otros,—¿podrán estos nuevos fantoches llamarse personajes? no,—designados con un pronombre hipotéticamente humano o con un nombre si es preciso, para explicar subjetivamente la idea.

Estos "otros", no son hombres, no son personajes: tienen una situación superhumana y suprailustría. Para ser humanos, les falta realidad; para ser

personajes, les falta personalidad, porque estos no son tomados de la observación directa, sino que indirectamente, por la confidencia de un amigo, han llegado a mi como volutas de humo. No son arrancados de sus hogares, de su ambiente, para encerrarlos en un triángulo, sino que están sometidos a un argumento transformado por dos cerebros,—el de él y el mío—; obedecen a “un plan” preconcebido. Son hermanos menores de los personajes, porque están sometidos a su crítica, y hermanos mayores de los hombres, porque viven como el sonido y el color, en un caprichoso mundo de ilusiones.

Serán sombras. Sombras emocionales, como las maravillosas sombras del silencio que ha creado el cine, emoción personal del siglo XX.

Hollywood es el gran laboratorio del arte.

Hollywood ha reemplazado al Barrio Latino.

*

Formando brumosos contornos de corazón se situarán los personajes: al centro, “los otros”, que provisoria, íntimamente, les designaré, dada su única situación, con un nombre convencional,

s u b p e r s o n a j e s,

“él” y “ella”, que crearán el vapor que al llegar a los personajes puede ser agua, para transformarse lejanamente en el bloque nevado del libro.

Los personajes colocados sugiriendo un corazón, pueden crear la realidad alada de que los subpersonajes son hombres, porque aquellos les comunicarán sus ilusiones humanas. Una fibra arrancada por un personaje al corazón, dará la idea de que el subpersonaje pudo aprisionar en su vuelo un ritmo de la vida.

¡Todos en libertad! Destrozadas las celdas cuadradas y triangulares. Solos, los personajes más reales que los hombres. Victoria, que permite sugerir el sueño de opio de los cielos, es reina que depura las emociones. Fina será su dama de honor.

María Guadalupe...

*

Personajes y subpersonajes actúan.

Por la noche. El silencio puede producir una bella sinfonía.

Nada. Huyeron los muebles. El aire se escondió en las montañas. Se perdió en un laberinto cerebral la noción del tiempo. La luz se ha vuelto fragante.

Al centro, subpersonajes.

Los personajes, reales o evocados, distribuidos así:

	Fina	María Guadalupe
	Victoria	
Carlos		X
	El	Ella
Teresa		Matilde
Alberto		Una "estrella" de cine
	Otros subpersonajes	
El personaje ciego		Un zapato de mujer
Un barrio de la ciudad		Y otros personajes
	El amigo	

del café, será "él" en los subpersonajes, al presentar a los personajes de mi farsa. Estos discutirán alados al escoger su papel.

Pero este privilegio será sólo para dos o tres personajes. Los otros verán reflejado su papel en los subpersonajes que aparezcan.

El amigo confidencial, es decir "él", tendrá amores con "ella". Intangible, "ella" le amará. ¡Victoria y Fina! ¡Fina y Victoria! ¿Qué dirán ellas cuando escuchén mi balbuciente fábula?

¡Los personajes esperan! Se impacientan. ¡Son un público tremendo!

Es preciso empezar.

¡Pero falta algo: ¡un título! ¡De urgencia necesito un título! ¿Dónde está el nombre?

Uno: "subpersonajes en la alcoba del amor".

Otro: "los personajes aman al amor".

Un tercero, sintético: "él, ella; subpersonajes".

El último, arbitrario: "barrio".

...Y otros, otros...

*

Arriba el telón. Tiemblan los personajes ante la perspectiva de una emoción humana.

Una canción lejanamente recordada:—"También los muñecos aman..."

...Y su amor se perdía voluptuosamente diluido en la tibieza del teatro.

Los subpersonajes salen de los camerinos. Al actuar de apuntador, soy aplastado por la concha. La voz desgarrá el silencio.

(El amigo

caracterizado, es "él"; es decir, hablará como si el amigo fuera

"El".)

E N L A C I U D A D H E

El preludio es el clarín de la farsa.

Exposición, trama, desenlace...

Páginas, palabras, emociones de bruma...

(V i c t o r i a

es el corazón de la escena.

F i n a,

la sangre fresa del corazón.)

Subpersonajes

El dijo:

—Ha resucitado nuestro amor.

Anterior, la emoción de haberlo perdido, pudo ser evocada así:

Ahora que el amor que nos unió apasionadamente casi ha muerto, que nuestros besos son claveles deshojados, demasiado tarde tal vez, con la sensación de lejanía de los adioses, yo quiero

M a r í a d e l C a r m e n

recordarte. (Aparece la ficción. ¿Le disgusta a usted que “ella” se llame María del Carmen? ¿Sonríe usted? Pausa.)

Desarrollada la evocación:

Tu talle,—tan distinguido y alado,—sería la línea imperceptible del recuerdo.

Quisiera preguntarte si todavía me amas. Sería de mal gusto. Siempre es indiscreto preguntarle a una mujer sobre el amor que pasó.

Pensaría yo: la línea de corazón formada por maravillosos, ilusorios y cotidianos personajes, tan complejos y torturantes como la vida, acaso sea una llamada de opio, cuyo grito apague para siempre el amor que se despeñó al pavimento desde el alcázar del espíritu de ella.

El se volvería romántico:

Tenías un nombre sugerente: un nombre que parecía un medallón clásico. Siempre me pareció tu nombre una turquesa arrancada a la vida.

El beso del sol creó tu tez morena. La rama jugosa, sugerencia del beso perdido, evocaba tu mirada vista siempre a través de los cristales de tu auto cerrado.

Si pudiera despedazar con el estilete de mis manos la cereza de tu amor...

*

El me dijo lacónico:

—La conocí en el "Savoy".

Perplejidad. ¡El "Savoy"! ¿Fué instantáneamente? ¿En alguna fiesta? ¡Debió haber sido en el cocktail bailable!

¿Debo reconstruir como si lo recordara? Acaso. Nueva ficción.

Fué un domingo. Por la mañana. En el centro de la ciudad, que disuelve todas las novelas.

¿A la luz del sol? No. A la penumbra del tango.

Siempre el tango me recordó a ti,—pensaría entonces él.—Tú amabas apasionadamente el tango, porque te parecía un amante espiritual y voluptuoso, frívolamente adaptado al amor en broma, bajo el antifaz sentimental. Un amante caballero, que cualquier día puede batirse en lance galano con los frenos de un automóvil.

Amor en broma. Discreto, burlón, indiferente. Moreno como tú, alguna vez el tango, traidor oculta bajo su ritmo un corazón desgarrado. ¡Para qué tomar en serio al amor! Hay que burlarse de él, despreciar a la mujer que no nos quiere y luego a solas, pensando en ella, destrozar el cerebro...

(Menjou podría darnos una lección que nos oriente en tan complicados problemas).

¡No hay que decir más!

¡Alto! Llame usted a otro emoción. Esta viene suavemente.

*

Para completar la imagen de la presentación que
calló el amigo, es preciso recordar la fiesta breve:
Aparecía este anuncio en los diarios:

HOTEL SAVOY
Hoy domingo
Cocktail Bailable
De 11½ a. m. a 2 p. m.

¡De 11½ a 2! El cocktail ha fascinado al mediodía.

¡Dos horas y media de baile! Pero, es hora y media o una hora apenas, porque las chicas van después de misa.

Es necesario seguir las.

Lánguidamente la escalera del hotel aguarda el beso del tacón, de los siempre bellos poemas llamados zapatos de mujeres. (El taco alto, alegre castañuela de la fiesta del amor).

El salón de baile, voluptuoso espera a las parejas. El piso recuerda a la alfombra, que una noche nos robó el cabello que era el imperceptible recuerdo de ella.

Las mesas, coquetonas y pequeñas, podrían, si encontraran editor, publicar un libro íntimo de los

diálogos espirituales que alumbró su ironía como sol del domingo. No publican sus poemas, pero al centro tienen un manojo de claveles, que sugiere los pétalos de aquellos que se amaron. Lejos de las mesas, ingratos a la emoción fugaz, los amantes anónimos huyeron del salón, para deshojar a solas su jazmín.

Arrinconada, la orquesta lanza el pentagrama del movimiento a los cuerpos, que reciben sonrientes el compás que viene como greguería galante.

El "one-stept" va de paseo. Une piadoso las cabezas que callan.

El "fox" ondula preparando la dulce celada del engaño.

Resucita el "vals", lanzando por el aire la voluta de una romántica melodía.

Dictador, el "tango" quiere monopolizar la fiesta, porque es el último galán de los salones.

El "jazz", logró hacer la caricatura de la cocaína con su bulla endiablada. Debió haber salido de algún infierno africano.

El "charleston" nació epiléptico. Es capaz de transformar en francachela la fiesta más distinguida.

(Alguna vez, en la alegría, parece que nos acariciaran con invisibles manos de seda, los bailes que murieron. Su beso intangible, es el beso volado que nos dan las novias lejanas. El "minuet", alteza de gran coturno: su aristocracia de zapato de mujer, fué degolada por el hacha criolla. La "cuadrilla" es una estampa clásica: maja desnuda, su fragancia al evocarla embriaga, porque tiene alma de toros y pandereeta. La "polka" murió una noche de invierno en París: como Mimí se volvió tísica, cuando desaparecía la bohemia, disuelta en la nieve del Barrio Latino. La "jota" fué castañuela de Aranjuez. La mazurca...)

El cocktail interpreta su pálida alta comedia de cine. Es monóculo para mirar discretamente la vida galana. Su aceituna...

Afuera, los autos que aguardan se aburren, esperando el momento nupcial en que ellos como novios, llevarán en el interior de su alcoba a las maravillosas mujeres que siempre serán ajenas.

(...Y surge la evocación del alucinamiento: Usted, subjetivamente vivirá en mi, porque su cuerpo es bello como un perfume despedazado.)

En los rincones, tristes están los hombres que no llevaron muchachas al cocktail. Aquellos que no tienen amigas son la pausa de la alegría. Miran obsesionados los ramos de claveles, como si cada corola fuera una mujer. Gira el baile vertiginoso en sus cerebros.

La fiesta breve...

*

Ahora, el amigo, rectificando su frase, diría:

—La conocí en el cocktail del "Savoy".

Sería su declaración un punto de partida para reconstruir la escena. Entonces, él ampliaría su confesión, como si hablara de ella:

—Recordarás la fría presentación que pudo ser causa de antipatía entre los dos.

Sombrío:

—Tu hermana fué más amable. Me hizo preguntas,—alguna indiscreta—, y fingió interesarse ligeramente por mí.

Pausa.

—Tuviste una actitud indiferente, cercana al desprecio. Siempre la indiferencia primera fué augurio de amor.

Una dificultad:

—Te acercaste cariñosa al muchacho rico que había prometido casarse contigo.

Refugio del espíritu:

—Pensé en mi esposa y en el hogar humilde.

(Victoria, silenciosa, objeta:

—¿Para qué un hogar?

Tal vez entornó sus ojos.)

*

Hecha la presentación, la pausa brumosa del amigo, podría interpretarse como un recuerdo:

—Se habrán borrado de tu memoria las primeras palabras que hablamos los dos. Debieron ser insignificantes. Por ejemplo:

—¿Viene usted todos los domingos?,—podía haber preguntado por decir algo.

Y tú:

—No siempre. A veces prefiero un paseo en auto.

O bien:

—¿Le gusta el baile?

—Muchísimo. Todos los días en casa...

Una brusca conmoción debía haber sufrido el cerebro del amigo en este instante, porque como fugaz intermedio de su silencio, voló de sus labios un suspiro. Para sí, pensaría entonces:

—Es inútil recordarlo. La conversación debió destrozarse, porque sentí un aletazo de amor. ¡Que bella me pareciste esa mañana! Hasta ahora,—ahora tarde,—me tortura la ilusión de tu belleza. ¡Como tu talle rítmico, flexible como un junco, ondulante como una palmera, se grabó en mi cerebro! Hubiera querido espiritualizarlo para que su onda cree un suplicio de opio; para que tú fueras la voluptuosidad de una llamarada humana.

El amigo es un artista y pensaría:

—El arte es la voluptuosidad de la belleza.

Romántico:

—Floreecía en mi el “Cantar de los Cantares”:
“bésame con el beso de tu boca...”

(Victoria ha entrecabierto sus labios.)

Transparente:

—Lejos de mi tu cuerpo...

*

Dijo luego:

—Un amigo me llevó a su casa.

Este segundo amigo, será un subpersonaje oscuramente recordado.

Nuevo silencio. Es preciso forjar la escena, que pudo ser análoga a la que forja la fantasía:

—Te sorprendió mi vista. Un imperceptible gesto de fastidio onduló en tus facciones. Sin embargo, te viste obligada a tratarme fina,— (Fina ha cerrado los ojos),—a sostener una conversación conmigo y a presentarme a tu hermana Lucrecia.

María del Carmen. Lucrecia.

(Estoy arbitrario. La hermana Lucrecia no fué presentada como subpersonaje en el argumento del amigo. Se justificaría por el deseo de encontrar papel para todos los personajes. La dejo provisoriamente sugerida.)

Dijo luego él:

—Ella era una artista.

¡Alto! Muy interesante. Hay ahora una base sólida para el libro. ¡El y ella artistas! Puede ser suyo el privilegio del amor por el amor. La emoción musical, protagonista. Debe ser llenada la pausa nueva, porque he sentido como si él hubiera dicho:

—Su arte fué mi salvación. Había oído decir

que ella era una virtuosa. Forzoso era hablarle de lo que ella amaba.

Podría añadir:

—...Y fué una conversación musical, una entrañable conversación armónica, en la que ella hablaba con soltura y elegancia. Hice esfuerzos por demostrarlo toda mi preparación. Acaso María del Carmen íntimamente sonreía.

—Mi compañero comprendió:

—Háganos oír algo María.

Resistencia leve. Insistimos.

Sonriente:

—Fué amable. Su cuerpo huyó de mi, para ase-sinar con su voluptuosidad el piano.

Natural será suponer que se entusiasmaría con su evocación:

—Ejecutante magnífica, los dedos de ella exprimían a la emoción como cereza.

...Un desfile de los brujos creadores de la belleza nueva, que deshumanizados por la gloria, son como personajes que nunca serán aprisionados en la obra de arte, porque intangible su genialidad se transforma en bruma en la concepción creadora.

Parecería alucinado:

—Maravillosos, nos torturaron los maestros de la belleza en esa noche emotiva, preludio de nuestro amor.

Creería que la vanguardia por el evocada, surgió del espíritu de ella:

—Fueron Debussy, Schoenberg, Scriabin, Stravinsky, Prokofie, Satie, Ravel, Honegger, Bartok, Albán Berg, Casella, Mussorgsky, Albeniz, Falla, Rimsky Korsakoff...

Apasionadamente, como si hablara con ella:

—Despedazadas, las emociones se transformaron en volutas para sugerir el alcázar de jazpe de un dios,

donde en el pebetero del arte, ardía el incienso de la genialidad. En tu cuerpo ondulante como una palmera, cada creación tuvo un detalle para embellecer tu belleza. Un lejano girón del pebetero del arte huyó del piano, para besar tu pie.

¡Ravel, Debussy! Tu, María del Carmen, (Victoria), fuiste aquella noche una sinfonía de vanguardia.

*

Apareció en el cocktail, el muchacho rico, que había prometido casarse contigo.

Se confunde la hipótesis con la realidad. Será, pues, aceptable que la pausa última del amigo, se interprete así:

—Tarde entró el novio. ¿Su novio? Así lo creía ella, cuando me lo presentó orgullosa.

Después supe detalles: Tenía con él amores superficiales, creía que le amaba y se casaría pronto...

Desconcierto:

—¿El? ¿Podría yo juzgarlo? No. Era rico. A su favor tenía el club y los automóviles.

El tiempo lo cambió todo. ¡Cuando hubiera creído aquella primera noche, que después...!

*

(El novio rico es un advenedizo que apareció en la farsa, sin que lo llamara nadie. No lo ha nombrado el amigo. Debo prescindir de él, facilitándole un viaje ilusorio, truco que es corriente en la técnica novelasca. Convertido en un prestidigitador, lo liquido obligándole a desaparecer por un foro oculto.

La concepción de un libro obliga a efectuar un proceso arbitrario de selección. Hay personajes que nacen y triunfan por si mismos. (Victoria). Tienen

otros una vida fugaz, que queda apenas como un recuerdo emocional. Las múltiples novelas cerebrales se pierden dentro de sí mismas y una sola, la más afortunada que siempre es menos bella, adquiere corporeidad.)

En el aire flota la voluptuosidad de una plegaria:
—“Bésame con el beso de tu boca...”

María del Carmen pudo estar diluida en un beso de su boca.

*

El amigo dió cierta continuidad a sus amores, pero su lógica quedó olvidada en la mesa del café.

Tiene que trabajar mi fantasía, reconstruyendo un todo arbitrario de fragmentos de realidad.

Actuará igualmente la memoria, que tampoco es escrupulosa, pero se disculpa diciendo que son involuntarios sus errores.

Reunión de elementos heterogéneos, de los cuales puede brotar una extraña combinación.

(Victoria empieza a interesarse por ella. Fina será siempre indiferente. Puede ella vivir en la belleza pálida o en la belleza morena.)

*

Había surgido un lazo entre los dos: el arte. Ambos amábamos la transparente emoción. Adquirió ella corporeidad. Hubiéramos podido evocarla como una fragancia, en cuyo espíritu palparan giros de nuestras almas.

El desdén primero, fué seguido de un pequeño interés. María del Carmen, ante el piano, podía recordarme.

...Y así explicó él por qué volvió donde ella.

(—Pero,—me objeta Victoria,—su argumento se

basa en los amores de él y ella. Si apenas simpatizaron, ¿cómo pudieron llegar a la intimidad? ¿Por qué causa, cuál fué el pretexto, para que él volviera con frecuencia a la casa de María?

¡Cierto! Victoria me ha desconcertado. Hago esfuerzos memotécnicos por recordar cómo justificó él su intimidad: Victoria comprende. Sonríe.

—Será necesario inventar algo,—añade.

—Si.

Adivino que todos los personajes meditan. Confío: ellos encontrarán el por qué.

Forzoso es que él y ella comtemplen el paisaje que se pierde a continuación de la ventana del foro, hasta que el director les explique su actuación.

Fina dice:

—Muy fácil. Se veían con frecuencia en el tennis. Silencio.

Teresa:

—El la veía salir de misa. La seguía hasta su casa. Se paraba en la esquina...

Tampoco.

Pero Fina y Teresa son personajes reales. No se puede esperar la mejor solución.

Será el personaje ficticio, el evocado, el que acaso acierte, porque el fenómeno creador se basó siempre en la evocación.

La "estrella" de cine es quien debe hablar. Ella ve todos los días cómo se arreglan las dificultades de trama. Hollywood es un inmenso jardín, donde brotan todas las mañanas los claveles de los argumentos. Se cuentan por centenares. Las manos ducales de las "estrellas" no alcanzan para recogerlos.

Está en el escenario una "estrella". ¿Cuál? Puede ser una célebre; o bien, otra que por el exotismo ultraterreno de su arte no satisface, permaneciendo como "extra" anónima.

El camino más fácil será suponer que se trata de una cuyo prestigio voló a los cuatro vientos. La hipótesis puede adquirir caracteres de verdad, si hago un esfuerzo para imaginarme lo que ellas contestarían.

La pregunta, formulada ya:—¿cómo se intimaron él y ella?

Lya de Putti podría responder:

—Les unió la voluptuosidad.

Greta Garbo, espiritualizaría:

—Una mutua comprensión de almas. Resplandeció en ella una ráfaga de amor. En él, la emoción de hacer el poema musical de su belleza.

Bebe Daniels:

—Pasaron juntos una temporada de vacaciones.

...Y todas recordarían las farsas que interpretaron, porque en alguna de ellas podía haberse presentado un caso semejante.

Ha sonreído Victoria:

—Ambos aman la música,—dice.— Supongamos que hay en él superioridad de cultura artística. Es compositor y ejecutante. Pueden borrarse de la presentación de ella las palabras "ejecutante magnífica", para que ella atraída por la superioridad de él, le insinúe que le de clases de piano. El acepta. Se ven todos los días.

¡Magnífico! Es esta la única solución. Presentada con hábiles frases no repugnará, apareciendo natural, humana.)

Sobre esta ficción, puede continuar el desarrollo de la farsa. Como su escenario es la línea emocional de un corazón, dentro de él caben todos los decorados posibles.

Es un escenario de vanguardia. De él han desaparecido las bambalinas y la tramoya. El colorete y la peluca huyeron también.

Escenario de detalle. Una hoja tibia puede asociar la imagen de una glorieta. El brocado, un salón. Un pedazo de espejo, el galante tocador. Forzosamente, como imperativo, la imaginación debe completar el decorado.

La mirada de Victoria es sol de un paraíso artificial. El opio y la morfina crearon el ritmo de su pié.

*

Hay que continuar el relato usando un consagrado lugar común:

“Varios meses pasaron durante los cuales fueron sólo amigos...”

Pero se veían todas las tardes. Supongamos, de tres a cuatro, cerca de la hora del thé.

Sus conversaciones debieron ser muy interesantes.

El amor, disfrazado de ingenuo, volaría de corazón a corazón.

Puedo forjar una escena:

Tarde tibia. Salón que se fastidia.

A solas, la muchacha piensa en un querer lejano. Un bibelot la mira romántico. Besa el espejo su imagen. Un girón de luz acaricia sus encajes.

Ha sonado la puerta. Es él que viene.

Ella le recibe sonriendo:

—Buenas tardes...etc.

Cierta etiqueta guardan los dos. Pueden hablar después sobre un motivo olvidado. Quizá tiene un momento de descanso, durante el cual ella deja ver un fragmento de liga. Discreto, el siente en sus ojos el transparente resplandor de la media de seda.

—¿Comenzamos?

—Cuando usted quiera.

El piano es un collar de perlas que los une. (Algo suyo deben dejar las mujeres en los pianos de los salones, porque ellos tienen el temblor de los besos.)

Inconsciente, durante la hora, él se acercará a ella, juntándose hasta sentir su aliento. El enseñarle el manejo del pedal, será un pretexto para rozar la pierna.

Ella se estremece. El siente...

—¡Calle usted!,—dice Victoria.

Fina mueve los labios. Comprendo que quisiera que se prolongue la escena.

.....

Perfectamente. Ella será Victoria.

La novela tiene su punto de partida en Victoria, actuando en el rol de María del Carmen, cuya belleza es un temblor del piano.

*

—¿Tiene ella que amar forzosamente?,—pregunta Victoria.

—Si, —le contesto.—En eso se basa el argumento.

—Pero, ¿no dijo usted que él se había casado?

—Si.

Comprendo. Victoria:

—¿Cómo?

Ella está pálida. ¡Victoria tan blanca, y quiero yo volverla María en la farsa!

Silencio. Me justifico:

—Es ficción, pura ficción. Ya se que usted en la vida, nunca podría amar a un hombre como él. Pero la trama, el interés novelador, exigen su sacrificio. Serán uno amoros que no lleguen a la crueldad.

—No, de ninguna manera,—dice.

Victoria. ¡Nunca!

—¿Habrá que renunciar el argumento?

No contesta. Añado:

—Escuche usted un poco más a los subpersonajes. Después, aceptará o no la trama definitivamente.

Carlos tiene la sonrisa de un civilizado. Tal vez encuentra ridícula la protesta de Victoria. Teresa quiere recordar una oración. Matilde evoca sus ansias de amor. Alberto tiene la pretensión de ser interesante.

Siempre X será una interrogación. ¿Qué pensará él de Victoria, personaje, que discute? Tal vez en su cerebro, surge esta evocación:

—Victoria actuando de protagonista en la novela. Ha llegado un momento en que ella apasionada, ha besado al amante en la boca, hasta beber la sangre de sus labios. El mordisco ha sido la puñalada del amor.

Desesperada, ella ha dicho:

—Quiero beber tu sangre.

Ha seguido una escena retorcida.

Los dos han estado a punto de realizar un placer raro, que X lo sugiere, pero que no conocemos los hombres.

Aterrada, ella se arroja sobre un sofá ingenuo. Tiembla su cuerpo en convulsiones de dolor.

El huye.

En tonces X sale de su escondite cerebral, extrae sabiamente del pecho de ella el corazón y le pregunta cómo debe terminar la novela. El corazón le contesta que con un desgarramiento de amor:

*

Ficción, pura ficción. Asalta la realidad como un apache. Esto induce a creer que deben actuar otros subpersonajes, por dos razones.

Primera: Para que la novela no sea únicamente un romance de amor, que pudo haber sido escrito en décimas elegantes. Recuerdo que dijo Anatole France:—"Un cuento sin amor es como un guiso sin sal." Si, por eso el amor será el eje de mi novela. Pero no hay que abusar de él, para que el guiso no resulte muy salado.

Escenas independientes, impresionistas, autóctonas...

Segunda: para que tengan un papel todos los personajes.

Los personajes. Uno de ellos, Matilde. Puede ser la madre de ella. O la de él.

Podrían desarrollarse así las dos hipótesis.

De ella: Matilde se aristocratizaría. Ella,—Victoria que encarna a María,—le diera algo de su distinción. El personaje correspondería a una concepción ideal.

Habiendo vivido en un ambiente de privaciones y miseria. Educada en el dolor. Fino su espíritu para llegar al sacrificio. Buscando inútilmente amor...

Adivino una objeción. El buscar inútilmente amor, envenena el espíritu. Una grosera concepción de la siempre macabra realidad, lleva a juzgar lo que se llama en la vida amor como un simple juego de intereses. Un tablero cuyas fichas son manejadas por la serpiente del deseo y por el fantasma económico. Al final de la partida, se yergue desenchajado el espectro del hastío.

En Matilde bien pudo no suceder así. Sin duda, no sucedió. Tal vez la soledad depuró su espíritu. Acaso sus entrañas que no se desgarraron para formar el hijo, adquirieron la suprasensibilidad necesaria para estremecerse ante la emoción de otros hijos.

Esta hipótesis puede, a su vez, subdividirse en dos.

"El", casado o soltero.

Haga usted un esfuerzo de imaginación. Imagínese esta bambalina psíquica:

El piano tuvo la culpa de la obsesión. María sintió transfigurada su alma en un maravilloso tabor emotivo, ante el milagro musical.

El, que se casó hace muchos años, está cansado de su esposa. Antes de conocer a María, creyó que el amor le había rechazado para siempre.

Capítulo, que puede ser primero o segundo.—Pintura impresionista de él. Una escena de disgusto en su hogar. Falta abrigo y pan. La esposa llora angustiada en un rincón. El sueña en el suicidio. Es un recurso arrebatador de final de segundo acto de comedia, la lucha desesperada entre la realidad y las quimeras de amor y gloria que torturan el cerebro de él. Su arte...; aquí tendría que aparecer el lugar común. Frases consagradas a través de los coqueteos literarios:

—"El arte era el único refugio de su espíritu".

—"Sólo el arte le hacía amar la vida"...etc.

Conoce a ella. Se aman. Se comprenden...

Matilde sufre un destrozamiento fisiológico. Su espíritu es demasiado ingenuo para comprender cómo su hija es capaz de amar a un hombre casado.

Es primero el cariño el arma de Matilde. Luego la amenaza. El llanto. La desesperación.

Por la noche, la pobrecilla madre tiene pesadillas tremendas. Ve a su hija en los infiernos. Los diablos sacan el corazón de María, el corazón que ella amó tanto, para servirle en guiso adornado con huesos de él, a un perro rabioso.

Lejos, resplandeciente, María Guadalupe envía sobre su dolor una lágrima.

Matilde se despierta. Ve fantasmas en su alcoba. Un rayo de la luna huye a la alfombra desde los cie-

los como si fuera un adiós a María, transformada en la transparencia de la luz.

Temblorosa se dirige al lecho de su hija. Ella duerme su amor. Un brazo está fuera de la sábana. Canta silenciosa en Matilde una canción de cuna.

Se estremece. Parece que su sueño adquiere corporeidad. Hay un desgarramiento en el brazo. Hue-llas de sangre. Crueldad...

Matilde no comprende. Se tortura por analizar.

Si. Ahora ya puede saberlo. Es una combinación de sadismo y romántico querer. Las iniciales de él, están grabadas con navaja en la carne de ella. Ella ha llegado al suplicio para estilizar el placer en el dolor.

Matilde quedaría aterrada.

Palidez. (Aplausos).

*

Otra inversión exigiría la farsa desarrollada en esta forma. Así como Matilde ascendió, Fina descendería, porque tendría que caracterizarse para desempeñar el rol de esposa. Despojada de sus salones, conocería la vida humilde, por la que cruzan el sacrificio y el amor.

Fina aprendería a sentir. Forzoso sería, desfigurando su carácter real, pintarla espiritual. El lápiz de los labios, que en la vida se estremece únicamente de voluptuosidad al reclinarse en su boca, palparía entonces de dolor.

El hogar de Fina se derrumbaría ante el nuevo amor de él. Esposa, únicamente esposa, Fina sería impotente para luchar. El argumento de sus hijos, débil sería ante la fuerza ardiente de María del Carmen.

...Imagínese una noche en la que la esposa, mecendo la cuna del último hijo, comprendiendo que se

fué el cariño de él, sienta amarlo. Que su cerebro palpitante por la sugerencia de las caricias, lo evoque junto a la otra.

Fina sentiría entonces una envidia salvaje por la madre de él. ¿Quién pudiera ser la madre? ¡Teresa! Sí, porque brotaría un nuevo motivo de explotaciones fecundas.

Pero, ¿por qué sentiría Fina envidia por la madre y no por ella? Puede acudirse al auxilio punzante de un estilete para solucionar el problema.

Las mujeres que nos quieren tienen para nosotros ternura y egoísmo de madres. A veces nos adormecen en su regazo y por instinto, sin ellas darse cuenta, brota en sus labios una canción de cuna. Quisieran que nuestra sangre haya surgido de la suya, para que nosotros fuéramos formados por retazos de ellas.

Si las madres miraran profundamente a su corazón, verían que la ternura blanca, esconde un girón gris. ¿Qué pasará en la subconsciencia de la madre, cuando el hijo suyo le abandona por la novia? ¡No, basta! Hipótesis crueles que arrojan girones por ser humanos, sangrientos, sobre un diáfano querer.

Me estremezco de haberlo pensado. En la novela, huiré de estos rincones oscuros que abofetearían mi espíritu y dieran a mi libro la ebullición de una caldera de brujas.

Respecto de Fina, creo que si pudiera evocarse discretamente, un girón de envidia para la madre.

—Teresa,—pensaría Fina,—puede acariciar a él cuando quiera. Puede besarle apasionadamente, porque está segura de que su boca sin dientes siempre será bella para él. Es suyo, su hijo. En el corazón de él, ella siempre será amada.

En cambio, si ella fuera María, la otra, siempre se viera apuñalada por la duda.

—Sí, él me quiere ahora, pero después...

Yo podría poner entonces como acotación:

—El amor es bello, mientras se admite la posibilidad de perderlo. Que la boca que hoy nos besa, pueda mañana besar a otro. Que el zapato que hoy ondula al acercarse a nosotros, mañana pisotee nuestro ramo. Que...

Fina sintiéndose "algo" madre de él, madre completa del niño que adormece en la cuna, besaría desesperada la carne fresca de su hijo, quisiera que vuelva a sus entrañas para que siempre, hasta más allá de la vida, sea sólo suyo. Le haría sonreír extraña, la idea de que cuando ese niño sea hombre, ella será para él sagrada. Que siendo ella vieja, sus labios deshojados serán para él musicales y jugosos. *

Una lágrima temblaría en sus pestañas.

¡Si yo pudiera apropiarme de esa lágrima, llevarla palpitante a mi laboratorio; adaptarla, como lente alucinado y poderoso, al microscopio formado del sístole y el diástole, para a través de ella mirar profundamente el corazón de la mujer, que siempre será para los hombres la esfinge de la vida!

En este momento me asalta la idea de que podría dar a uno de los capítulos de mi novela una terminación teatral.

Fina ante la cuna de su hijo. En una alcoba transparente, con la tibia transparencia del amor, María del Carmen tiene a él reclinado en su regazo. Suavemente, lo mece en sus brazos.

Alucinación.

Instintiva, angustiada, bruja, le dice besándole en las sienes:

—¡Como quisiera ser tu madre!

(Alberto pensaría:—Mañana me felicitará el Subsecretario por la redacción de este Decreto. Soy el único en el Ministerio...)

Se encendería la luz, para que el público pueda fumar un cigarrillo.

*

He callado, para ver el efecto producido por el girón de argumento presentado. Indecisos están los personajes.

Esta vez, Carlos habla primero:

—Encuentro demasiado inocente el argumento,— me dice en voz baja.—Con él puede escribirse una novela para colegialas o para gatos de iglesia. Si quiere usted llamar la atención, busque un argumento retorcido, raro. Escriba en una prosa despeñada. Que las frases sean como pedruscos que se derrumban.

Hay un silencio.

—Es un cuento inmoral,— dice Matilde.

La “estrella” de cine, podría sugerir:

—Le falta acción, vida, al argumento. Lo encuentro monótono, pesado, anémico.

El personaje ciego:

—¡Deme usted la luz en la novela!

¡La luz! ¿Cómo? ¿A qué personaje puedo arrancar los ojos para él? La facultad noveladora no puede llegar al prodigio. Y si llegara, forzosamente yo debería ser cruel. ¿Qué interés tuviera este personaje si viera? Sería un obrero de tantos, uno de los que a montones nos ofrece cotidianamente la vida. Podría llevar dentro de sí alguna tragedia tremenda,— un amor, un vicio,— pero su monstruo sería impalpable. El momento en que yo lo persiguiera para cazarlo con mi red de novelista, él se espiritualizaría; o bien, dentro de la red, crecería hasta romperla.

Ansioso, me dirijo a Victoria. Me pregunta:

—¿Por qué no continúa usted?

—Quisiera que opine y sugiera usted.

—Ya le dije que no encontraba aceptable la trama. Tal vez en las últimas conjeturas haya algo de interés. Pero, es sobre una base falsa.

—¿Por qué?

—¿No comprende?

Sospecho, pero callo. Victoria dice:

—¿Quién será él?

Es la pregunta fatídica. La que siempre despier-
ta mi dolor. La que me recuerda mi insignificancia,
mi incapacidad para despertar amor. Siempre, en es-
tos casos, tendré que torturarme para buscar justifi-
cación, sin poder encontrarla.

Victoria comprende. Acaso siente piedad, por-
que añade suave:

—Continúe usted. Puede ser que al final encon-
tremos el personaje y el argumento.

Quisiera agradecerla, decir algo. Victoria res-
plandece. Sus facciones ocultan el nardo. Su talle
estiliza la euritmia. Me sonríe su zapato.

Se aleja Victoria. Sigo su huella. X se retuer-
ce. Quisiera que su dolor se transfigure en el espiri-
tual lápiz de labios de Victoria, para dejar un suave
tono de tristeza, que podría ser pálido, en la maravi-
llosa boca de ella. Sus besos, que ahora deben ser
ultraterrenos, serían entonces humanos. Un poco de
melancolía palpitara en ellos. Serían tangibles, mi-
sericordiosos. La oración de la vida a la belleza.

Victoria va a un camerino.

Dentro de la celdilla cerebral, transfigurada en
un galante rincón de escena, Victoria se mira en el es-
pejo.

Adquiero, entrañablemente, la máscara de un
pierrot cubista.

¿Por qué no ahora una palabra de amor?

Victoria comprende. De rodillas, una frase besa tímida sus encajes:

—Siempre amándole; siempre en mi sangre la belleza de usted.

Victoria se espiritualiza. En voluta de sol, va a la gruta donde se escondió el aire, para preguntarle cómo podría darse una tonalidad a la risa que pueda transfigurarse en beso al llegar a los labios de los amantes, desde la boca de la mujer que nunca les amará. Mi emoción huye fuera de ella en volutas de sombra.

El espejo del camerino, aquel en el que se miró Victoria, me dice:

—Ella no le quiere. Olvídese usted de ella. Guarde la imagen de la imagen de ella, para que le diga adiós con su pañuelo desde la orilla del recuerdo.

—¿Cuál imagen?— le pregunto.

—La que le daré yo. Tómela usted en el fondo de mí mismo.

Si. La he visto delicada y transparente. Es la imagen que el espejo guardó a escondidas de Victoria, cuando ella estuvo ante él.

La imagen es una emoción que libremente será evocada, mediante la capa de polvo galano que he recogido en la superficie del espejo. Si quiero conservar siempre la imagen de Victoria, tengo que guardar este polvo tibio.

Afortunadamente, en mi subjetivismo se enrareció el aire cotidiano y puedo ocultar en mi relicario la transparencia de ella, diluída en átomos emocionales. De lo contrario, imposible hubiera sido recoger el todo fragmentario, porque el viento de invierno me hubiera robado a girones la silueta de ella.

Así pues, Victoria será para mí un trozo de polvo guardado en mi relicario. Será como flor que se regaló por un poema y que un día después huye en cenizas.

...Y lo que nos alucinó en el barrio de la vida, nuestros amores y odios, el arte y la gloria, el beso de la madre y el abrazo de la amada, todo huye en polvo, porque cotidianamente el viento quita el polen de nuestra flor, para humano ir a depositarlo lejos, en las corolas de los espíritus que nunca nos conocieron.

Toda la pequeñez y la grandeza del barrio, lo bello y lo grotesco de la vida, se funde en mil átomos en el aire. Por eso respiramos a solas el dolor y la belleza. Intimamente sentimos entrañables ilusiones de tragedia o voluptuosidad, y sangra el escenario prismático de nuestro interior. Por eso nuestras almas están crucificadas entre el amor y el arte.

¡Estoy agonizando sin duda!... ¡Me ha atacado una tremenda alucinación de viejo romanticismo!.

¡Luz! Luz del siglo XX, dinámica y técnica, para ver el mundo nuevo. Mi espíritu extraviado en la ventana de la Julieta andina transfigurada en Victoria, quiere resucitar el amor de capa y espada. Si la gente supiera esta tortura, me encerrara en un manicomio.

No, es locura. Puedo razonar aún, discutir con los personajes, que es más complicado que discutir con los hombres.

No es locura. Es que el viento, eterno camarada, derrumbándose por los peñascos de los siglos ha traído, a través del prisma de Victoria, a la humilde corola de mi espíritu, el polen del alma de algún amante olvidado de la Edad Media que alucinó a la noche con sus serenatas, al pie de la ventana de la hija de su señor.

Algún girón de romántico querer de caballero andante, se estremece a veces en el pavimento o en los autos de una ultracivilizada ciudad. La hoja pálida del cine puede contarnos cómo ella sintió la caricia del

romancero y cómo mancharon su blanco vestido de colegiala las espinas de la cruz.

X diría: la Humanidad ha clavado siempre sus entrañas en el madero del dolor.

*

—Puede ser que las últimas conjeturas sean interesantes.

Es la opinión de Victoria. Hay que hacer actuar a los subpersonajes.

Un intermedio de diálogo es siempre un obstáculo. Los subpersonajes tienen que hacer un esfuerzo para volver a entrar en situación.

Recuerdo que en las primeras conjeturas liquidé al novio rico de María. Ahora comprendo que fué un error.

Pero, surge la dificultad: cómo se explica que una muchacha,— “ella”,— ame a un hombre casado,— “él”,— teniendo un novio rico, elegante, distinguido...

Indudablemente, no hay que exagerar las situaciones. En la ciudad de la novela, el folletín es un apache que asalta al viajero a la vuelta de cada esquina. Para colocar la trama en un equilibrio justo, haré que de ella esté enamorado un hombre tipo medio. Puede estar empleado en una fábrica o ser un industrial acomodado. Tener una renta holgada. Seiscientos o setecientos sucos mensuales, sería suficiente.

Aún así resulta dudoso: el novio ofrece un hogar, una vida burguesa y un nombre limpio. El amante, emociones artísticas y amor exótico.

Es necesario arrojar al canasto las vacilaciones. Este pruritarismo de lo humano, me va a llevar al derrumbamiento de mi andamiaje novelesco. Creo que no me faltará habilidad para presentar como per-

fectamente posibles esos amores. Descritos con caracteres brillantes, con frases apasionadas y recursos dramáticos, parecerán perfectamente humanos. Por otra parte, nadie me discutirá si lo que cuento "puede suceder" o "es imposible que suceda" y en caso de que alguien negara la primera hipótesis, no podría probarme la segunda.

—“Puede pasar”,— dirá el lector.

Además, el amigo sostuvo que “ha pasado” con él. ¿Por qué dudarlo? Carlos, que sostiene que el amor es un tablero de ajedrez donde el factor económico maneja arbitrariamente los corazones, ¿qué dirá de esta romántica realidad?

Mi cuento será una tremenda bofetada a sus doctrinas. El, estoy seguro, no se declarará vencido.

—Es ficción, pura ficción,— dirá.

De aquí surge involuntariamente, la hipótesis de que él sea el personaje cínico de la farsa, el mefistófeles que lance su ironía como estilete leproso a la intangible sensibilidad de María.

Tendré que llevar a Carlos deshumanizado a la tanda del “Edén”, para que Menjou le enseñe a transfigurar a la ironía en arte pálido.

Ya Carlos tiene su papel natural, apropiado, que no exige en él transfiguración.

Ahora, ¿cuál de mis personajes deberá desempeñar el rol de novio acomodado?

¡Vaya una dificultad! Pero si el personaje viene por sí mismo: ¡Alberto! Si, Alberto.

El está sólo evocado. Habrá que ir otra vez donde la familia, para en los detalles tomarlo prisionero y depositarlo luego en una casilla romboide, estrecha como su espíritu.

Lo despojaré de la oficina, de su celebridad administrativa, de su hogar anónimo, para darle una si-

tuación galana. Seguramente, lo difícil será la actuación de su personalidad junto a una artista.

Su mujer, deshumanizada también, podría llamar a la puerta de la novela.

Sería tarde. Una ilusión habría resucitado el espíritu de él.

Yo, lejos, escondiera mi emoción en el collar de diamantes del piano.

*

Exposición, trama, desenlace...

Perfectamente. Llegada a este punto la farsa, por si misma despertaría interés. Ahora, para sostenerlo, es necesario crear algo más. Lo extraño, lo audaz, lo desconcertante, todo aquello que pueda sugerir sensaciones combinadas, tiene que acudir en mi auxilio. La novela entonces, adquiriría proporciones de intensidad, que superarían acaso a mil ilusiones.

Lo extraño, lo audaz, lo raro, lo que he buscado a través de la ciudad en la vida de mis personajes, ha venido a mi sorpresivamente.

En la obra, lo haré aparecer como si lo hubiera vivido o hubiera formado con él un precipitado, en el transparente tubo de ensayo de la observación directa. La sustancia humana acumulada en el fondo del vaso, hubiera sido la masa comprimida, que en si misma tuviera la energía eléctrica del espíritu, capaz de transformarse en la energía dinámica noveladora, capaz a su vez, de hacer girar con velocidad vertiginosa el motor cerebral del argumento, que unido por la banda de la frase a otros motores cerebrales, los comunicaría su cubista movimiento.

Pero, desgraciadamente, al puerto de mi espíritu, esta nave llegó evocada únicamente. Adivino que ella debe ser prismática; descomponer en maravillosa ga-

ma de colores, cada uno de ellos con propia personalidad emotiva, el rayo de sol de un amor...

Un subpersonaje, —el amigo,— fué quien me habló de ella, asegurándome que era suya.

—Es perfectamente humano,— dirá el lector primero.

—Puede suceder,— sugerirá el personaje.

—Sucedió,— asegurará el subpersonaje.

—Me lo contaron,— añadiré yo.

Bien. María del Carmen ha llegado al acto tercero, cuando las escenas son movidas y alucinadas.

Ella comprende que él no será nunca completamente suyo. Que el hogar le atrae con poderosa fuerza de los hijos. Que la ternura de la madre es un vacío profundo en su amor.

María del Carmen puede perderlo. Cruel, definitivamente.

Quisiera algo de él. Ella misma no sabe explicarse lo que quisiera. Debe ser un hondo motivo, que purificando el amor como perfectamente estético, tenga un hondo fundamento sexual, justificado por el instinto. Que triunfe la selección. Que ella tenga algo, un fragmento de él, al que pueda amar dentro y fuera de sí misma. Superar su amor en otro amor.

...Y observe usted ahora cómo no es del todo arbitrario y falso, el hecho de que el novelista en la concepción de su obra, saque de un rol a un personaje femenino, para que desempeñe otro.

En última instancia, si posible fuera hacer la autopsia psíquica del corazón de las mujeres, veríamos en todas ellas fenómenos idénticos. Puede usted dudar, o negar si lo quiere, pero la esfinge encerrará en el cuello de su interrogación, el instinto que sugiere los mismos deseos más allá de la conciencia.

María siente dentro de sí, en los abismos de la subconsciencia un fenómeno que se retuerce, un movims-

truo a quien ella misma no conoce ni puede comprender, pero que le ordena actuaciones desconcertantes. Es amor, es instinto, es celos. No razona. No se declara vencido. Es más fuerte que la organización social, más poderoso que todos los perjuicios humanos. El sentimiento artístico lo disfraza. Se justifica diciendo que quiere reproducir el temperamento musical. En sus entrañas, no es sino el instinto puro, refinado, idealizado hasta llegar a ser suprasensible.

El hogar de él es un peligro, porque ahí él es padre y nunca podría despojarse de sí mismo, de su sangre que palpita en otros seres, para huir de la esposa y entregarse a María.

. . . Y cruelmente ella siente lo que junto a la cuna sintió Fina . . .

Es el mismo dolor, que ha adquirido proporciones absurdas, porque los celos a ella y a la madre de él que torturaron a Fina, son ahora en ella celos a Fina, a la madre, unidos a los celos de los hijos del hogar que pudo con él haber formado, pero que la otra, llegando primera, fué la más afortunada.

Así María siente celos de Fina y de la madre. Puede en sus intimidades estremecerse con alucinaciones tremendas. Comprende que será imposible arrancarle a él de la vida, para hacerlo completamente suyo. La única solución es pedirle aquello que él le puede dar. Algo que sin ser él mismo, sea "parte" de él. Girón humano de cuyo amor pueda estar segura siempre, aún cuando sea vieja. Un ser, que no sólo sea "él" perpetuado, sino que también sea algo de "ella".

Puede forjarse en la novela un capítulo alucinado. ¡A escena! A fabricar un ensayo, que pueda ser la tramoya grotesca de lo que será la producción, para someterla a la emotividad delicadísima de los personajes.

Espiritualizada, la belleza femenina. Belleza trágica, que a su paso despierta el dolor. Una mujer maravillosa, asesina cotidianamente un corazón. A su paso se humedecen las pupilas de los hombres solos. Tal vez en sus intimidades, ellas se sienten tristes al sospechar las emociones que crearon. Quien sabe si su orgullo lanza al aire la castañuela de una fiesta.

Belleza trágica. Por eso el zapato de mujer, que puede acariciar el pié de la más bella de las mujeres, estará humanamente colocado en el vértice del escenario formado de brumosos contornos de corazón, para sugerir cuál sería su ritmo al crear el beso en la media de seda de esta transparente María del Carmen.

*

Son las citas en la alcoba. Horas torturadas, violentas: Matilde duerme cerca y en cualquier momento puede sorprender a los amantes. El tiene que introducirse traidoramente, como un ladrón.

Los comprende la noche. La alfombra quisiera ser un manto de espuma para diluirlos en su carne. Bebe el aliento de sus bocas el espejo. Un rayo de luna es el espíritu de la voluptuosidad, que llega como un beso pálido al corazón de María.

El collar se oprime. Una pulsera se ha destrozado. La blusa llega a la ebullición. Vibra la liga. Una horquilla histérica se precipita al suelo. El ramo de claveles vive su primera y última noche de amor.

El está intensamente pálido. Ella le acaricia con dinamismo escultórico.

Diálogo difícil, cortado, torturante.

Forjado, será únicamente un reflejo.

—Nunca serás completamente mío,—dice, como lo pensó, María.— No puedo dejarte sin tener algo de tí.

—Lo que tú me pides será un dolor. Sobre todo par tí. Por mí, tú lo comprendes, no importaría. (Pausa.) Otro nunca hubiera esperado una insinuación. Conociendo tu amor, te hubiera engañado o seducido. Pero yo te amo.

—Quiero ser madre de un artista. Un artista como tú. Único.

—Me juzgas con cariño. Tu ingenuidad es prueba de amor.

—Si no eres tú el primero, ¿cual es entonces? Ya se que—(aquí puede ponerse un hombre)—es un buen ejecutante, pero no es compositor. Que—(aquí otro nombre)— es compositor, pero no ejecuta. Tú eres todo, ¡todo! Y ese “todo” tuyo, junto a mi amor por el arte, pueden producir... ¡Que se yo! ¿Supones tú cuánto podría brotar de ellos?

—¿Por eso...?

—¿Por qué entonces? ¡Que piensas tú de mí! ¡Dilo!

—Perdóname María.

Un silencio estremece a los dos.

El:

—Gocemos María. ¡Que mayor felicidad que entregarme a ti, ser tuyo! Pero, te ruego, evitemos lo que tú quieres.

—Sería un sacrificio.

—Si, un sacrificio de alta moralidad. ¡Un hijo! ¿Para qué? Un hombre más, que sin hogar ni nombre, vendrá a sufrir, a luchar, a llevar una vida de miseria, como hemos llevado los dos. ¿Qué podríamos ofrecer a nuestro hijo? Un gran temperamento artístico. Los dos podríamos darlo, pero si lo diéramos, su vida sería más dolorosa. Podría ser genial, inmenso, lo que tú quieras... (Pero eso no importa a la sociedad, porque ella no comprende nunca al artista. No le importa. Lo desprecia.) Mira al hombre, sólo a través del prisma estrecho de su familia y su fortuna. El

nacer como quieres tú que nazca nuestro hijo, es un pecado que la sociedad no perdona nunca, ¡nunca!

—No todos piensan así,— añade a media voz ella.

—Cierto,— replica él.— Pero, ¿que importa que los artistas, los intelectuales, toda la gente espiritualmente distinguida, se burle de los convencionalismos sociales! Que importa que los grupos selectos vivan alta moralidad y la comprendan, si la gran masa, la muchedumbre, las señoras de los salones y los hombres que han monopolizado el poder y la riqueza, ven la vida a través de los prejuicios que son carne de su carne. (Un silencio) Te lo ruego María evitemos por él, ¡por él!, por el que vendrá.

—Nunca te he pedido nada, habiéndote amado sobre todo, hasta el sacrificio. Me niegas lo primero que te pido. ¡Y dices que me amas!

—¿Lo dudas? ¡Si te lo he probado más allá de lo posible!

—Puedes después abandonarme, despreciarme si quieres, porque nada más te pido. Déjame algo tuyo, ¡un hijo!

—¡Artista y sin hogar! “Mal nacido”, como dicen las señoras. No María, no.

—Amarnos...

—Como hasta ahora. Haciendo de nuestro amor un amor raro. Un poema musical.

—Los dos. ¿El otro no podría hacerlo? ¿Por qué? Lo educaría yo. Yo haría de él un gran artista. Yo consagraría mi vida a cultivar en su espíritu la belleza.

—No podrías. Eres pobre, por eso nos hemos comprendido y nos amamos. Con fortuna, tal vez hubieras sido fría y vulgar. Acaso el hijo que tú quieres, cuando fuera hombre, secretamente sentiría rencor por nosotros, que no le hicimos nacer con fortuna y dentro de las normas sociales. Se vería acaso po-

bre, anónimo, destrozado. Su genio, si lo tuviera, sería su mayor tortura.

—Sería grande. Triunfaría.

—No lo creas. Fracasaría como fracasan todos los artistas entre nosotros. No hay ambiente María, no lo habrá nunca.

—Tú eres pesimista.

—Es la verdad. ¿Cómo puedes negarla?

Otra pausa.

—¿Ves? Tú lo sabes acaso mejor que yo.

Ella reacciona:

—No te pido más,— repite,— Se que no puedo casarme contigo, se que mi madre tal vez moriría cuando lo supiera. Pero por sobre todo, a pesar de todo lo que pueda sucederme, quiero un hijo, ¡un hijo tuyo!, aunque yo tenga que mendigar para que él viva.

... Ella se arrodilla. La escena se vuelve dinámica, instintiva, cruel.

Tiemblan las banbalinas del escenario formado por brumosos contornos de corazón.

Palidecen los personajes.

Victoria está inmóvil. Matilde se enjuga una lágrima. Teresa, aterrada, invoca a María Guadalupe. Sonríe la "estrella" de cine. Puede Alberto haber olvidado sus grandes ideales de oficina. Hasta Fina parece que siente.

Violento, Carlos me dice:

—¡Éso es una farsa ridícula! Nunca existiría en Quito una mujer así. Preséntemela en la vida y créere en el amor. Solo por un cuento no puedo convencerme. Su actriz, María, es un muñeco inhumano, falso, que nunca se encuentra. Una mujer como la que usted presenta no es de la tierra. Se debería amarla de rodillas, porque en ella, solo en ella, no fuera un juego económico el amor. (Es usted un niño, un niño ingenuo y vulgarmente romántico.)

(¡Pobre mi novela! Yo que pude imaginarme que lo audaz, lo desconcertante, habían acudido espontáneamente a mi, comprendo ahora que la ilusión de lo raro fué apenas una farsa inverosímil, sin vida ni arte.)

Tímido, le contesto:

—Yo también creo que es falso el personaje. Que no podríamos encontrarlo. Pero, perdóneme usted. No soy culpable. No hago sino repetir lo que me contó el amigo en el café. Pregúnteselo a él.

—Cierto, no se le puede acusar a usted,— añade.— El otro le engañó por juzgarlo capaz de creer todo.

—Aunque yo tuviera la culpa, ¿qué importa? Nosotros sólo buscamos argumento para una novela. Se puede mentir, porque la novela es sólo una arbitraria invención.

—Si,— dice Carlos con desprecio.— Una novela es ficción, pura ficción.

*

Aquí termina el relato del amigo. Cuando él hizo su amable confidencia, aseguró que sus amores estaban en esta situación. Recuerdo que me pidió un consejo. ¡Que candoroso! ¡Pedirme consejo a mí! Tal vez fué solo una broma.

...Y ahora me encuentro en un caso difícil. Estoy desorientado. El desconcierto me vuelve incapaz de dar solución aceptable al problema. ¿Cuál puede ser el desenlace de la novela planteada? ¿Cómo llegar al fin? Por otra parte, con lo que me contó el amigo, con el minimum de acción que han presentado los subpersonajes en el escenario humanamente forjado, ¿tendré material suficiente para escribir una novela grande?

Claro que cada detalle sería un capítulo, que podría entretenerme en largas descripciones de los per-

sonajes, que hablaría detenidamente de su vida y su ambiente, que fuera siguiendo paso a paso el desarrollo de sus amores y sus odios, que pudiera, en fin, "retardar" cuanto fuera humanamente posible la novela. Pero, todo esto, ¿sería suficiente para llenar un número crecido de páginas? Además, y esta idea me estremece, ¿seré capaz de escribir un libro? ¿Tendré arte para emocionar, no fracasaré, en el análisis del corazón?

Profunda, íntimamente, dudo de mí. Ya se que si esto dijera a alguien, al amigo más cercano, a cualquiera, me creería hipócrita o pedante. Pero, es cierto, demasiado cierto. Es una fatídica tortura que tengo que ocultarla en el fondo de mí.

(¡Cuanto daría por ser uno de esos hombres que están seguros de su talento, que jamás pierden el optimismo, que creen saberlo todo, conocer en sus secretos a la vida y no se dan nunca por vencidos!)

Acaso ellos tienen razón para pensar así. Han vivido, han sido amados por las mujeres y acaso aplaudidos por los hombres.

(En cambio yo, (esta es otra verdad que jamás se escapará de mis labios), yo no conozco la vida, no he despertado amor en el corazón de las mujeres, no he hecho la autopsia a los cerebros de los hombres; nada extraordinario, interesante, me ha ocurrido; algo que, creando un cataclismo en mi mundo interior, me hubiera revelado el profundo sentido de la vida.)

Por eso ahora no acierto a comprender cómo debe terminar la farsa.

Cualquiera de las hipótesis que forje mi cerebro sería defectuosa; más aún, si por casualidad acertara a encontrar el mejor desenlace, siempre me quedaría la duda tremenda de haberme equivocado, de si estuviera bien o mal hecho el esqueleto de mi novela.

Cierto que hasta ahora la actuación de los subpersonajes pudo desarrollarse con apariencia de interés,

pero fué porque tuve una pauta: El relato del amigo. Sobre las sugerencias del café, podía formar conjeturas, dejar en completa libertad a la imaginación.

Ahora no tengo norma. Puedo esforzarme desesperadamente en forjar conclusiones:

Una: el huye con ella, dejando a Fina abandonada. (Terminación inmoral. Protestarían las señoras.)

Otra: muere ella. O muere Fina. O Matilde. Se derivan del accidente consecuencias torturantes. Puede aparecer el revólver. Tal vez fuera más criollo el puñal. Misterioso, el veneno. (¡Socorro, que viene el folletín! Mi novela se convierte en una jauría de apaches.)

Tercera: él y ella se dicen adios. Besos y lágrimas. (Desenlace romántico, sentimental y moralizador.)

Ultima: nace el hijo. (El le abandona. Un hombre que viene sin nombre al barrio de la vida. Se identifica en el montón anónimo.) Es un artista genial. Un hombre fracasado. (Conclusión filosófica, emocionante. Puede tratarse de la cuestión social y formular una doctrina de regeneración humana. Cerrar el libro con página evangélica, en la cual ondule el amor espiritualizado en una parábola.)

Luego,

“ f i n ”

con letras gruesas y consoladoras. Vuelvo a quedar solo, porque se escaparon todos los personajes en el avión del libro que se publica.

También me abandonará Victoria. ¿Cómo podré dejar que muera Victoria en un libro? Ella que ha vivido real dentro de mí, ella que ha sido un personaje superior a mí, ella que me ha enseñado a amar y me ha purificado en su belleza, ¿cómo puede dejar su en-

trañable vida impalpable, para sepultarse en un libro, que se petrificará como ataúd anónimo en el cementerio de los estantes de una biblioteca? 

Cuando una novela no se escribe aún, el personaje supera al hombre dentro del hombre. ama a "su" autor, lo acompaña, es su camarada dilecto, lo acaricia con su perfecta vida emocional enseñándole a conocer la razón del ser, revelándole el ritmo secreto de la vida y la esencia transparente de la belleza. Una selecta obra de arte se estiliza en el espíritu, como fruto de esta maravillosa comunión entre hombre y personaje. Por humilde que sea el novelista, por estrecha que aparezca su mentalidad, siempre el personaje, grande o pequeño, será suyo, completamente suyo y más aún, suyo será superándole. Vida propia tendrá el personaje, más alta que la vida del hombre, pero a pesar de esta superioridad, el personaje será maestro del autor, entregándole su refinamiento raro y su amor absolutamente puro. Puede el personaje a veces torturar al hombre, abofetearlo, aparentar traición, escaparse dejando sólo un fragmento de él. Pero todo esto será gran prueba de la energía dinámica del personaje, viviendo más allá de la vida, en el hombre. Esta eucaristía de personaje y hombre es el más alto prodigio de la emotividad humana, porque en ella la vida se supera a si misma y el amor triunfa sobre la muerte.

Cuando esta maravillosa vida suprarreal termina, porque comienza a escribirse el libro, se inicia la decadencia. El personaje se esfuma, pierde sus características más bellas. Imposible resulta aprisionarlo completo, porque la mentalidad humana, el lenguaje, no pueden encontrar los caracteres precisos que formarían la red para cazar al personaje. Los más delicados ritmos se pierden; lo escrito no es lo concebido; el libro no alcanza el plano celeste de deshumanización, ni domina el nivel real de la vida. Flota el libro entre

la verdad y la belleza. El personaje descrito es únicamente un boceto del personaje. El autor quisiera que este boceto sea lo suficientemente artístico, para sugerir en otros cerebros el personaje completo. Cuando el libro es escrito por un temperamento genial, resucita en nuestro espíritu el personaje casi único, muy semejante al que vivió cerca de aquel que supo descubrirlo en el invierno de la vida o en el estío del arte. Vive en nosotros el personaje, nos tortura, nos ama, es superior a nuestra energía vital. Y cuando la humillante realidad cotidiana, expulsa de nosotros al personaje, este nos deja una inquietud, un ritmo, un detalle suyo que nos hará recordarlo siempre. Los grandes personajes, para cada espíritu tienen una personalidad prismática, que a través de los diversos temperamentos, será diferentemente comprendida. El tesoro interior está formado de emociones que dejaron las obras de arte y de fragmentos entrañables de personajes. Parece que diluido en el cerebro, hubiera "otro cerebro", únicamente estético, donde el detalle que nos dejó cada uno de los personajes fuera una neurona, comunicada con las otras por las prolongaciones emotivas del arte, en su infinita sublimidad y el complejismo de sus manifestaciones. Una y múltiple, sólo el arte da a los hombres la ilusión de que pudieron ser dioses.

El fracaso del autor ante sus personajes y ante la belleza, es la publicación del libro. Queda tremendamente solo el autor, los personajes suyos huyen de él, son menos de él que de cualquier otro hombre. Pertenecen a la muchedumbre, que no los comprende. Pueden ser abofeteados en su pureza, destrozados en su vida ultrareal. Este es el triunfo de la realidad sobre la belleza y de la carne sobre el espíritu.

Victoria vive en mí. ¿Cómo abandonarla? ¿Por qué arrojarla en su maravillosa perfección, desfigura-

da a través del libro, al público? Victoria no sería comprendida. Hablarían, con el anarquismo de las masas, de Victoria. Victoria en quien yo amo el arte, fuera en el libro una caricatura de lo "es" el personaje.

... Y todo por el capricho de ver mi nombre en la portada de un libro. Por dejar de ser anónimo, para ocupar una pequeña situación literaria.

Pero esta "pequeña situación" es un anhelo para mí. Por ella he recorrido la ciudad,—esta ciudad, la muy noble San Francisco de Quito, a la que amo como a una novia,—en busca de personajes. El mismo objeto me condujo a deshumanizar a Victoria, a perseguir a Carlos y a tomar prisionera a Fina en los detalles de su tocador.

Debo escribir la novela. Un dolor más en mi vida, será el sacrificio de mí mismo y de los personajes.

¡Escribir la novela! Su esqueleto, el argumento, está débil, indeciso, fragmentario. No es un todo orgánico, un mecanismo completo.

Tiene vacíos que desconciertan.

Por ejemplo:

Dijo él:

—Ha resucitado nuestro amor.

¿Cómo, por qué, cuándo resucitó? ¿Que crisis hubo en los amores de "él" y "ella" para volverlo agonizante?

Otras hipótesis. Medida vacilante, pero única.

¿Cuántas conjeturas podrían forjarse? Me equivoqué en torturar mi cerebro, si aún no se si el argumento será aceptado por los personajes. Habrá que recurrir a ellos, para que ellos me rediman a mí de mí mismo.

Tiembla en mis labios la interrogación, como temblara ante el amor de Victoria.

*

Ellos comprenden. Discretos, guardan silencio. No hay duda. El motivo ha disgustado a los personajes.

Victoria lo encuentra desagradable. Matilde, inmoral. Teresa, perverso. Carlos, infantil, ridículo. La "estrella", falto de acción y amenidad. X, vulgar.

Además, ni Victoria ni Fina hubieran querido que yo deshumanizado sea él. No son mías, no serán mías ni aún en la farsa. Quizá es mejor, porque si Victoria bruscamente me dijera que me ama, acaso perdería la razón y porque soy dichoso sólo por haberle amado.

Habrà que abandonarlo. ¡Pobre argumento asesinado en su cuna, antes de haber producido una emoción!

Mi vida es un argumento que en su origen despreciaron los personajes.

U

*

Debo buscar otro. ¿Dónde? No lo sé.

Tal vez mi ciudad pueda regalarme uno, como me regaló personajes. Mi ciudad buena, romántica, con fragancia colonial y calles del siglo XX.

Mi ciudad de los Andes, mi amada que todas las mañanas me despierta con las canciones de sus pájaros de bronce y en las tazas de sus colinas, me da a beber la leche ordeñada de su sol siempre puro.

Mi ciudad clásica y moderna, que tiene barrios antiguos y mujeres maravillosas. Mi ciudad exótica, donde vive Victoria, sinfónica y transparente como una diosa griega.

Hoy, 4 de Octubre, es día de San Francisco. Hoy es día de mi ciudad. Mi espíritu está de fiesta por el cumpleaños de ella.

Hoy, en el mantón de manila que envuelve a mi ciudad, saldré a buscar el jazmín de un argumento.

*

Me acompañará Victoria.

Quietos quedarán los personajes en las casillas triangulares y cuadradas. Los subpersonajes serán custodiados por los brumosos contornos del escenario corazón: "El" y "Ella", prisioneros, porque son elementos que forzosamente deben ser empleados en cualquier combinación que tienda a formar una novela. "El" y "Ella" que perderán su individualidad y sus propiedades, para dar origen al cuerpo compuesto del libro, con individualidad y propiedades diferentes.

*

En mi ciudad andina pueden encontrarse argumentos de toda clase, para todos los gustos, que satisfagan á todas las doctrinas.

Cada barrio simboliza una tendencia. Tiene motivos y personajes propios, para hacer triunfar su norma estética.

La novela picaresca, con pilletes y celestinas, diablos y dueñas, hay que buscarla en la calle de "La Ronda". Puede hacerse ondular la capa para acercarse a la reja de la señora y buscar la ironía entre las piedras abuelas.

Pero a Victoria no le gusta lo picaresco. Hay que huír de "La Ronda".

Novelas alucinadas, con corte de leyenda y prosa clásica, hay que encontrarlas en "El Tejar". Medio-

evales, en los claustros de "Santo Domingo" o en "San Diego". Perversas, en el barrio de "La Tola". Modernas, en las calles centrales, donde los autos son protagonistas de todos los amores y de todos los amores. Románticas, en la sección de "La Alameda". Al llegar al "Ejido", se vuelven naturalistas. El realismo se esconde como un gato en cualquiera de las casas.

La vanguardia se puede buscarla en la ciudad, a través de todos los barrios.

Pero la emoción novelesca es forzoso encontrarla en Victoria. Ella es la belleza estilizada, no el interés de la farsa. La novela perfecta sería la que sin personajes ni argumento, presentara a Victoria desnuda en su maravilloso ritmo.

*

Cada casa puede sugerir un motivo. Cada una es un cofre que guarda girones de Humanidad.

Salir a la ciudad en busca de argumentos, es como querer el amor de todas las mujeres. El argumento hay que vivirlo, comprenderlo en sus detalles, hacerlo propio en su complejidad. Inútil será cazarlo a la vuelta de una esquina. Hay que merecer el amor, para que se acerque a llamar la puerta. Yo debo también hacerme digno de ser dueño de un argumento.

Veo en mi ciudad fragmentos de novela, capítulos que cruzan las calles en forma humana.

Despojos de la gran obra. Sé que no la comprenderé nunca, porque sólo un alto sentido artístico puede revelar al hombre la maravillosa novela que cotidianamente se desarrolla en la ciudad. Novela que guarda todas las novelas. Obra de arte de la cual todos somos personajes. Cada una de sus páginas es un corazón. Novela pérfidamente real y bellamente deshumanizada. Toda la ilusión y la miseria de los hombres,

—que como perros que ladran a los autos, llaman desesperados al amor, a la gloria y la fortuna, que pasan vertiginosamente por su lado,— está comprimida en ella.

Mi ciudad en su cumpleaños, mi novia en su día de fiesta, hace la edición de gala de su novela. Victoria es el preludio de la novela de mi ciudad.

*

Recorriendo sus calles con Victoria, puedo leer apenas algunas frases.

Victoria me explica su evocación.

—Ese mendigo que está en la puerta de “San Francisco”, —me dice,— es el “hermano asno” de la novela.

(Siento emoción. Sólo Victoria ha sido capaz de comprender la armonía que guardan estos tres motivos: Francisco. Un mendigo. El asno. El asno cuyo espíritu aprisiona un delicado girón del infinito. Hermano artista, con un paisaje andino en su interior y una profunda ternura en sus ojos. No se podría encontrar, a través de la vida, mirada más dulce que la del asno.)

Continúa Victoria:

—La vieja que espera que no haya un auto lejano para cruzar la calle, es el capítulo de sugerencia colonial.

(¡Teresa!)

—La señorita que sólo sale en auto cerrado, es el episodio de emoción ultramoderna.

Le contesto:

—¡Usted!

Victoria sonríe.

—El hombre que viste de negro y cruza taciturno las calles, indiferente a la ciudad, es el que todo lo

quiere, después de haber perdido todo. Inquietud, ilusiones...

(—¡Yo!,— me digo a mí mismo.)

Sucesivamente, me explica lo que encierra mi ciudad. Victoria lleva en su espíritu la suprainтуиición. Solo a través de su belleza he podido comprender a la muy noble Quito.

La sugerencia final debía ser una sorpresa:

—La novela completa no la encontraremos, —termina ella.— ¿Para qué buscarla en los barrios? La novela está en nosotros. Volvamos donde nuestros personajes. Los capítulos que hemos encontrado están viviendo en ellos.

¡Magnífico! Me cubre como una capa galana el alcance de sus palabras. Todo está en nosotros. Nuestros personajes han comprimido el reflejo de la novela de mi ciudad.

*

Habrà que continuar la farsa sobre la base de los personajes encontrados. Una trama que guste a todos y no ofenda a ninguno.

Deberà ser una novela diáfana, dúctil. Diamente opuesta a la farsa rechazada. ¿Incompatible? No, sencilla capaz de ser comprendida por todos y gustar por su simplicidad.

Como en toda farsa, actuarà de protagonista el amor.

María fué la mujer, muy mujer, en la sugerencia anterior. De haberse desarrollado la trama satisfactoriamente, su triunfo hubiera sido la cristalización del subpersonaje en Victoria.

Rechazada la otra hipótesis en sus dos subdivisiones, (Matilde madre de "ella" o de "él"), se presenta el análisis de la segunda.

"El" soltero. La mujer, muy mujer, será ahora Fina. Adquirirá Victoria toda la espiritualidad, elevación y nobleza que ella tiene en la vida. Será la primera Victoria que conocí, la adorable colegiala que no ha llegado a la crucifixión de ser subpersonaje,—emoción pura creada por la obsesión de la belleza,— después de atravesar el maravilloso tabor en el cual se transfiguró en personaje, fundido en el crisol emotivo de una neurona cerebral, que fué la casilla subjetiva que ella transformó en un cielo.

Victoria, en la novela nueva, la amada estilizada, la novia romántica que es la belleza de mi ciudad. El amará a Victoria artísticamente.

Fina, la amada mujer. Una extraordinaria obsesión de placer, llevará a él donde Fina, mientras el instinto estético lo acerca a Victoria.

Para que el ideal sea digno de una novela bella, puede Victoria tomar algo de María Guadalupe. La reina del Quito colonial, se confundirá con la alteza del Quito moderno en la novela. Puede María darle su misticismo andino, su espíritu cubierto del manto de fiesta, su tez de manzana, la hostia de su beso y sus joyas raras, que en la leyenda de Guápulo aprisionaron a la pureza, como si hubieran sido leche ordeñada al regazo de la aurora.

Victoria resucita. Victoria es la señora de mi ciudad. Victoria es el relicario en el que se guarda el avemaría de la emoción. Victoria crucifica a San Francisco de Quito y cuando ella pasa se inclinan los Andes.

Los autos forman para Victoria el dinamismo de un rosario fugaz. El cine le ofrece su hoja pálida, como el brujo delantal en el que aparecerá el milagroso sudario de Chaplín y la agonía de Emil Jannings. El espíritu de Hollywood le dice en secreto, que el "cine-tismo" será la maravillosa escuela artística del futu-

ro, y ella, el nuevo motivo de belleza. El tango se despojará de su ritmo, para crear en su cuerpo una euritmia morena. Ella será la ingenua linterna del auto, la entrañable lágrima de la pantalla y el trémulo jazmín del fox.

Su talle el junco que ondula en la música de cámara.

¡Ravel, Rimsky Korsakoff! La suprainтуиción sugirió a Debussy que en los Andes resucitaría Victoria.

.....
Por fin la novela adquiere corporeidad. La veo emotiva y real. Recorriendo como una golondrina mi ciudad.

*

Un procedimiento diferente me llevará ahora a la concepción orgánica de la novela.

Ensayarán los personajes. Antes de presentarse en público caracterizados y prisioneros en las bambalinas de la encuadernación, con el foro abierto al final del libro y hostilizados por la tramoya de los caracteres impresos, se presentarán simplistas ante mí, para mi solo.

Al rededor de dos o tres escenas, se construirán los actos, o las partes, para hablar con propiedad.

Los demás episodios serán secundarios, escalones artificiales, para que sea factible el ascenso al picacho del desenlace.

Un reparto previo:

Ella	Victoria
El	¿
La otra	Fina
Madre de Ella	Teresa
Madre de El	Matilde

Sobran personajes. Habrá que crear motivos adicionales para ellos. (X será X. ¿Quién podría a este personaje, despojarlo de su individualidad?)

—¿Por qué es “él” una interrogación?, —dice Victoria.

Lo dice porque lo sabe.

“El” será yo. Entre Victoria y Fina.

Carlos, el otro, el amante cínico y exótico, que se supera a sí mismo, hasta ridiculizar el romanticismo que espiritualiza a “él” ante Victoria y la obsesión que le despierta Fina.

Para que mi espíritu se justifique en su nobleza, “él” será hijo de Matilde, quien le dará la sencillez de corazón y el amor al sacrificio.

El gran personaje, incorpóreo y emotivo, será el barrio de mi ciudad, protagonista de todas las páginas por ser el tinglado quiteño de la novela.

El zapato de mujer, personaje que humaniza la voluptuosidad...

*

Tres o cuatro escenas culminantes, que servirán de base al libro.

Todas provisionales.

La primera, que puede subdividirse hasta donde exijan las circunstancias, servirá de parte expositiva.

Escenario giratorio.

Fina a escena.

(En un ángulo de la aurícula derecha, he colocado un bibelot para sugerir un tocador galante.)

Pausa.

Entra él. Es el tronco venoso que desemboca en el corazón deshumanizado, cuyas células son los personajes.

La conversación preliminar puede suprimirse, dejándola para que sea ampliamente desarrollada en la novela.

Con las pinzas de los aparatos sensoriales, previamente preparados para cazar personajes, tomo la escena en el momento que entra por el foro venoso un subpersonaje. Es brumoso, alucinante. Intelectualmente, amorfo, indefinible.

Este subpersonaje que acaba de aparecer, subjetivamente concebido como emoción estética, es el director de la vida humana. Cruel, caprichoso, pérfido, puede usted imaginárselo. Fascina. Ha sintetizado en su ser incorpóreo la energía del instinto, la obsesión del amor y la sublimidad del arte.

Si se le hiciera una "interview", estoy seguro de que nos dijera que a él se debe la vida y el dolor. Que él ha creado la belleza de las mujeres. La genialidad de los hombres. Que guarda las joyas de los placeres raros.

Se llama "libido". La Tierra es su feudo. Aparece sorpresivamente en todas partes. Vive en el cerebro y circula por la sangre. A su paso se produce la ebullición en los corazones.

Nadie podría aprisionarlo en la placa de un microscopio, someterlo a grandes temperaturas en un crisol o hacer con él una reacción humana, que tenga caracteres precisos en el tubo de ensayo utilizado, que pudiera ser una arteria.

"Libido" se escaparía. Es la bruma de la vida. La esencia de la Humanidad. El chacal tremendo que devora todos los cerebros y hunde su zarpa en todas las formas.

Se ha introducido ahora impalpable en el cuerpo de él. A su fascinación, el diálogo se estremece ardiente.

—Es humano, —dice él.— Así amamos los hombres a todas las mujeres.

—Te atreves conmigo, —contesta ella,— porque sabes que te quiero.

—¿Por qué? No es otra cosa el amor y como hombre, no puedo ofrecerte sino “este” amor.

—Después, cuando estemos unidos; cuando...

—No sería tan honda la ilusión. Un lazo artificial, falso, sujeto a un convencionalismo vulgar.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Sí, la haremos después. No es posible ahora. Sabes que solo te amo a ti, que seré tuyo. Pruébame que también tú me quieres.

Ella, triste:

—Es demasiado.

El, audaz:

—Es la única prueba de amor que puede convenirme.

Ella, sombría:

—Lo pierdo todo.

—No seas niña, —contesta él.—No creas que toda la vida de la mujer sea...

(Una acotación: Fina en la novela debería ser una muchacha pobre para que la lucha se justifique. Fina debería sentir que “aquello” es todo lo que tiene.)

La respuesta brota natural:

—¡No, no me pidas eso! ¡No seas cruel!

—¡Perdóname! ¡No puedo! ¡Te quiero!

—¡Espera!

—¡Estamos solos!

Se volvería dinámica la escena. Hablarían las bocas, las manos los cuerpos hambrientos.

Detalles que se arrojarían como claveles al escenario:

La blusa palpita como un talle de mujer. La cabellera se retuerse como alucinación de opio. El agua de colonia tiene la tibieza del beso. La luz eléctrica estalla como bomba anarquista. El zapato es el buzo del amor. Las paredes quisieran derrumbarse, para sentir el prodigio de una locura humana. Hasta María Guadalupe, encerrada en un marco, siente escalofrío.

Podría continuar. Describir una escena real, macabra, capaz de asustar a los monaguillos de sacristía. Las páginas palpitantes de fiebre. La frase volando tras la realidad. El placer en sus detalles crueles. El estremecimiento de la vida en el libro.

Si, muchas otras cosas.

Pero prefiero callar. Lo haré cuando escriba la novela. Ahora, en el ensayo, temo que palidezca Victoria deshumanizada, que me mira trémula, con el temblor del iris en su mirada.

*

Mi teatro es prismático. Tiene un escenario que puede presentar cuatro cuadros simultánea o sucesivamente.

Dos superiores: aurículas.

Dos inferiores: ventrículos.

Por eso, mientras en la aurícula derecha se retuercen él y Finá, en el ventrículo izquierdo, Matilde tomaría a Victoria la prueba del último traje de baile.

Previamente, sabría Matilde el amor de su hijo por ella.

Victoria haría una confidencia a Matilde.

—Está enamorado de mí,— añadiría después de citar un nombre.

—¿Le quiere usted?

(La misma pregunta que tantas veces hizo Matilde en la vida, mientras tomaba la prueba a una muchacha rica.)

Victoria, evasiva:

—Mi familia quiere que me case con él.

(Matilde pensaría:— ¡Es muy rico!

Luego, dolorosamente:— ¡La ama mi hijo!

Quisiera decirlo, pero calla.

Maternal:— ¡Nunca será ella de mi hijo, nunca!

Oprimiría el talle. Quisiera robarlo para él.

Besaría la falda de ella a escondidas.)

Victoria, sola, pensando que posiblemente el hijo de Matilde le ama, diría:

—¡Enamorarse de mí! ¡Qué atrevido! ¡Qué imbécil!

*

Ventrículo derecho:

En un rincón, X maneja la farsa...

¡Sí! ¡Ahora comprendo!

He encontrado ya un papel para X. El único que sería digno de "él".

X es polimorfo, incomprensible. Su vida es la vida de nadie. Pudiera ser la de todos.

X la

?

inmensa, que sugiere todo, que puede aparecer en cualquier ilusión o en todas las alucinaciones.

Su casilla cerebral es la síntesis de todas las casillas.

En amor, él pudo haber pasado del romanticismo al incesto, dando un salto sobre el masoquismo y ahorcando al fetichismo.

X pudo haber amado en Victoria a la belleza pura, en Fina a la tentación y en Carlos el ridículo de los hombres.

X oscuro, misterioso. Puede ser místico. Acaso macabro. Su tragedia sola le hizo vivir más allá de la vida.

¡X será "libido"! Protagonista de toda mi novela, estará diluído en cada una de sus páginas. Será adaptable a todas las situaciones.

Romántico unas veces, cruel otras, despedazado en alguna página sombría, ingenuo en una diáfana, será como el demonio que en cualquier momento surge en el cerebro. El demonio humano, a quien despierta el adorable detalle de una liga o la media de seda unida al nardo de la tez y formando con ella la trécula eucaristía del gozo.

X, de la primera a la última página, será el oculto esqueleto del libro.

Mi libro que desde la barca lejana de mi espíritu, llamará a Victoria con el blanco pañuelo de su ingenuidad.

*

Victoria llega al libro. Ella, maravillosamente, está sola en la aurícula izquierda, espiritualizando con su belleza el escenario, para luego, a través de los personajes, ser la noble sangre de mi ciudad.

Las casas le contarán sus secretos. Los campanarios cantarán para ella el aleluya. Los barrios se arrodillarán cuando ella pase.

Carlos, el amante exótico, transformará su ironía en una voluta de crisanthemos para la ventana de Victoria.

*

Al rededor de estas sugerencias se formará la parte expositiva de la novela. Puede terminar el primer acto con una acotación:

Teresa se arrodilla ante el crucifijo.

O: Fina sintió una revolución fisiológica ante el milagro del amor.

O bien: "él" preguntó a la ventana de Victoria si podría amarle su dueña.

(Yo me pregunto si la ventana pudiera hacer de ella una adorable colegiala, como aquella que conocí en la noche del tango.)

.....
Para la segunda parte, la más voluminosa, la trama, podré forjar algunas situaciones.

Este acto es más difícil. ¿Cómo podré sostener su interés dramático? No, yo no. Ellos lo crearán.

Será preciso suponer el desarrollo humano del gérmen presentado en el primero.

¿Cuáles podrán ser las consecuencias naturales? El problema novelesco, polimorfo y caprichoso como un dios de dos caras, puede aceptar diferentes soluciones.

Habrà que adoptar el desarrollo más justo. O el más fácil.

Tomando el argumento en su origen, haré que de él broten algunas sugerencias que pudieran estar en la mitad del libro, formando la "trama" propiamente dicha, el clásico "nudo" con el que la chica "Literatura" sujetaba una novela, o lo que yo puedo llamar el segundo acto de mi guiñol. Luego, evocaré el desenlace.

Con escenas primeras, intermedias y finales, creo que será aproximadamente fácil escribir la obra. No

habría sino que unir artificialmente con palabras, palabras y palabras, esos trozos de actuación de los personajes.

Debo inventar. ¡Que desagradable!

*

Síntesis previa del acto primero:

El, entre Victoria y Fina. X ondulando en los escenarios parciales. Matilde, madre de él. Teresa, no tiene aún situación definida.

Bien. Ante todo debo crear un rol para Teresa.

Ha sido pobre. De aquí surge su actuación: también Fina ha sido despojada de sus salones. Teresa será madre de Fina.

Para que haya mayor dramatismo en la farsa, supongamos a Teresa enferma, hambrienta, destrozada. El nuevo subpersonaje que la acompañe, será una dolencia angustiosa. La parálisis, por ejemplo.

El esposo de Teresa, la tiene olvidada. Para él, no es sino una mujer inútil, que no puede dar alegría a la casa ni ilusión a la vida.

¿Y quién puede ser el esposo de Teresa? Pasando revista a los personajes, veo que hay uno, Alberto, que puede adaptarse a esta situación.

Me estremezco: ¡Alberto esposo de Teresa en la novela, si en la vida...!

No importa. Es ficción, pura ficción.

*

Ha triunfado X.

Su voluptuosidad ha tenido una dolorosa consecuencia.

No será necesario nombrarla.

Entonces, unas veinte páginas podrían escribirse al rededor de estas sugerencias:

—Yo no te he engañado,— diría él.

—Siempre me repites lo mismo, —contestaría ella.— Ya lo sé. Ahora es necesario arreglar esta situación. Yo no puedo hundirme. Nuestro hijo no debe nacer sin nombre y sin padre...

(Perfectamente. Apareció ya el nexo de la farsa nueva con la trama anterior. El hijo que él no quiso dar a María del Carmen, le dará a él Fina, sin que quiera. X une todos los argumentos que se encuentran en el barrio de la novela.)

Ella quiere un sacrificio. Y él:

—Lo que me pides es imposible.

—¿Por qué? ¿No me quieres?

—Sí. Pero no puedo sostener un hogar. Tú lo sabes. Lo haré más tarde. Espera Fina.

—¿Cuándo?

Sería la dolorosa, la eterna interrogante.

...Y mientras Teresa se retorciera destrozada por su cruel enfermedad, cerca de ella, en la habitación siguiente, Fina y él se retorcieran despedazados por la voluptuosidad.

Los gritos de Teresa, los mismos de todas sus noches alucinadas, pudieran unirse a la respiración dinámica de Fina, sacudida por los placeres raros que "libido" sugirió a los amantes.

La madre inmóvil y torturada podría comprender. Su intuición le mostrara a la verdad, vista a través del eco de un estremecimiento. ¿Qué pensaría, cuál sería la visión de su hogar, qué emoción brotara en ella al comprender la ardiente voluptuosidad y el amor prohibido de su hija? Tal vez X, como un espectro, se inclinara ante ella. Acaso en su espíritu se confundiera la visión de su muerte con la de la vida que vendrá.

¿Más aún? Sí, mucho más. Este será un capítulo de análisis en la novela.

*

Debe brotar entonces el escándalo.

Emoción.

Fina prepara la cuna. Un nido abandonado, al que solo su ternura puede dar abrigo.

Teresa invoca a María Guadalupe.

Alberto lo sabe. Surge la ebullición de la protesta.

Dolor. Aparecerán en la serial de escenas un sinnúmero de subpersonajes, comparsas que deberían ser los parientes de ella.

¡Cuántos detalles puedo forjar al rededor de este núcleo!

En definitiva, (así convendría para la novela), se aplaza el matrimonio.

Victoria, la amada, estaría orgullosa de sí misma, por ser inalcanzable.

*

El personaje ciego.

Su rol es el de hermano de Fina.

Impotente, lucha contra la luz, porque si la tuviera podría defender a su hermana.

Llega cerca de la alcoba, en momentos en que se retuercen los dos.

Adivina. Busca. Se estremece.

Tremenda suspensión.

—¡Fina!

Temblosa ella:

—¿Qué quieres?

—¡Qué haces! ¿Dónde estás?

Fugaz:

—Aquí.

—¿Con quién?

Audaz:

—Sola.

—Ven.

Escena de angustia. El hermano se agita, camina ondulante con sus ojos kinestésicos.

—No hay nadie, nadie,— dice ella.

Nadie. El se ha escapado, llevando clavado como una espina, el último instante de locura.

X inventa una pirueta para la alcoba de ella.

*

El barrio de la ciudad, sería la decoración impresionista de la farsa.

Cuadros humanos, descritos con todos sus detalles. En algún rincón, naturaleza muerta. En otro, viejas que se santiguan, porque se esconde en la basura el rabo del demonio. En aquel, el chocolate que es el postre del rosario. Retazos, sugerencias, frases, miembros humanos, un todo formado de lo inútil cotidiano. Vida antigua y vida nueva. Un capítulo ultradinámico, junto a un girón arrancado a la colonia, para formar el bouquet de la novela de mi ciudad.

Me queda aún el zapato de mujer. Este personaje, será el detalle por el que se descubre todo en un momento difícil, como es en la comedia la carta olvidada por la esposa, que encuentra el marido (en el final del segundo acto y para que el público aplauda, se arroja desesperado sobre un mueble cualquiera, jurando beber la sangre del amante. (Alguien se desmaya.)

Carlos me desconcierta con su ironía.

*

Está casi terminada la elaboración de mi novela. Es ya el germen del que puede brotar el organismo eléctrico de un libro.

Mi novela en esqueleto.

Mi novela fabricada en la deshumanización.

Solo me falta escribirla. ¡Escribirla! Pero entonces me falta todo.

He tomado la pluma.

Hay doscientas cuartillas blancas sobre mi escritorio. Escribo en una de ellas:

Capítulo I

Me estermezco.

¡Escribir una novela! ¿Cómo?

¡Pero si tengo un argumento! Si, un argumento mío. ¡Uno!

Medito en él. Lo reconstruyo con un dinamismo que me produce vértigo.

Intimamente, me siento humillado, vencido.

Mi argumento, —acabo de comprenderlo,— es vulgar, rutinario, uno de tantos. Puede imaginárselo un galán de esquina en sus vespertinos ocios.

No he podido crear nada: un hombre que seduce a una mujer y está apasionado de otra por inalcanzable, maravillosa.

Esto es todo.

Un cuento color de rosa.

Ninguna emoción rara, ninguna idea extraordinaria me socorre.

Cierto que él podría justificarse, diciendo:

—Fina, no me creas un canalla. Se engañan las mujeres que creen que les traicionamos los hombres. Lo que ha sucedido con nosotros sucede todos los días. Choca por vulgar. Ni hombres ni mujeres tienen culpa alguna. Creo en la absoluta irresponsabilidad sexual. Es la vida...etc.

Etc.: es decir razonamientos análogos que pueden llegar al infinito.

Pero todo esto es demasiado cotidiano. Mi argumento es como el cigarrillo, que todos después de haberlo fumado, lo arrojan de bruces contra el pavimento.

Mi novela, escrita sobre este enredo impersonal y anónimo, será también una novela sin nombre.

Siento que el corazón se oprime en mi pecho. Me tortura un dolor tremendo, pérfido: el dolor de la impotencia.

Estoy humillado ante mí mismo.

*

Rompo la pluma.

Otra incógnita ha surgido en mi cerebro: ¿cuál será el desenlace de mi novela?

Los capítulos finales, ingenuos y diáfanos, revolotean como mariposas. Quisieran apropiarse de mí, vencerme: que yo sea de ellos, para ellos.

Uno: "él" se casa con Fina. (¡Que vulgar!)

Otro: "él" llega a ser amado por Victoria. (¡Que falso!)

Tercero: "él" huye con Fina y lleva en el cofre de su pecho la sinfónica imagen de Victoria. (¡Que ingenuo!)

Cuarto: muere Fina. Matilde recoge al hijo. Victoria... (No, este es de novela por entregas.)

Quinto: "él" se hace rico. Puede descubrirse casualmente un parentesco perdido de Matilde con Victoria. (Socorro: ¡el folletín!)

Me abruma, me aplastan los desenlaces.

Despedazo algunas cuartillas.

¡El final artístico! ¡El arte!

No lo encuentro. ¡Que pobre imaginación la mía!

*

Debo serenarme.
Reflexiono inmobilizado.
Una enorme pausa.
Bien.

He llegado a dos conclusiones.

Primera: debo escribir la novela.

Segunda: el desenlace debo buscarlo en la vida.

¿En la vida? ¿Cómo?

Otra pausa. Esta es ligeramente filosófica.

La vida es un juego. La novela también.

Buscaré la novela en el tapete. Serán las cartas
las que la escriban.

Cartas deshumanizadas. Cartas personajes.

Victoria, la combinación más alta, con la cual po-
dríamos apostar nuestro amor y nuestra sangre.

Escalera del arte: si la tuviera, mi espíritu crea-
ría la novela perfecta.

Victoria: en la partida de poker de la vida, es
usted el juego que por ser inalcanzable, siempre será
maravilloso:

R o y a l f l o r d e d i a m a n t e s



Novela

Cartas personajes.

Ante la mesa de poker en busca de la novela.

Una suave luz pálida, la luz de la inquietud, baña la escena.

(Está cerrado el foro. En primera izquierda aparece un zapato. Se oculta luego. Más allá se esconde una mujer. Pienso que será bella.)

Partida de tres: X, Carlos y yo.

La carta más alta,

a s d e d i a m a n t e s ,

será ahora Victoria. Yo, paradójicamente, puedo ser el ocho.

Es preciso formar una previa denominación de los otros personajes:

Fina	K /
Carlos	Q
Matilde	J
Teresa	10
Alberto	9

X será la carta polimorfa. X "libido", la voluptuosidad, la tortura del amor que es el alma de la vida. X, el personaje que puede sustituir a cualquier personaje; la carta que puede reemplazar a toda carta. X será el "joker".

La serial de cartas personajes, todas de diamantes, si se combinan en "escalera", producirán el royal flor, es decir la novela perfecta. En ella no estaré yo.

Las demás cartas, aquellas que no están comprendidas en el reparto previo, serán los personajes

anónimos, los "extras", es decir comparsas que ruedan por el tapete de la vida, sin despertar a su paso amor ni ilusiones.

El grupo de cartas, el conjunto que esconde a todos los personajes y argumentos, será mi ciudad.

Buscaré mi novela, perdida en el naípe de la ciudad.

*

Comienza la partida.

Ocho emociones al tapete, es decir, ocho personajes.

X reparte. Angustiado, pienso qué cartas irán a donde él y cuáles llegarán a manos de Carlos.

Mi juego es: 8, 10, J, Q y K de diamantes.

Un juego alucinado: tengo a Fina, Carlos, Matilde y Teresa. Soy el ocho. Tengo que despojarme de mi mismo, para formar el royal flor. Falta el

a s d e d i a m a n t e s,

es decir Victoria.

—¿Dónde estará Victoria? Tal vez donde Carlos. Acaso X...

¡No, no! Victoria debe estar en el montón de cartas, perdida como la emoción de bruma.

*

Pletórico de optimismo, tengo la seguridad de que despojándome de mí, arrojando el ocho, perdiendo mi vida en la ciudad, encontraré a Victoria.

Es un sacrificio doloroso. No sé a donde iré, junto a qué cartas, a qué personajes, me tocará estar.

Cuando X baraje el naípe, el azar puede arrojar-me donde menos lo espere. Tal vez vaya junto a una mujer vulgar, un nueve de trébol, que destroce la úl-

tima de mis ilusiones. Acaso me toque vivir en compañía de personas grotescas, por las cuales no sea comprendido nunca. Puede suceder...

Si, que vaya a un grupo de camaradas, de hombres que ganan el pan con su propio sacrificio. Entre ellos mi espíritu estuviera entre hermanos. Todos comprenderíamos diáfananamente, que no contamos sino con nosotros mismos para luchar por la vida. Un pobre obrero, —el personaje ciego acaso,— que defendiera a los suyos desafiando a cada hora el peligro, sería mi verdadero amigo.

¿Y si voy a grupos aristócratas? Si, ellos son las cartas decorativas del guiñol de la vida. Ridículos, forman las bambalinas del escenario, para que actúen los hombres.

No, acaso estoy equivocado. Veo únicamente el aspecto menos bellos de la vida.

Todo cuanto es humanamente posible, puede pasar al despojarme de mi mismo. Sin embargo, debo hacerlo.

¿Qué sucederá?

*

Llega el momento del descarte.

Carlos pide tres cartas. X, dos. Yo, una.

Emoción infinitamente dinámica. Tiemblan mis manos al tomar la carta que me ofrece X. ¿Cuál será? Debo estar intensamente pálido.

¡Es el diez de trébol! Un personaje anónimo; uno a quien no conozco siquiera. He destruído mi novela perfecta, mi royal flor de diamantes. El poker de la vida me ha dicho que mi farsa era vulgar y mis personajes mutuamente incompatibles.

¡Victoria! ¿Dónde estará? Seguramente debe formar el juego de uno de los dos.

El "envite",

Habla Carlos:

—Su novela y diez argumentos más.

X:

—Su personaje y veinte sugerencias más.

Llega el momento anhelante. Prolongación masoquista, audaz, difícil.

Carlos y X, han apostado todas las emociones, todos los personajes y argumentos posibles.

Se descubren las cartas. Carlos tiene "dos pares". X, "poker".

¡Victoria no está en ninguno de los juegos, porque X ha formado su combinación con el "joker"!

Estoy vencido. También Carlos. X que guarda la voluptuosidad y oculta en sí el alma de la vida, es más fuerte que los dos. Comprendo que Carlos se estremece dentro de sí mismo. El tal vez se despojó de un adorable personaje femenino, para buscar a la inalcanzable Victoria. Ni siquiera X, que domina en todos los espíritus y tortura multiforme a los cuerpos, ha podido aprisionarla en su juego, porque ella supera a la vida y es más bella que el arte.

Irónico, con la tremenda ironía del azar que desconcierta en la feria humana, X me dice:

—Es infantil que usted haya querido formar el royal flor de la novela. Usted no conoce la vida, no ha despertado a su paso amor, ni ha hecho la autopsia al corazón de las mujeres. El arte exige alto vuelo del espíritu.

Carlos calla, pero comprendo que podría completar la sugerencia de X:

—¿Unir usted en un libro un racimo de personajes? Si ni siquiera a uno de ellos, a mí, puede comprenderme. Le he vencido a usted en la partida.

¡Sí, es doloroso! Pero si todo se ha perdido, ¡que importa!

Me esfuerzo por hacer a X una broma ingenua.

*

Pausa.

No estoy completamente derrotado. Tengo en las casillas de las cartas personajes conocidos, que espontáneamente vinieron hacia mi: Fina, Matilde, Teresa. Alberto puede ser encontrado en cualquier momento.

También me buscaré a mi mismo.

Subsiste el organismo simplista del argumento. Unicamente Carlos se ha escapado de él. De X, Fina conocerá algún detalle y podré presentar en el libro siquiera un ligero aspecto de él.

Si Victoria está perdida en la ciudad, Victoria,— el personaje,— estará en la casilla cerebral, artísticamente deshumanizada dentro de mi mismo.

A este personaje es a quien necesito. Voy a llamarlo, para comenzar por fin a escribir mi novela.

¡Victoria!

*

¿Dónde está la casilla de Victoria? ¿Dónde?

Silencio.

¡Ah, sí! No se por qué no he podido recordarla, después de haberla amado tanto.

¡Ahí está!

Le digo una frase impalpable. Acaso fueron palabras de amor. Toco su mano: tiembla.

Me estremezco. Sucede algo extraño. Desconcertante. Armónico.

Victoria; el personaje, parece que se espiritualiza de nuevo en su tabor.

No es ella. No es el personaje que me ha acompañado a buscar a los otros personajes, dialogando conmigo a través de la ciudad.

Se transfigura. Es ahora una divina Victoria, es la belleza pura, que no puede cristalizarse en personaje, por ser solo belleza.

*

Se transforma en bruma. En la maravillosa bruma del arte.

Se esfuma, se diluye, palpita en el viento, en el corazón y en la luz.

La busco desesperado; quiero aprisionarla en mi red de novelista.

Imposible. En mil átomos de armonía se ha perdido.

¿Dónde, dónde está? ¿Quién puede ayudarme a buscarla?

Pregunto a mi ciudad. Pregunto a los barrios. Pregunto a la emoción. A mi mismo me pregunto.

Mi novela, mi última ilusión, se derrumba. Sin Victoria los demás personajes son inútiles, porque se vuelven muñecos sin vida, por cuyos órganos no circula sangre estética y no pueden formar la bambalina de una farsa.

—¿Ha visto usted a Victoria?

*

¡Victoria! Le llaman mi vida y mi sangre. Mi juventud y mis ilusiones, escondidas en el relicario de su corazón.

Victoria, que fué el rayo de sol del jardín abandonado de mi espíritu. Victoria, en quien yo amo al amor y al arte de la Humanidad.

Silencio. Transparencia. Dolor.

No, no la he perdido para siempre. Un trémulo detalle que guardo de ella, —acaso las cenizas de una

orquídea,— me conducirá hasta ella, más allá de la vida. Entonces podré escribir mi novela, que será emotiva y perfecta como el royal flor de diamantes.

Encontraré a Victoria algún día. Acaso ese día maravilloso, que será el amanecer de mi arte, no está lejano...

*

Victoria: mi espíritu está crucificado en su belleza.

**Se acabó de imprimir este libro
en la ciudad de Quito en
el mes de diciembre
del año
1930.**
